BIBLIOTECA POÉTICA

VELARDE

OBRAS POÉTICAS

Garnier Hermanos
Paris

OBRAS POÉTICAS

II

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obraspoticas02vela

OBRAS
POÉTICAS

DE

DON JOSÉ VELARDE

TOMO II

Poemas

PARIS

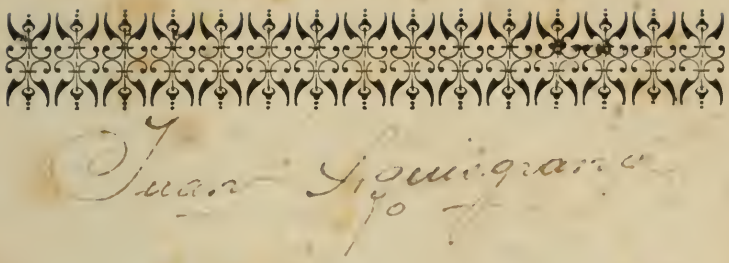
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6 — CALLE DES SAINTS-PÈRES — 6

1889

LIBRARY
JUN 1 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6641
E55
1889
t.2



Juan Domínguez

¿PASIÓN Ó LOCURA? (1)

POEMA

Á LOLA

CANTO PRIMERO

I

El Doctor que á mis males hace guerra
(En quien tengo una fe de mahometano),
Me dijo cierto día : — Amigo, es vano
Que pretenda curarse en esta tierra :
Si quiere verse pronto bueno y sano,
Váyase á tomar aires á la sierra.

(1) Habiendo alcanzado con este poemilla tan prosaicamente escrito, allá en mis albores de poeta, más plácemes que con cuantas obras he dado después á luz, y constándome que todavía hay quien lo retiene en la memoria y lo recita con cariño, se me ha hecho cargo de conciencia descartarlo de este libro, y más aún desfigurarlo á fuerza de lima.

Dejando en la ciudad el cuerpo en calma,
Fatigáis vuestra mente, y es forzoso,
Evitar otro ataque peligroso,
Dando al cuerpo trabajo y paz al alma. —
Y yo, que hasta al error tengo respeto,
Cuando sale de labios de un sujeto
De años muchos y clara inteligencia,
Siguiendo el buen consejo de la ciencia,
Marché con voluntad muy decidida
Á un pueblo que no nombro, con objeto
De alargar la carrera de mi vida.

II

Cuanto más lejos la ciudad dejaba,
Más tranquilo el espíritu sentía,
Que el lazo que en Madrid me retenía
Era un lazo de hierro que me ahogaba;
Y como el árbol, que en dichoso día,
Después de haber perdido hoja tras hoja,
Botones mil en Primavera arroja
De vida llenos y de savia henchidos,
Así, viendo caer de mis sentidos,
Hoja tras hoja la locura mía,
Y brotar en mi mente nueva idea,
Trocada mi tristeza en alegría,
Ya casi con salud entré en la aldea.

III

Aquellas pobres casas apiñadas
Al abrigo de un templo; rodeadas

De añosos troncos y de espesa breña,
Y en la cima de un monte colocadas;
Pareciéronme un nido de cigüeña,
Que por arte ó milagro incomprensible,
Unido se encontraba á aquella peña
En equilibrio casi insostenible.
En este pueblo alegre y delicioso
El diablo siempre permanece ocioso;
Que en él, desde el más alto hasta el más bajo,
Hombres, mujeres, todos igualmente,
Tienen tostada por el sol la frente
Y callosas las manos del trabajo.
El silencio y reposo de la aldea
No lo turba una voz, como no sea
La risa de un chiquillo
Que juega locamente en la plazuela
Desnudo como un ángel de Murillo,
El gallo que cantando escarba el suelo,
El esquilón que toca el monaguillo,
Ó la copla que entona una mozuela :
Así que, para darme algún consuelo,
— Es este pueblo, díjome una abuela,
Un escalón para subir al cielo. —

IV

Hablaba esta abuelita por los codos,
No siempre con cordura,
Y entre — *dice la gente* — y — *se asegura,* —
Contaba y recontaba de mil modos,
De cada convecino alguna historia,

Bien fuese inverosímil, bien probable,
Siendo su charla igual á su memoria,
Y ésta, á más de tenaz, infatigable.
Entre los muchos cuentos,
Que á sus ojos pasaban por portentos,
Hablóme cierto día
De un anciano que aquel pueblo habitaba,
Á quien de loco y malo motejaba
Y por el mismo Lucifer tenía.
— Calculad buen señor, me repetía,
Por estos actos la maldad del loco :
No habla con nadie, ni á la gente mira;
Llora, gime, suspira,
Come sólo verduras, duerme poco;
Por no hablar, ni saluda al señor cura :
Un sepulcro labró en el cementerio,
Y allí pasa los días con misterio
Contemplando su propia sepultura. —

V

Al escuchar la narración aquella
Tuve por cuerdo á él y loca á ella;
Y ya muy vivamente interesado,
— Dígame, repliqué, señora mía,
Cuanto sepa del hombre desgraciado
Á quien tiene tan ciega antipatía. —
— Óigame, contestó, llegó en un día
De pena general y desconsuelo;
Pues al pisar el pueblo, se moría
Una anciana señora, que en el cielo

Debe gozar de eterna bienandanza,
Si tal premio se alcanza
Por practicar el bien en este suelo.
Siguió el loco el entierro, pensativo,
Y apenas sepultada la señora,
Labró al lado un sepulcro, y reflexivo
Pasa allí, cual si fuese un muerto vivo,
Mientras alumbra el sol, hora tras hora.
Así que, cuando loco le llamamos,
Favor grande le hacemos,
Que todos en el pueblo le tenemos,
Por el mismo Satán, y le temblamos.
¿Pues quién sino el demonio de esa suerte
Persiguiera á una *Santa* hasta la muerte,
Y osara profanar la sepultura
De aquel ángel, que fué nuestra ventura?
No penséis que exagero en lo que hablo;
El mismo señor cura,
Que es tan sabio y tan bueno, dijo ha poco:
« Ó es un ángel ese hombre, ó es un diablo,
Si no es, como parece, un pobre loco. » —

VI

La noche en que escuché tan triste historia
Ni el beneficio conseguí del sueño,
Ni fuí un instante dueño
De poderla borrar de mi memoria.
Aun ignoro que fuerza me robaba
La voluntad y el brío de la mente,
Y por qué á tal extremo me excitaba

La misteriosa vida del demente;
Pero febril, nervioso, delirante,
Pensando de aquel hombre en la amargura,
Tanto y tanto soñé, que hubo un instante
En que presa me vi de su locura.
Y es que de un alma á otra los dolores
Se trasmiten por rara simpatía,
Y sufrió los terribles sinsabores
Del alma de aquel loco, el alma mía.
Gemí, lloré, recé, busqué sosiego
É invoqué á mi razón en tal martirio;
Mas la razón, en torbellino ciego,
Giraba atada á mi tenaz delirio.
Desencajado, pálido, convulso,
Cual si ya me encontrase en la agonía,
Aterido, lloroso, hasta sin pulso,
Me sorprendió despierto el nuevo día
Y cuando la abuelita, con misterio,
Abriendo de mi cuarto la ventana,
Y hallándome vestido todavía,
Me dijo : — ¿Dónde va tan de mañana? —
Contesté sin pensar : — Al cementerio. —
Y cual máquina ciega caminando,
Movido por la intensa calentura,
Dí en el recinto de la paz, luchando
Mi cansada razón con la locura.

VII

« ¿Concluye en este sitio la existencia,
Ó empieza en él la vida?

¿Librase el alma aquí de la impotencia
Á que la arrastra la materia impura,
Ó á la materia asida
Se consume en la misma sepultura? »
Dije, triste, al llegar; mas luego hallando
De bellas flores matizado el suelo,
Insectos que volaban susurrando,
Y alegre el ave y sonriente el cielo,
Exclamé de esta suerte,
Mi horrible duda ya desvanecida :
« No es la mansión horrible de la muerte
Sino la cuna de la eterna vida. »

VIII

El loco estaba allí; no me miraba,
Que de un sepulcro donde se leía,
— *Aquí yace María*, —
Los ojos un instante no apartaba :
Y vi que, contraídas las facciones,
Fué su rostro expresando
De una inmensa pasión las gradaciones,
Ya fiero maldiciendo, ya rezando,
Ya cayendo en tranquilas reflexiones.

IX

Al ver de aquel anciano venerable
La triste faz tocada
Por la mano del tiempo y la amargura,
De sus hundidos ojos la mirada,

Expresando un sufrir inexplicable
Y arrojando por llanto lava pura,
Del volcán de su pecho desbordada;
Su luenga barba y frente despejada
En donde se leía el pensamiento,
Y su mano nerviosa y descarnada
Asiendo algo impalpable como el viento,
Bajé con pena la mirada inquieta,
Y en mi dolor profundo,
Figurábame ver á aquel Profeta
Que habrá de predecir el fin del mundo.

X

Recobrado después, toqué su mano,
Fijé en él la mirada,
Y le dije con voz entrecortada :
— Si algún consuelo humano
Puede enjugar el llanto de esos ojos,
Mirad en mí un hermano,
Dispuesto á compartir vuestros enojos
Y ese dolor profundo
Que concentra en un triste cementerio
Cuanto existe en los ámbitos del mundo :
Yo anhelo penetrar este misterio,
Á explicarlo os provoco... —
É interrumpió, con voz de otro hemisferio :
— ¿Acaso no sabéis que soy un loco!
No hay voluntad que mis designios tuerza
Ni poder que me aleje de mi objeto :
No penséis que sucumba;

He jurado morir con mi secreto,
Y morirá conmigo en esta tumba. —

XI

Sintiendo horrible espanto,
Iba á alejarme ya, cuando á mí vino,
Trocado su furor en triste llanto,
Diciendo : — Pues lo quiere mi destino,
Vais á saber lo que anhelabais tanto.
Tomad esta cartera,
En ella va mi historia,
Dedicadle una lágrima sincera
Y borradla después de la memoria,
Si os es posible, hasta que yo no muera. —
. . . . . .
. . . . . .
Y al notar aquel cambio inesperado,
Y aquella confianza ilimitada,
Aunque estaba mi mente trastornada,
Comprendí que era loco el desgraciado.

CANTO SEGUNDO

I

Estaba amaneciendo;
El sol, sus tibios rayos desplegando,

La niebla iba ahuyentando
Y el rocío en las flores deshaciendo
Flores que abierto el broche,
Cerrado á las tinieblas de la noche,
Su cáliz perfumado presentaban
Á las abejas que alrededor zumbaban,
Mezclando su murmullo
Al trino del jilguero,
Del céfiro al susurro lisonjero
Y de la triste tórtola al arrullo.
Y en tanto que, yaciendo en dulce calma,
La natura mostraba su belleza,
Torturaba el dolor del loco mi alma,
Rugía un huracán en mi cabeza.

II

Buscando en la cartera,
Encontré unos papeles ordenados,
De puro releídos destrozados;
Eran cartas, y abriendo la primera
Por el tiempo amarilla,
En ella vi estampada,
En letra más que escrita dibujada,
De una pasión sencilla,
La primera luciente llamarada.
« Mi querida María :
Como nunca al hablarte me haces caso,
Y yo de afán me abraso,
Al verte indiferente en tu alegría,
Esta carta te escribo,

En que quisiera retratar, al vivo,
Cuanto sufre y padece el alma mía.
¿Por qué, di, no me quieres?
¿Por qué jugar prefieres
Á estar quieta á mi lado,
Como habrás reparado
Que con otros están otras mujeres?
Yo quiero ser tu novio, que me quieras,
Que al loco de Perico me prefieras,
Y que comprendas, vida de mi vida,
De mi pasión la enérgica violencia.
Contéstame en seguida,
No amargues con desdenes mi existencia,
Que sólo porque te amo me es querida. »

III

En el respaldo de la misma carta,
En torpes é ilegibles garabatos,
La niña contestó : « Me tienes harta,
Te lo digo de veras, con reñirme.
¿Por qué, si soy tan chica, has de exigirme
Que me porte cual lo hacen las mujeres?
¿Mis juegos son extraños?
¿Gozan de otros placeres
Las niñas que, cual yo, tienen diez años?
¡Y por esto no es cierto mi cariño!
¡Ay, Pablo! ¿Cómo quieres que te quiera?
¡Te quejas y jamás contigo riño!
Pues yo no sé querer de otra manera.
Tener novio no puedo todavía,

Soy muy niña y mamá me reñiría,
Pero ignal que á Perico, yo te quiero,
Y decir lo contrario es gran simpleza;
Si juego más con él, es que prefiero
Su carácter alegre á tu tristeza.
Rompe esta carta mía,
Porque me da vergüenza haberla escrito :
No vuelvas á ser tonto, te repito,
Y no me escribas más. Adiós. María. »

IV

Y después de haber visto el sentimiento
Del niño que el amor trocara en hombre,
Herido por la lógica sin nombre
Que encierra el pensamiento
De una inocente virgen de diez años,
Que aun bebe inspiraciones de la Gloria,
La lectura seguí de aquella historia
De dolores y tristes desengaños.

V

« Hará diez años que una carta mía,
(Otra carta empezaba)
Fué á turbar la inocencia y la alegría
Que tu alma pura en su niñez gozaba.
» Sencilla entonces tú, no comprendiste
De mi pasión el habla prematura,
Y en mis ardientes frases sólo viste
De algún juego infantil la travesura.

» Y era aquél de mi amor el primer grito,
Amor que en un progreso interminable,
Ha llegado á ser hoy casi infinito,
Y á fuerza de ser grande, inexplicable.
» Nació conmigo, se meció en mi cuna,
Turbó de mi niñez la dulce calma,
Y después ha ocupado una por una
Las facultades todas de mi alma.
» Cuando nos separó la suerte impía,
Hice del corazón altar sagrado,
En él te coloqué, y allí, alma mía,
En diez años de ausencia te he adorado.
» Y recorriendo continentes, mares,
Y pueblos y desiertos visitando,
Jamás me separé de tus hogares,
Porque siempre contigo fuí soñando.
» Como mi mente á comprender no alcanza,
Que se pueda olvidar á quien no olvida,
He mantenido siempre la esperanza
De que has pensado en mí toda la vida.
» Adiós, adiós; con sólo una palabra
Vas á probar mi acierto ó mi locura;
Ya al pronunciarla sabes que ella labra
La desdicha de Pablo ó su ventura. »

VI

« He visto con sorpresa
(Contestaba una carta de María
Escrita con esmero en letra inglesa)
Que tu amor, que recuerdo como un sueño,

Y que siendo tan niña no entendía,
Creció en tu corazón y de él es dueño.
» Yo lo ignoraba, Pablo, y en tu ausencia
Con Pedro me he casado,
Y aunque deploro el mal que te he causado,
No me arguye tranquila la conciencia,
De haber una promesa quebrantado.
» Olvídame; quizás otras mujeres
Puedan darte el amor que yo no puedo,
Y buscando en el bien dulces placeres,
Queda tranquilo, cual tranquila quedo. »

VII

Esta otra carta á la anterior seguía:
« Aunque han pasado ya cuarenta años
Desde mi última carta, y soy un viejo,
Como aumentan mi amor los desengaños,
Ni te he olvidado, ni de amarte dejo.
» Muy niña, llegué á ti, y en tu inocencia
El alma ya tenías entregada;
Cuando volví, después de larga ausencia,
¡Ay! con otro hombre te encontré casada.
» Desde aquel día mi dolor es tanto,
Que robo jugo á mis exhaustas venas,
Para verter entre el amargo llanto
El ponzoñoso virus de mis penas.
» Celoso de tu bien, nunca he querido
La ventura turbar que disfrutabas,
Y solo, con mis penas he vivido
En tanto que feliz tú me olvidabas.

» Hoy que eres libre; pues la infausta muerte
De Pedro para siempre te ha alejado,
Une, mujer, tu suerte con mi suerte,
Por lo mucho que te amo y que te he amado.
» No temas, no, que el tiempo desastroso
Haya cambiado en nada mi cariño;
Como en mi juventud es hoy fogoso,
Y es hoy tan puro como siendo niño.
» Y por si alguno á murmurar se atreve,
Como al amor en la vejez me entrego,
Di, que mis canas, que parecen nieve,
Son la ceniza que resguarda el fuego.
» Mas no haré de esperanza vano alarde,
Que el desengaño la herirá en su cuna,
Pues siempre el desgraciado llega tarde
Cuando reparte bienes la fortuna.
» Si he de ver mi ilusión desvanecida,
No pienses, no, que de dolor sucumba,
Que ese mismo dolor me dará vida
Para regar con lágrimas tu tumba. »

VIII

La última carta que guardada habia,
Escrita en caracteres desiguales
Por mano que la edad estremecía,
Daba contestación á frases tales
De esta manera sentenciosa y fría :
« Dios á todos los seres da su sino
Al darles la existencia.
El no poderte amar fué mi destino;

Amar sin esperanza tu sentencia.
» Hoy tampoco soy libre, vivo atada
Á mi edad achacosa,
Y á la promesa, para mí sagrada,
De ser sólo del hombre aquel esposa.
» Para alivio del cuerpo y paz del alma
Marcho á un pueblo olvidado;
Allí pediré á Dios te dé la calma
Que involuntariamente te he robado.
» Vuelve la vista á Dios; como yo olvida
Esta mundana suerte,
Que es un crimen pensar tanto en la vida,
Cuando se está tan cerca de la muerte. »

IX

Habiendo terminado la lectura,
Revolvía en mis manos la cartera,
Cuando el loco dejó la sepultura,
Y acercándose habló de esta manera :
— « Pues por mi voluntad sabéis mi historia,
Cumplid vuestra promesa;
No volvedla á traer á la memoria
Hasta no verme de la muerte presa.
» Pero decid que, amando desde niño,
Perdí la voluntad, y de este modo
Entregué á esa mujer con mi cariño
El alma, el corazón, la vida, todo;
» Que movido por fuerza irresistible
Que mi poder á contrastar no acierta,
Persiguiendo tenaz un imposible

Améla viva y aun la adoro muerta;
» Y que su nombre no maldije fiero
Al ver desvanecida mi esperanza;
Pues la mujer querida, cual yo quiero,
Es un Dios que se adora y no se alcanza. —

X

Él, llorando volvió á la sepultura,
Llorando salí yo del cementerio,
Y aun es hoy para mí duda y misterio,
Si *aquéllo* era pasión ó era locura.

Diciembre, 1874.

LA DESCONFIANZA

A.....

Conociste á la huérfana Leonora?
Pues era bella como tú, alma mia;
Pues, como tú, tenia
En las mejillas, tintas de la aurora,
Algo del cielo en los azules ojos,
Ricas hebras de sol por cabellera,
Preciado almíbar en los labios rojos,
La seducción de la mujer primera
De formas y apostura esculturales
Y el sello de ideal melancolía,
Que guiado por artes celestiales,
Dió Murillo al semblante de María

II

Lo mismo que la tuya, su mirada,
Dulce como un halago, y luminosa
Como el tenue reflejo blanco y rosa
Con que se anuncia el sol en la alborada;
Á todo ser por ella iluminado,
Le inducía á soñar cosas del cielo;
Y dotada de mágica influencia
Llevaba la inquietud al desalmado,
Á los tristes consuelo
Y confusión al fuerte y al osado;
Que cuando la inocencia
En unos bellos ojos resplandece,
Y esos ojos nos miran, nos parece
Que escudriñando están nuestra conciencia.

III

Al desplegar su boca la sonrisa
Con que el candor del alma la engalana,
Y que en la tuya siempre se divisa,
Parecía una flor de nieve y grana
Abriéndose á los besos de la brisa.
Y su voz, si es que es voz ese sonido
Que deleita, seduce y estremece,
Que se apaga en el viento y no fenece,
Pues vibra eternamente en nuestro oído,
Cantando una perpetua melodía
Que dulces notas llora,

En confusión armónica, reunía,
Al perderse en el aire en suave giro,
El fervor del acento del que ora,
La languidez de la amorosa queja,
La rítmica cadencia de un suspiro
Y el misterio de un eco que se aleja.

IV

Una palabra sola,
Una mirada amante,
Trocaba en el color de la amapola
El rosado matiz de su semblante;
Y de bellas modelo,
En virtudes llevábase la palma,
Pues, sin ser niña, conservaba el alma
Con la pureza que bajó del cielo.
Sensible aún más que hermosa,
De la brisa al rumor se estremecía
Y saturada el alma de poesía,
Al ver una pintada mariposa
Libando en una flor, se sumergía
En gratos sueño de color de rosa.

V

Superaba á su clara inteligencia
El instinto, la fuerza sobrehumana,
Que presta á la mujer *sobrada ciencia*,
Para arrancar secretos al mañana
Y leer de corrido en la conciencia;

Que cual brota la flor y se abre al viento
En la selva escondida,
Al soplo misterioso de la vida
Que imprime á la creación el movimiento,
Brota en ella la luz del pensamiento
Radiante y virginal, como encendida
Del mismo Dios por el vital aliento.

VI

Esta aserción no extrañes en mi labio.
¿Cuántas veces el sabio,
Tras una lucha ruda y fatigosa
En que sufre del alma los dolores,
No hallando la verdad apetecida,
La escucha de los labios de una hermosa
Que no ha aprendido más que á coger flores
En los bellos umbrales de la vida?

. . . . . .

Sí; la mujer es arte, y genio, y gloria,
Inspiración y aliento del profeta,
Sibila eterna, musa de la historia,
Corazón, vida y alma del poeta!

VII

Cuanto era angelical y soñadora
La huérfana Leonora,
Era adusta y sombría
La encanecida anciana
Que de escudo en el mundo le servía

Era aquélla el albor de la mañana,
Y ésta la sombra con que muere el día.
Contrarios en sentir sus corazones,
Cuando Leonora hablaba de ilusiones
Historiaba la anciana desengaños,
Siempre dispuesta á dar esos consejos
Helados por la nieve de los años,
Que brotan de los labios de los viejos.

VIII

« Es cuanto existe, para mí, — decía,
Teñido el rostro de carmín Leonora —
Música, luz, amores y poesía.
Cuando surge la aurora
Arrastrando su manto de escarlata,
En el movible espejo de los mares
Se mira el cielo azul y se retrata;
Canta el ave, y semejan sus cantares
Vibraciones de láminas de plata;
Halla la brisa flores en sus giros,
Y las mece y arrulla con suspiros.
La luz se quiebra en múltiples colores,
Las nubes se revisten de amaranto,
En pebeteros truécanse las flores,
Y en medio del concierto de esta vida
De luces, de sonidos y de amores,
Siento ansias de querer y ser querida;
Una tierna emoción me arranca llanto
Cual si fuese el placer pesar profundo,

Y postrada ante Dios, uno mi canto
Al coro universal que entona el mundo.

IX

Deja, abuela, por Dios, que me desvíe
De tu amarga doctrina. ¿Acaso puedo
Mirar al mundo, como tú con miedo,
Cuando todo en la tierra me sonríe?
¡Que te escuche! Se niegan mis oídos
Tu voz en mi alma á penetrar no alcanza,
Porque tengo ocupados los sentidos
Con sueños de ventura y de esperanza.
En vano, en vano con afán me advierte
Que he de ver mi ilusión desvanecida,
Que hallaré la verdad sólo en la muerte,
Que es un sueño la vida,
El placer una sombra, la ventura
Humo vano que el viento desvanece
Y el amor ¡el amor! luz que fulgura
Un instante tan sólo y desparece;
Que yo abrasada por oculta llama
Y obediente á la voz de mi deseo,
Que me grita : — Mujer, espera y ama —
En el amor y en la ventura creo;
Y, como del desierto en lo profundo
La palma, al ondular su cabellera,
Da á la brisa, de amor beso fecundo,
Y la brisa en sus alas de topacio
Lleva el beso de amor á otra palmera
Por la senda invisible del espacio;

Con el duce rumor de una plegaria,
En el silencio de la noche umbría,
Tiernos suspiros con la brisa envía
Á otra alma solitaria,
Abrasada de amor el alma mía. »

X

Y la abuela impasible,
Á tales arrebatos de elocuencia
Oponía la lógica inflexible
De su amarga experiencia.
¿Quién venció en este duelo?
¡Ay! el ángel aquel de ojos de cielo,
Todo fe, todo amor, todo esperanza,
Sintió al fin en su pecho algo del hielo
Que engendra la crüel desconfianza.

XI

Tres años han pasado, y ya Leonora,
Enfermo el cuerpo, el alma envejecida,
Meditabunda en vez de soñadora,
Piensa más en la muerte que en la vida.
Pues cree la pobre joven — influída
Por los tristes consejos de la anciana,
Que en combatir toda ilusión se aferra, —
Que maldita de Dios la especie humana
Marcha sembrando males por la tierra.
Ya no ve en la mañana
Un concierto de luces y sonidos,

Ni alegremente engríe
Con sueños de ventura sus sentidos.
Ya, al sonreir el cielo, no sonríe,
Ni el llanto del placer su rostro baña,
Ni á Dios, cantando como el ave, adora;
Llora tan sólo de pesar, si llora,
Y creyendo que el diablo la acompaña,
No por amor, por miedo reza y ora.

XII

Si alguna vez el pensamiento lleva
Á los pasados años de ventura,
Y el placer en su alma se renueva,
Rechaza ese recuerdo con pavura;
¡Ay! persuadida de que aquí en el suelo
Es un crimen gozar, y que es preciso
Vivir en el martirio y en el duelo
Para alcanzar después el Paraíso.
Y á sus instintos hace cruda guerra,
Dentro del alma la pasión sofoca,
En dura cárcel su razón encierra,
Desconfía del mundo y le maltrata,
Llora en la soledad como una loca
Y poco á poco su dolor la mata.

XIII

Y al ver que va á morir ¿qué hace la abuela?
« Ya llegaste al final de tu calvario.
¡Cómo ha de ser! » — murmura — y se consuela

Repasando las cuentas de un rosario.

. . . . . .

XIV

Su conciencia se hubiera estremecido
Quizás, á haber leído
Estas frases de duelo y de amargura
Que escribió en un esfuerzo sobrehumano,
Casi al morir, la niña sin ventura
Y que aun estruja su crispada mano
Dentro de la espantable sepultura :
« Contigo, á quien no he visto, y sé quién eres,
Espíritu del hombre á quien he amado,
Que tampoco me has visto, y que me quieres,
Pues cual yo te soñé, me habrás soñado,
Conversar un momento necesito
Para morir en paz, para dar calma
Á la lucha moral en que me agito.
» Tú eres alma gemela de mi alma,
Desmantelada nave que navega
En el mar proceloso de la vida,
Y nunca á puerto de ventura llega,
Por encontrados vientos combatida
» Tú podrás sólo comprender mi duelo,
Espíritu invisible,
Tú, que gimes cual yo, en el desconsuelo
Sosteniendo una lucha insostenible.
» ¿Es un crimen amar? ¿Es la esperanza
En las dichas terrenas torpe engaño?
¿Es un bien la crüel desconfianza

Y una felicidad el desengaño?
» ¿La fe en los hombres, el afán de vida,
Las doradas risueñas ilusiones
Que el alma forja de placer henchida,
Envenenan quizás los corazones
Como frutos de planta maldecida?
» ¿Se acerca más á Dios quien en la tierra
Huye dichas, placer, encanto, amores,
Y en soledad tristísima se encierra,
Buscando del martirio los rigores,
Ó aquel que, sin luchar con el destino,
La vida goza en calma, en la creencia
De que es nuestra existencia
Inapreciable don del Ser Divino?
» ¿Debemos sofocar dentro del alma
El ciego impulso que á gozar nos guía?
¿No hay en la tierra paz, dicha ni calma,
Ni se pueden hallar en armonía
La razón y el instinto, y los deberes
Con el amor al mundo y sus placeres?
» Lo ignoro; sólo sé que envenenada
Por la amarga ponzoña de la duda,
He vivido en la tierra desdichada,
De esperanza, de fe, de amor desnuda.
» Que al alma, en las pasiones con que lidio,
Maltraté con rudeza abominable,
Y el martirio del alma es un suicidio,
Un suicidio moral imperdonable.
» Sí; en el instante en que morir me siento,
Y en que el alma del cuerpo se separa,
Brilla con nueva luz mi pensamiento

Y mis dudas aclara.
» Por la tierra á los cielos se camina
Si el amor nos alienta,
Si la dulce esperanza nos sustenta
Y la luz de la fe nos ilumina.
» Sentir, soñar, creer; así se avanza
Hacia el trono de Dios : hace más daño
Al alma la crüel desconfianza
Que el amargo dolor de un desengaño.
» ¡Espíritu á quien hablo en mi deseo!
Voy á morir; si en loco devaneo,
Ayer al recordarte maldecía,
Hoy te adoro con tal idolatría
Que lo mismo que en Dios en tu amor creo.
» Se unirán nuestras almas : está escrito;
Y tendrán al gozar tanta fortuna,
Su tálamo nupcial en lo infinito
Y á Dios por sacerdote que las una. »

. . . . . .

. . . . . .

XV

Intenta proseguir y ya no puede,
Y estrujando aquel pliego con firmeza,
Inclina la cabeza
Y otra vez al rigor de su mal cede.
¿La ves? Ya va espirar. De su belleza,
De su encanto y su gracia peregrina,
Tan sólo queda un sello de grandeza,
La triste majestad de una ruina.

¡Pobre niña! es un ángel, y se muere
Como el malvado, que en horrible duelo,
Al recordar sus crímenes, infiere
Que no le puede perdonar el cielo.
Su cuerpo de tan raras perfecciones
Amarillo se encuentra y descarnado,
Cual si el fuego interior de las pasiones
Lo hubiese consumido y abrasado;
Márcanse las arrugas de la duda
En su empañada frente;
Late su corazón pausadamente
Sin sangre que á él acuda,
Inerte, débil, frío,
Y muerta ya para pensar la mente
Truécase en estupor su desvarío.
Quiere ver, y sus ojos, que están ciegos,
Al girar con dolor derraman llanto;
Quiere oir, y oye voces de quebranto,
Quiere rogar, y sordos son sus ruegos;
Y aumentando su angustia y su agonía,
De su oprimido pecho surge un grito,
Y queda inerte la materia fría
Y el espíritu vuela á lo infinito!

Julio, 1876.

EL HOGAR

POEMA DEDICADO Á MI QUERIDO AMIGO

MANUEL CANO Y CUETO

CANTO PRIMERO

EL SUICIDIO

En una tarde de otoño
Triste como la desgracia,
Como el desaliento fría,
Como la tumba callada,
De su quinta de recreo,
Apartado en una estancia,
Meditabundo y sombrío
Federico de Peralta,
Con trémula mano escribe
En papel de orla enlutada.

. . . . . .

Por el cielo trasparente
Oscura nube se espacia
Y cruzan opacas nubes
Por la mente de Peralta.
El cierzo desapacible,
Azotando las ventanas
Con silbido lastimero,
Por las hendiduras pasa.
Él siente el pecho oprimido,
Y anudado en la garganta
Un sollozo que reprime
Y que á su pesar estalla.
Y cual la lluvia impalpable
Los tersos vidrios empaña
Y condensándose en ellos
En gruesas gotas resbala,
Á su enrojecido párpado
Asoma medrosa lágrima,
Crece, se desliza y cae,
Como una estrella en la carta,
En el lugar donde ha escrito
Su pluma : ¡Madre del alma!

. . . . . .

Al recordar una dicha
Ó al fingir una esperanza
Como ilumina el relámpago
Las nubes en la borrasca,
De luz un vivo destello
Cruza por su frente pálida,
La rigidez espasmódica
De su faz tórnase blanda,

Brota el sollozo en su pecho
Estallando cual la llama,
Y en el azul de sus ojos
Como un iris de bonanza
Brilla una lágrima herida
Por la luz de la mirada.

. . . . . .

Mas ¡ay! que un instante solo
Dura la apacible calma;
Y otra vez á rugir vuelve
En su pecho la borrasca.
Á escribir convulso torna
Y su pluma el papel rasga;
Apoya en la mano trémula
La frente ceñuda y pálida,
Y parece que medita
Y que recobra la calma
Cuando del letargo sale
Del asiento se levanta
Y recorre presuroso
Y á grandes pasos la estancia.
Con ánimo decidido
Á la mesa se adelanta,
Contrae su triste rostro
Una sonrisa sarcástica,
Hace con el labio un gesto
De desdén ó de arrogancia,
Y encogiéndose de hombros,
Como quien no teme nada,
Á escribir rápido torna,
Concluye, firma la carta,

La envuelve en sobre enlutado,
Y con letra firme y clara
Pone « Al señor Almirante
Don Jacobo de Peralta. »

. . . . . .

Cálase un ancho sombrero,
Embózase en luenga capa
Y saliendo sin ver visto,
Por sendas extraviadas
Camina, llegando á un puente
Compuesto de toscas tablas
Y encorvado sobre un río
De corriente sosegada.
En las ondas bulliciosas
La vista atónita clava
Cual si de ellas en el fondo
Algún secreto buscara;
Se despierta, abre los brazos,
Adelante el cuerpo avanza
Y cae como una piedra
En el seno de las aguas.
Se abren á golpe tan rudo
Y con estrépito saltan,
En remolino se agitan,
Forman grandes oleadas,
Después concéntricas olas,
Y por último, ondas mansas
Que lentas se desvanecen
Á medida que se ensanchan,
Yendo á morir á la orilla
Entre juncos y espadañas,

Hasta que otra vez sereno
El puro cristal del agua
Los álamos plateados
Y el torvo cielo retrata.

CANTO SEGUNDO

LA CARTA

Pues naufragué en el mar de la amargura,
Me refugio en el puerto de la muerte
Que paz y olvido eterno me asegura.

Si impulsos tienes de llorar, advierte
Lo triste y miserable de la vida,
Y quizás te dé júbilo mi suerte.

Mas temiendo que llames mi partida,
Uniéndote del vulgo al pensamiento,
La deserción cobarde del suicida,

Robo á la muerte el último momento
Para dejar probado en este escrito
Que ignoro que es temor ó abatimiento.

Con sosegado espíritu medito
En mi próximo fin, y la conciencia
Me absuelve plenamente de delito.

¿Tiene el mundo derecho á mi existencia
Cuando robarme, pérfido, le plugo
El amor, la esperanza y la creencia?

¿Acaso del dolor sujeto al yugo,
Como un perro, con blanda mansedumbre,
La mano he de lamer de mi verdugo?

Quizás lo afirme así la muchedumbre,
La que uniéndose al juez y al sacerdote
Llevó á Jesús del Gólgota á la cumbre,

La que teniendo la maldad por dote,
Y esclava del error y el fanatismo
Sirve en el mundo á la virtud de azote.

¡La sociedad! Me irrita su cinismo:
Ella á mi labio arrebató las preces,
Me hizo erigir en Dios el fatalismo,

Arrastróme tenaz una y mil veces
Á las pasiones donde el mal anida,
De las que loco removí las heces,

Y si hoy le pongo término á una vida
Que tanto y tanto emponzoñó, mañana,
Al negarme un sepulcro por suicida,

Bajo el amparo de la cruz cristiana,
Me lanzará su bárbaro anatema
Creyendo ser moral, siendo inhumana.

Siempre en el débil su rencor extrema,
La palabra que sale de su boca
Aun más que el hierro enrojecido quema,

Entre los vicios la virtud sofoca,
Los dulces lazos del amor desata,
Marchita y envenena lo que toca,

Y cuando al hombre muéstrase más grata,
Engañadora con halagos hiere,
Con besos vende y con abrazos mata.

¿Extrañas que sañudo vitupere
Á la que en vida al hombre martiriza
Y su memoria infama cuando muere?

Si pudiera con ella entablar liza
Entre mis brazos al morir la ahogara,
O al huracán la diera hecha ceniza,

Y muerto, de la muerte despertara
Para iracundo maldecir su nombre
Y escupirle sus vicios á la cara.

¡Ah! Jacobo! mi saña no te asombre.
¿Alguna vez por el dolor herido
No te has hallado fiera en vez de hombre,

Has hecho por llorar y no has podido,
Buscaste una oración y no la hallaste,
Quisiste sollozar y fué un rugido

Lo que estalló en tu pecho, y deseaste
La total destrucción, tu misma muerte
Y cual Luzbel caído blasfemaste?

Pues que fué un punto tu dolor advierte,
Y que una pena inacabable, impía,
Dios ó el mismo demonio me dió en suerte.

Oye el relato de la vida mía,
Y si tan miserable hallaste alguna,
Tu maldición escuche en mi agonía.

Tú bien lo sabes, resbaló mi cuna
En un palacio de riquezas lleno
Siendo mi primer mal tanta fortuna,

Pues de mi madre arrebatóme el seno
Conveniencia social, y el de una extraña
Quizás me dió á beber hiel y veneno.

El destino fatal que en mí se ensaña
Hizo que, niño aún, se me enviase,
Para educarme bien, fuera de España.

Deja que en llanto de dolor me arrase.
La retirada del hogar paterno
De mi triste infortunio fué la base.

Ella privóme del cuidado tierno
De amante madre, sin el cual el niño
Se hiela como planta en el invierno.

De la oración sentida y sin aliño
Que ella tan sólo por instinto sabe,
Religioso poema de cariño

Que repite la infancia como un ave,
Y despierta en su alma el sentimiento
Cerrando al mal del corazón la llave.

Cuartel, hospicio, cárcel y convento
El colegio los ánimos relaja
Con su comunidad y su aislamiento.

Ciegamente se reza y se trabaja;
Los más tiernos anhelos infantiles
Con ruda mano el preceptor baraja;

Los niños, esos ángeles gentiles
Sedientos de ternura y de alborozo,
Hallan en vez de amor rostros hostiles,

Y aislados en la pena y en el gozo
Y faltos de los besos maternales
Que truecan en sonrisa su sollozo,

Al pisar de la vida los umbrales,
En sus almas despierta el egoísmo,
Monstruo que engendrará todos los males.

Diez años vegeté en el ostracismo,
Aislado como palma en el desierto,
Y sujeto á tan rudo despotismo,

Cuando á la vida me encontré despierto
Por carta de mi padre que decía:
«Vuelve pronto á Madrid, tu madre ha muerto.»

Aunque la ausencia el sentimiento enfría
Hirióme la noticia como un rayo,
Y caí balbuciendo — ¡Madre mía!

¿Por qué ¡oh Dios! desperté de aquel desmayo
Que mi cabeza plateó con nieve
Aun de la vida sin tocar al mayo?

No viera entonces una mano aleve,
Por respeto al honor en mortal duelo
La vida de mi Padre hacer más breve,

Ni me hallara en la tierra sin consuelo,
Apartado de ti, huérfano, solo,
Y abandonado hasta del mismo cielo.

Mas ya de mis desdichas llegué al polo.
Ya sé que el corazón de las mujeres
Es el altar en donde oficia el dolo,

Que son humo las glorias y poderes,
Que de la caridad tráfico impío
Hacen los religiosos mercaderes,

Y que el fin del placer es el hastío,
La oscuridad el fondo de la ciencia
Y el fondo de los cielos el vacío.

Á costa lo aprendí de mi inocencia;
Por cada paso que en el mundo he dado
Ha caído una mancha en mi conciencia.

Corrí tras los placeres desalado,
Y por no hallarlos ni encontré en el vicio
El maldito placer del condenado,

Pues sujeto á un horrible maleficio
Voy rebotando, sin hallar el fondo,
De dolor en dolor al precipicio.

Guárdame el mundo su rencor más hondo,
Pero en lucha con él gano la palma:
Con un odio mayor le correspondo.

Tan sólo el sueño mis torturas calma,
Que si llego á soñar un ángel veo
Parecido á la madre de mi alma,

Me arrulla con suavísimo aleteo,
Me embriago en un dulce parasismo,
Se acalla mi rencor, y á veces creo

Que merced á un engaño de espejismo
Hallo en el mundo los funestos males
Que viven sólo dentro de mí mismo.

Mas al rumor de locas saturnales
¡Ay! despertando de tan dulce sueño
Retorno á mis tormentos infernales,

Y como alud ingente me despeño
Al abismo sin fin de la amargura
Y odio la vida y en morir me empeño.

Mentira es todo; la Virtud más pura
Como al fin es humana, en lo profundo,
Lleva del mal la amarga levadura.

Bien, amor y verdad no son de un mundo
Que hasta á su misma redención contrario,
Ciego, loco, malvado, furibundo,

Á Colón considera visionario,
Á Galileo la verdad refuta,
Á Sócrates condena á la cicuta
Y arrastra al mismo Dios hasta el Calvario.

CANTO TERCERO

LA CABAÑA

I

En lo más alto
De la montaña,
Donde coloca
Su nido el águila,
Entre lentiscos,

Enhiestas jaras,
Verdes madroños
Y encinas altas,
Se ve una humilde
Choza de paja
Y un espacioso
Cerco de estacas
Que al tímido rebaño
Del lobo guarda.

La madreselva
Tiende sus ramas
Por la techumbre
De la cabaña
(Donde hace el nido
Con barro y granzas
La golondrina
Que alegre canta),
Y abre sus flores
Embalsamadas
Cuando el sol templa
Su ardiente llama,
Yendo á esconderse augusto
Tras la montaña.

Algunos tiestos
Con verde albahaca,
Lirios, geranios,
Rosas y dalias
Forman un cinto
De verdes ramas,

Puestos en torno
De la cabaña,
Á donde acuden
Á beber ámbar
Las mariposas
Tornasoladas
Y por miel las abejas
De la comarca.

En ellos tiene
Puesta su alma
Y sus amores
Esa zagala
De negros ojos,
De piel tostada,
De esbelto talle,
Robusta y alta
Que en la cabeza
La tosca cántara
Camina alegre
Trayendo el agua
Del manantial copioso
De la cañada.

El disco fúlgido
Del sol se agranda,
Buscan las aves
Las enramadas,
Vuelve al aprisco
La agreste cabra
Ramoneando

De mata en mata,
La aguijonea
Con la cayada
El pastorcillo
Que ufano marcha
Con su haz de leña
Sobre la espalda,
Y en espirales
Que el viento ensancha,
La chimenea
Negro humo lanza
Que el sol colora
De oro y de grana
Como á las nubecillas
De la alborada;

¡Fugaces nubes
De rosa y gualda
Que nos recuerdan
Por lo galanas,
Los devaneos,
Las vivas ansias,
Las ilusiones,
Las esperanzas,
Todos los dulces sueños
Del alma humana!

II

Tiene la choza
Terrizo el suelo,

Baja la entrada
Y ahumado el techo.
De las paredes,
Como trofeos,
Se hallan colgados
De trecho en trecho
De la labranza
Los instrumentos,
Y entre unas piedras
Puestas en ruedo
Salta hecha espuma
La savia hirviendo
Del resinoso
Tronco de abeto,
Y lanzando mil chispas
Restalla el tuero.

¡Pobres pastores
Al mundo ajenos;
Es su vajilla
Tosco barreño;
Por festín tienen
El pan moreno
Y el agua pura
Del arroyuelo;
Un trozo de árbol
Le presta asiento,
Y haces de paja
Forman su lecho.
¿Qué les importa?
Viven contentos,

Y en las ciudades
Echan de menos
De las montañas
Su hogar estrecho,
Los ardorosos
Rayos de Febo
Y las esencias
Que arranca el viento
Al hinojo, tomillo,
Salvia y cantueso.

Conquistadores
Que halláis estrecho
Para vosotros
El mundo entero,
Siempre anhelando,
Siempre sufriendo!
Ser ambicioso
Que estás sediento
De honores, glorias
Y altos empleos,
Y al no alcanzarlos
Vives muriendo,
Y al conseguirlos
Te causan tedio;
Y tú, que anhelas
Ver tus deseos
Hechos designios
Del alto cielo,
Mediará siempre
Un mar inmenso

De vuestros triunfos
Á vuestros sueños,
Y en la cabaña
Que con desprecio
Veis en la cumbre
Del alto cerro,
De la humana ventura
Vive el secreto.

III

Es una triste
Noche de otoño,
Fulgura el rayo,
Con furia el noto
Troncha las ramas
Y silba ronco,
Rueda en los aires
El trueno sordo,
Los corderillos
Balan medrosos,
Y en la cabaña
Puestos de hinojos
Zagala y niños,
Á Dios piadoso
Por los tristes viajeros
Rezan en coro.

Luego á la mesa
Se ponen todos,
Cercan el fuego

Formando corro,
La hermana grande
Da vuelta al torno,
Y el padre dice
Cuentos medrosos
De encantamientos,
Brujas y robos,
Que los muchachos
Oyen gozosos
El oído atento,
Fijos los ojos
Con tanta boca abierta
Como unos bobos.

Como entre sueños,
Contempla atónito
El tierno cuadro
Un hombre mozo
Que aquella tarde
Cayó en el fondo
Del manso río
De aquel contorno,
Siendo salvado
Por el arrojo
De aquel buen padre,
Que vigoroso
Llevóle hasta su choza
Sobre los hombros.

En la cabaña
Reina el reposo,

Se apaga el fuego,
Se duermen todos,
Acalla el austro
Sus silbos roncos,
Lejos resuenan
Los truenos sordos,
Y al pie del lecho,
Vertiendo lloro,
Y entre las manos
Oculto el rostro,
Federico el suicida
Puesto de hinojos
Confunde sus plegarias
Con sus sollozos.

CANTO CUARTO

LA REDENCIÓN

Cuando al primer fulgor del nuevo día
La campesina gente dejó el lecho,
Federico rezaba todavía
En llanto copiosisimo deshecho;
Y saliendo al umbral de la cabaña,
De la familia entera rodeado,
Que le miraba con fijeza extraña,
De esta manera habló:
-- Pastor honrado,

Pues que á más de librarme de la muerte
Al bien tornó por ti mi alma perdida,
Quiero que vaya unida
Á tu suerte mi suerte
Y regular por tu virtud mi vida.
  Dueño de la extensísima comarca
Que nuestra vista abarca,
Soy más pobre que tú, porque no tengo
Con toda mi riqueza y mi abolengo
Ni tu fe que se escuda en la inocencia,
Ni el puro amor que á la virtud te exalta,
Ni la profunda paz de tu conciencia...
Yo soy don Federico de Peralta.
  ¿Qué pensabas de mí? ¿Que era tu dueño,
Que tesoros inmensos poseía
Y que, siendo tan rico, viviría
En mis palacios realizando un sueño?
No sabes, yo tampoco lo sabía,
Que cuando el alma está de fe desnuda
En la amorosa llama encuentra el frío,
En la ciencia la duda
Y en las mismas riquezas el hastío.
  Falto de la dulcísima esperanza
Que columbra en la tierra algo del cielo,
De sentimiento el corazón vacío,
Víctima fuí del punzador recelo
Y en la honrada intención vi la asechanza,
En la mujer, que es ángel, sierpe artera,
En la existencia insoportable yugo,
En Dios una quimera
Y en el género humano mi verdugo.

Y cuando ya cegóme el torbellino
De mi loca pasión, busqué la muerte
Maldiciendo del mundo y de mi suerte;
Y de este crimen acusé al destino,
Que así llamaba yo á la Providencia,
Para acallar la voz de mi conciencia,
Que ¡asesino! gritábame, ¡asesino!...
Tú sabes lo demás, pero no sabes
Que al verte en la pobreza sin desvelo,
Á tus hijos alzando, cual las aves,
Sus plegarias ó cánticos al cielo,
Á esta zagala en su estrechez contenta,
Y en torno del hogar todos en calma
En tanto que rugía la tormenta,
Se desbordó abundoso el llanto mío
Tanto tiempo encauzado,
Y fué tan bienhechor para mi alma
Como la fresca lluvia y el rocío
Para el sediento valle calcinado
Por el sol ardoroso del estío.
Quiero vivir; la vida tiene objeto
Cuando del vicio se desoye el reto
Y se busca el placer en la templanza;
Cuando se tiene amor, hogar, familia
Y se cifra en el cielo la esperanza.
Lo he aprendido de ti: tras la vigilia,
Libre del ocio que enmohece el alma,
Á tu hogar vuelves, donde está la calma
Y donde un sueño de ángel se concilia.
Tendré mi hogar y mi familia amada;
Mi sangre mezclaré de caballero,

Tan azul como débil y enervada,
Con la plebeya de mujer honrada
Que en concha de virtud viva escondida
Como en el mar la perla nacarada.
Así enjerta entendido jardinero
En árbol débil, para darle vida,
El árbol virgen del inculto otero.
  Emplearé la existencia
En hacer bien al hombre, que es mi hermano,
Y cuando sienta peso en la conciencia,
De esta montaña tomaré el camino
Y beberé en el hueco de la mano
El agua del arroyo cristalino,
Aspiraré el aroma del romero,
Me sentaré al hogar que me ha salvado,
Y volveré otra vez regenerado
De la virtud al áspero sendero.
  De hoy más eres mi padre;
Puesto á tus pies tu bendición exijo.
¡Por la memoria santa de mi madre,
En el nombre de Dios, bendice à tu hijo!
  Todos por un impulso sobrehumano
Cayeron de rodillas en el suelo:
El honrado pastor alzó su mano,
Y, de la bruma descorrido el velo,
El sol apareció en el horizonte,
Iluminó la cúspide del monte
Y lentamente remontóse al cielo.

Junio, 1878.

MEDITACIÓN
ANTE UNAS RUINAS

POEMA

AL Sr. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

EN TESTIMONIO DE GRATITUD, DE RESPETO Y DE CARIÑO

I

SALIENDO de su lánguido desmayo,
Naturaleza toda resucita
Al fecundo calor del sol de mayo.
Las entrañas benéficas visita
De la madre común vívido rayo,
Y las semillas que ateridas duerme
Hinchadas rompen su corteza dura,
Y se hace planta el germen,
Y brota, y crece, y cubre la cañada
De una mullida alfombra de verdura,
De arabescos de flores recamada.

Todo obedece al mágico conjuro;
El vendaval se trueca en blanda brisa;
Vestido el cielo de su azul más puro
Se mira absorto en el cristal del río,
Y en el alba á la flor con su sonrisa
Le manda una diadema de rocío;
La yema se hace pámpana frondosa,
Rojo y dorado tul la densa bruma,
La oscura larva blanca mariposa,
La nieve arroyo, el arroyuelo espuma,
El brote tallo y el capullo rosa;
Entona al anidar su cantinela
El avecilla que de amor se abrasa;
El insecto parece flor que vuela
Agitando unos pétalos de gasa;
Naturaleza toda canta en coro,
Y arrastra el aire en sus revueltos giros
Aromas, y suspiros,
Y cascadas de luz en ondas de oro.

II

Una tade. . . . . .
. . . . . ¿Qué hermosa no sería
Siendo de mayo y en la patria mía?
Ni el país donde se alza el Himalaya,
Granítico atalaya
Que, levantado á la región del cielo,
No halla horizontes y la vista explaya
Cuel astro en el cenit por todo el suelo;
Ni la comarca tropical salvaje

Que la luz de un sol tórrido caldea,
En cuyo seno el férvido oleaje
De un mar de lava ruge y serpentea,
Donde ríos, cual mares desbordados,
Se despeñan en rauda catarata,
Y los árboles suben enlazados
Á la nube que en rayos se desata;
Ni Italia, nido celestial de amores,
Tan fecundo en artistas como en flores,
Donde repiten en perpetuo idilio
Aves, brisas y lagos tembladores
Los dulcísimos versos de Virgilio,
Reunen la grandeza y la poesía
Del edén que se llama Andalucía.

Dos mares le tributan vasallaje,
Y al besar las arenas de la playa,
Canta en vez de rugir el oleaje
Y lánguido hecho espuma se desmaya;
De sus márgenes toma arenas de oro
El claro río, y la veloz corriente
Va arrastrando magnífica el tesoro
Y pródiga lo arroja al mar potente.
En sus valles y oteros
Rubias mieses, oscuros olivares
Y verdes limoneros
Vestidos de azahares
Alternan con la parra pampanosa,
Cuajada de racimos y caireles,
Y con la adelfa de color de rosa
Que nace entre las juncias y laureles

Del arroyuelo de la quiebra umbrosa.
Todo es amor allí, luz y armonía,
Cantos el ave, aromas el ambiente,
El prado flores, la mujer poesía,
Y ser parecen de esmeralda el suelo,
De amatista la cúspide eminente,
De plata el río, de cristal la fuente,
De oro la nube y de zafir el cielo.

III

Ya el ave oculta en la alameda umbría
Trinaba revolando entre el follaje,
Y escondiendo su pico en el plumaje
Como el niño en la cuna se dormía
Al columpiar el céfiro el ramaje.
Terminada la rústica faena
Tornaban al hogar los labradores
Y el zumbador enjambre á la colmena
Cargado con la esencia de las flores.

Yo estático miraba con asombro,
Pues hallo en cuanto miro algún misterio,
Una fábrica alzar con el escombro
De un viejo y derrüido monasterio.
Cada golpe brutal de la piqueta,
Que del musgoso y grieteado muro
Desmoronaba el lienzo mal seguro,
En mi alma de poeta
Hallaba un eco como el golpe duro;
Y con dolor veía

Cómo el resto de arábiga moldura,
Ó el trozo del escudo ó la escultura,
Todo, con gran estrépito caía,
Á los golpes aciagos,
Entre nubes de polvo de la altura,
Sobre un lecho de incultos jaramagos.

Al fin llegó la hora
Que abandonó el obrero
La pesada herramienta destructora,
Y de su pobre hogar tomó el sendero
Como las aves, despidiendo el día
Con los tristes, monótonos cantares,
Con que engaña el trabajo y los pesares
Y celebra el descanso y la alegria.

Hundióse lento el sol; la blanca nube
Que recibió su beso en el ocaso,
Como el ala de nácar de un querube
Se deslizó por el azul de raso,
Refractando fulgores
De grana, de amaranto y de violeta,
Que reunidos formaron mil colores
Que jamás ve el pintor en su paleta.

Y yo entretanto con afán seguía
De un arco resistente,
Apuntado en segura lacería
Y el único en las ruinas existente,
La sombra que crecía,
Corriendo el valle y escalando el monte,

Hasta que al fin ya pálida moría
En el cielo besando el horizonte.

¡Qué cuadro aquel! En el ruinoso muro
La guirnalda de hiedra;
En el arco, aun seguro,
La ancha vena de piedra
Que la ojiva en la bóveda formaba,
Y entre una y otra vena, la hornacina
Donde el santo se alzaba,
¡Hoy nidal de la errante golondrina!
En ruinosas paredes empotrados,
Del ajimez morisco,
Los arcos dentellados;
Donde estuvo el antiguo cementerio
Un ciprés como fúnebre obelisco,
Y un sauce cuyas ramas desmayadas
Cubrían con misterio
Quizás tumbas de santos profanadas;
Después la nueva construcción, el río
Bullendo y murmurando,
En el valle el alegre caserío,
Y trás el valle la montaña oscura
Que á la indecisa luz que iba menguando
Tomaba de un espectro la figura.
En torno de los altos mechinales
Chilladora bandada de vencejos.
Y á mis pies, entre ortigas y zarzales,
Pintados azulejos,
Fustes estriados, rotas esculturas,
Vidrios reverberando como espejos

Y mármoles de antiguas sepulturas.

Al contemplar reunidos
La vida y el estrago,
Como en jarrón chinesco brotar flores
En las fauces de piedra de un endriago
Y los calientes nidos
Buscando de las tumbas los horrores,
De miedo en un amago
Aquel cuadro real me parecía
Un fantástico engendro que surgía
Al conjuro diabólico de un mago.

IV

¿Por qué en un dulce arrobo me extasío
Ante toda rüina
Y hasta el erial baldío
Con su inculta aspereza me fascina?
¿Por qué entretengo tanto la memoria,
Yo que la santa libertad ansío,
Del vil tirano en la sangrienta historia?
¿Por qué siendo el progreso el amor mío
Y el porvenir llevando por empresa,
Vuelvo atrás con ahinco la mirada,
Como el enamorado que regresa
De la cita que tuvo con su amada?

Con valor lo confieso,
Lo mismo me embeleso
Ante el problema que resuelve el hombre

Ó ante el misterio mágico del nido,
Que ante una tumba descifrando un nombre
Que el óxido del tiempo ha carcomido.

Mientras me grita, « *avanza*, » el pensamiento
Con indomable acento,
Dentro del corazón que ansioso late,
« *Vuelve hacia atrás*, » me dice el sentimiento
Con voz de muerte que mi arrojo abate,
Y en vano, en vano á dominarme aspiro,
Tuvo siempre y tendrá mi alma indecisa
Para cada esperanza una sonrisa
Y para todo cuanto fué un suspiro;
Que en esta lucha inquieta,
Como el metal en el crisol candente,
Se purifica el alma del poeta.

¿Y qué lo porvenir; qué lo presente?
El tiempo es sólo un nombre
Que imaginó la pequeñez del hombre.
Somos brumas de un mar evaporado,
Que al caer formarán otro más puro.
Las cenizas que avienta lo pasado
Son gérmenes al par de lo futuro.

Como sucede al hielo del invierno
Constantemente el fuego del verano,
En un círculo eterno
Quizás se agita el pensamiento humano,
Y la misma materia inanimada,
En polvo ó en vapor desvanecida,

Tampoco muere, gira trasformada
De ser á ser en perdurable vida.

¿Quién dirá que no sea
Idea de algún sabio ya olvidada
Del sabio de hoy la innovadora idea?
¿Quién sabe si hecho nube en el vacío
De nuestros padres el acerbo llanto,
Hoy nos lo vuelve el cielo en el rocío,
Ó si algo de ellos mismos se vislumbra
En el polvo sutil que bulle tanto
En el rayo del sol que nos alumbra?

Es del poeta el corazón el nido
Donde en santa alianza
Vive con el recuerdo la esperanza,
El bien soñado con el bien perdido;
Así que el poeta alcanza
Lo que el sabio jamás ha conseguido,
Que el corazón ansioso palpitando
Preste al labio su rítmico latido
Para que surja el verbo aleteando.

V

Entró con dulce lentitud la noche.
Oprimiendo su broche
La flor triste y celosa de sus galas,
Fué plegando los pétalos suaves
Como pliegan las aves
El sedoso abanico de sus alas.

La brisa entumecida
Lánguidamente desmayó en sus giros,
Y exhalando dulcísimos suspiros
Sobre las flores se quedó adormida,
En tanto que el follaje,
Del sol marchito por la lumbre pura,
Se erguía en el ramaje,
Al sentir de la escarcha la frescura.
La corriente del río sosegada
Producía un susurro lastimero,
Como queja de tórtola cuitada;
Y abriendo Dios el diáfano joyero
Donde guarda sus perlas y diamantes,
Lo derramó por el azul sombrío,
Que se cuajó de estrellas palpitantes
Como trémulas gotas de rocío.

¡Qué amable soledad, qué dulce calma!
Prestóme un roto pedestal asiento,
Y del fondo del alma
Desbordado salió mi pensamiento,
Que penetró en el campo de la historia,
Quiso sondar el cielo y el abismo,
Y creó tanta imagen ilusoria,
Que á vivir todavía en mi memoria
Anduviera espantado de mí mismo.

Arrebatado por secreto impulso
(Y á explicarme no acierto
Si dormido, somnámbulo ó despierto),
De aquesta suerte apostrofé convulso

Á gigantesca piedra
Que, ante mi vista atónita, se alzaba
Cubierta á trechos de verdín y hiedra.

« Lo que el tiempo no acaba
Lo cambia y modifica,
Al orgánico ser lo petrifica,
Al mármol lo desgrana y lo diluye,
Y á ti, peñasco enorme, te fabrica
Con restos de los seres que destruye.
Va acumulando en ti los materiales
De cuanto hiere, pulveriza ó mata.
¡Cuán distintas las cosas más iguales!
¡También forma las perlas orientales
Del nácar que á las conchas arrebata!
Al contemplarte acude á mi memoria
De esta comarca la olvidada historia,
Y en el fondo de mi alma resucita
La falange de seres infinita
Que te formó dejándote su escoria.

VI

« Cuando este campo, bosque tenebroso,
No tenía de senda más señales
Que las que abrió entre zarzas y jarales
El jabalí acosado por el oso,
Ese río, en su curso detenido
Por el árbol tronchado
Y el peñón de la cumbre descendido,
Se espaciaba en el valle dilatado

Hasta hallar de la zanja la vertiente
Y desatarse en rápido torrente;
De aquel monte en la cúspide riscosa
Anidaban las águilas rapaces;
Los hombres, casi bestias montaraces,
Habitaban la gruta,
Palacio conquistado en lid sañosa
Al diente y zarpa de la fiera hirsuta,
Y estuvo toda la natura en guerra
Hasta que vino el héroe fabuloso,
Desbrozó el bosque, fecundó la tierra,
Cegó el volcán, encadenó el torrente,
Domó la fiera, desecó el pantano
Y la línea trazó en el continente
Que contuvo al indómito Oceano.

VII

« ¡El campo de la Historia es este suelo!
Aquí se dieron cita,
Por designio del cielo,
El Ario rudo, el bélico Semita,
Las dos razas rivales
Que con los trances de su eterno duelo
Llenaron los históricos anales;
Aquí empezó la ruina de Cartago;
Aquí de Roma el colosal imperio
Se levantó de Munda en el estrago;
Aquí Europa libró del cautiverio
Del Muslim en las Navas de Tolosa,
Y en Bailén de la férula imperiosa

Del gran Napoleón, dios de la guerra,
Que al hacer gravitar su tiranía
Sobre los reyes todos de la tierra,
Esclavos de sus francos capitanes,
Cedió ante el pueblo de la patria mía,
El único que vence á los Titanes;
Y aquí luchas homéricas sancionan
Destinos y catástrofes del mundo,
Y escombros sobre escombros se amontonan
Sobre un suelo riquísimo y fecundo
¡Ay! porque sangre y lágrimas lo abonan!

VIII

« Lo devasta el Ibero
Que aun del Pirene habita la montaña,
Hoy, como ayer, fanático y guerrero;
Llega el Fenicio en la velera nave,
Que el indígena toma por un ave,
Al Estrecho, trayendo la moneda,
Que el poder de los Hércules hereda,
Y la escritura, colosal invento
Que esculpe y perpetúa el pensamiento;
Y en larga caravana perezosa,
Ávido de la luz del Mediodía,
Deja el Celta su patria nebulosa
Y aquí encuentra quizás la selva umbrosa
Que da por templo á su deidad impía.
¿Y quién sabe si entonces, piedra ingente,
Fuiste el dolmen maldito,
¡Ay! no tan duro, siendo de granito,

Como el alma inclemente
Del fanático Druida,
Que en la noche callada,
De muérdago la frente coronada,
Y la flotante túnica vestida,
Al rayo de la luna,
En el bosque de encinas seculares,
Al triste prisionero sin fortuna
Inmolaba en los rústicos altares ?

Pero todo cambió con el Romano,
El fiero Druida y la deidad sañosa
Huyeron de la selva misteriosa,
Que se pobló de sátiros y ninfas,
Y el arroyo y la fuente rumorosa
Náyades vieron en sus claras linfas.
Entonces tú, del dolmen arrancada,
Por mano del artista cincelada,
Fuiste estatua del héroe giganteo
Y en el Circo te viste salpicada
¡Ay! otra vez de sangre derramada
Por los hijos del mártir Galileo !
Y cuando ya del vicio la carcoma
Minó el Imperio, y levantóse al solio
El esclavo de ayer, y se hundió Roma,
Y sus brazos abrió en el Capitolio
Sobre el Orbe la enseña del Cristiano,
¡Tú sostuviste ¡oh piedra! el Crucifijo,
Tú, que formaste el ídolo pagano,
Y en el nombre de Dios se te bendijo!

IX

« Mas no te acuso, Roma, madre mía;
No fué el Circo tu espíritu y tu idea,
Cual no es el sol la mancha que lo afea
Y sí el eterno luminar del día.
Hoy que adverso el destino
El poder material quita á tu raza,
Aunque no el de tu espíritu divino,
¿Qué español, qué hijo noble te rechaza?
Tuya es mi lira, Roma, ¡soy latino!
Pasan siglos, y aquel pueblo salvaje
Que te venció con la razón del hecho,
Hoy te rinde homenaje
Buscando la razón en tu derecho.
Eres madre, eres causa, eres principio;
Aun de ti toman oprimidas greyes
La libre institución del Municipio;
Aun es tu gloria el sueño de los reyes,
Y el arte tuyo el clásico modelo;
Pero, ¿qué más? tu idioma sin segundo,
La religión que te postró en el suelo
Lo ha hecho lenguaje universal del mundo.

X

« ¿Y qué de Roma en pos? La triste noche.
En tanto que la aurora se acercaba
Fuiste, piedra, la almena del castillo
En donde al siervo mísero colgaba

El terrible señor de horca y cuchillo,
Ó el lecho en que el austero cenobita
Soñaba apocalípticos herrores,
Viendo sombras, tormentos y dolores
¡Ay! en la cruz bendita,
Que es vida, y luz, y amor de los amores!
Y ¡qué contraste! llega el Islamita,
Y en un harem, remedo de la Alhambra,
Guardador de las célicas huríes
De ojos de fuego y labios de rubíes,
Tú, lecho del dolor y el misticismo,
En la morisca zambra
Fuiste lecho quizás del sensualismo.
La noche, la edad media,
Tendió sus negras alas sobre el mundo;
¿Pero qué labio habrá que la reproche,
Si el porvenir fecundo
Se engendró en las tinieblas de esa noche?

En las cumbres castillos giganteos,
Y en los valles grandiosas abadías;
Derecho, honor, concilios y herejías;
Cruzadas, penitencias y torneos;
Barbarie, sentimiento y heroísmo;
Godofredo y el Cid y Carlomagno
Forman aquella edad, cielo y abismo
De donde surge el sol de un nuevo día,
Y la brújula guía,
La ciencia se hace luz, el arte canta,
La imprenta el *Verbo* á lo futuro envía,
Á la vista del hombre se abre el cielo,

América en los mares se levanta
Y no se pone el sol en nuestro suelo.

XI

« Si gigante Almanzor, el Cid coloso,
Cede la cimitarra á la tizona,
El impúdico harem se desmorona,
En sus muros se eleva el monasterio,
Y de la zambra al eco estrepitoso,
Suceden la oración del religioso
Y los místicos cantos del Salterio.
Mas del tiempo el ariete poderoso
Como cayó sobre el harem profano,
Cayó también sobre el altar divino,
Y hoy todo es polvo vano
Que huella indiferente el peregrino.

Si todo ha de sufrir la misma suerte
¡Ay! ¿para qué nacer me hizo el destino
Si al darme vida condenóme á muerte?
¿Qué lo pasado? Escombros;
Lo futuro esperanza fementida
Que muere en lo presente; y en la vida,
¿Quién no lleva una cruz sobre sus hombros? »
Así dije con eco gemebundo
Que de la noche se perdió en la calma,
Y en letargo profundo,
Rendido gladiador, cayó mi alma.

XII

Mas no es el sueño muerte, sí descanso;
Que el alma, como el río,
Necesita parar en el remanso
Para correr de nuevo con más brío

Al beso desperté de la mañana,
Concierto de la luz y la armonía,
Y con la sombra vana
Se disipó el pesar del alma mía,
Que unió su voz al cántico de hosana
Con que saluda la creación al día.

Y exclamé: « Nada muere; ya á destajo
Con la piedra del templo derrüido
Se alza el taller, el templo del trabajo,
Que nube de humo denso
Esparcirá por el azul flüido,
Humo tan grato á Dios como el incienso.

¿Qué ha muerto aquí? Los pueblos que pasaron
Su espíritu y su gloria nos legaron.
Del Ibero la indómita bravura,
Del Fenicio el amor á la aventura,
Del Griego el aticismo,
Del Godo la hidalguía,
Del Sarraceno la oriental poesía,
Del Romano el saber y el heroísmo
Forman el alma de la patria mía,

Y es el pueblo español hidalgo, atleta,
Galante, aventurero,
Libre, conquistador, sabio, poeta,
Y en glorias y en desdichas el primero.

De una raza otra raza es heredera,
Y la obra del progreso engrandecida
Jamás puede morir; la voz primera,
Que lanzó el primer ser, vibra en la esfera
Con las mil y mil voces confundida
Que dió después la humanidad entera :
Nada acaba en la altura, ni en el suelo;
El despojo de un ser da á otro ser vida,
Y el alma libre se remonta al cielo;
La humanidad sin detenerse avanza,
La razón es su guía en el camino,
Su fuerza la esperanza,
Su estímulo el amor, Dios su destino. »

Febrero, 1879.

FRAY JUAN

POEMA

CANTO PRIMERO

I

Noche horrible! El noto zumba,
Rompe la nube en granizos
Y en relámpagos rojizos,
Y sordo el trueno retumba:
El torrente se derrumba
Convertido en catarata;
Troncha el viento y arrebata
El roble añoso en la sierra,
Y se estremece la tierra
Y el rayo fulgura y mata.

II

Al batir la choza el viento
Teme el pastor por su vida;

Aulla el lobo en su guarida
Al par medroso y hambriento;
La campana del convento
Conjura la tempestad,
Y alza la comunidad
Arrodillada en el coro
El canto ó más bien el lloro
Que mueve al cielo á piedad.

III

Sin que la furia bravía
De la borrasca le asombre,
Á caballo corre un hombre
Camino de la abadía;
Y cuando con más porfía
El huracán le combate,
Aplica el duro acicate
Á la ijada del caballo,
Que afirma en la tierra el callo
Y vence al viento en su embate.

IV

Del relámpago á la lumbre,
Del templo la masa enorme
Parece un peñasco informe
Desprendido de la cumbre;
Tras penosa incertidumbre
Á hallarle el jinete acierta,
Desmonta, llama á la puerta

Con el puño de la espada,
Y da en tierra desplomada
Su cabalgadura muerta.

V

Desencajado y convulso,
Con la borrasca en pelea,
Grita y la puerta golpea
Hasta perder voz y pulso:
Su espíritu sin impulso
Cede en la lucha rendido;
Apagándose el latido
De su pecho, desfallece
Y como muerto amanece,
Junto á su potro tendido.

VI

Aunque en tierra yace inmoble,
Denota por su apostura
Que une á gentil hermosura
La fortaleza del roble:
Y atestiguan de que es noble
Y muy rico caballero
La montura del acero,
Los bordados del justillo,
Y preso en áureo cintillo
El blanco airón del sombrero.

VII

— « ¿Qué os trajo? — Dolor profundo.
— Vuestro nombre... — Lo he olvidado.
— Pero sois... — Un desdichado
Que viene huyendo del mundo. »
Así dijo moribundo
El caballero al Abad,
Y éste le repuso : — « Entrad
De Dios en la santa casa,
Y el llanto que el rostro abrasa
Enjugue la caridad. »

VIII

Aun se ignora que pasión,
Qué crimen, qué pena impía
Le llevó á aquella abadía
En tan terrible ocasión.
Sólo de su confesión
Se ha sabido la sentencia:
— « Tan pura está tu conciencia,
Que para ganar el cielo,
Más te hace falta consuelo
Que la amarga penitencia. »

IX

Pudo su sangre de mozo
Devolverle la salud,

Pero no la juventud
Ni del alma el alborozo.
De entonces, extraño al gozo,
Inclina sumiso el cuello
Al dolor, que en él su sello
Imprimiendo pertinaz,
Llena de arrugas su faz
Y de nieve su cabello.

X

Creyendo cicatrizada
La herida que le hizo el mundo,
Dejó, con desdén profundo,
Por la cogulla la espada.
¿Mas cómo, si fué callada,
Dar una pena al olvido?
¡Ay, en su celda escondido,
En el coro, en el altar
Le persigue sin cesar
La sombra de un bien perdido!

XI

Cuanto más olvidar quiere,
Más el recuerdo le hostiga,
Y en aguzar se fatiga
El puñal con que se hiere.
Huyendo lejos, infiere
Que ha de poner un abismo
Entre sí y el espejismo

Del sueño que le tortura,
¡Y en alas de la locura
Huyendo va de sí mismo!

XII

— « Adiós, el abad le dice;
Recio combate es la vida,
Sé fuerte; que no hay herida
Que el tiempo no cicatrice; »
Y llorando le bendice,
Al corazón le sujeta,
Y cuando el joven le objeta:
— « ¿Y dónde hallar fuerzas, dónde?
— En el dolor, le responde;
Sé mártir, serás atleta.

XIII

— » Os vais á escandalizar,
El joven llorando exclama
¡ Aun está viva la llama;
No la he dejado de amar!
¡Padre! la quiero olvidar,
Odiarla, ¡vanos antojos!
¡Si ante Dios rezo de hinojos
Ella surge entre los dos,
Y es con *ella* y no con Dios
Con quien se encuentran mis ojos!

XIV

— » Combate ese amor sin calma,
El abad contesta al triste,
Ya que el hábito vestiste
Sin arrancarlo del alma.
— ¿Mas cómo lograr la palma,
Clama el joven; qué poder
El amor puede vencer,
Si se pierde la razón
Y hacen temblar á Sansón
Los ojos de una mujer?

XV

— » Al oirte me consterno,
Dice el abad; calla, calla,
Que en tus palabras estalla
La cólera del infierno.
Parte, pues, y que el Eterno
Venza en tu alma á Satanás; »
Y al separarse, á compás
Dijeron con amargura:
El anciano: « ¡Qué locura! »
Y el joven: « ¡No amó jamás! »

XVI

Va á partir. Se alza la brisa,
La ola encrespa la melena

Y viene á besar la arena
Como una esclava sumisa;
La luz del sol ya indecisa
Tiñe el cielo de arrebol,
Y oro hirviendo en el crisol
Parece el agua al bullir,
Cuando en el mar se va á hundir
Engrandeciéndose el sol.

XVII

Lanzando alegre graznido
La gallarda gaviota,
La espuma del agua azota
Volando en busca del nido;
El pescador atrevido
Rema ansioso hacia su hogar,
Y se escucha el rechinar
De los hierros de una nave,
Que zarpa y va como un ave
Internándose en el mar.

XVIII

— « Adiós, patria, te perdí,
Llorando el fraile murmura.
¡Qué vida tan sin ventura
La vida lejos de ti!
¡Oh muerte, cébate en mí
Como el simún en la palma!
Mas ¿qué digo? calma, calma,

Corazón, tu lucha impía;
¡No te dejo, patria mía,
Te llevo dentro del alma!

XIX

» ¡Hogar que me diste abrigo,
Madre que me diste el ser,
Horas de luto ó placer,
Os llevo á todos conmigo!
¡Y como fiero enemigo
Que la dicha me arrebata,
El amor á aquella ingrata
Que aun es vida de mi vida,
Y que es feliz, y me olvida,
Y sin saberlo me mata!

XX

» ¿Pero siempre mi albedrío
Sentirá, oh pasión, tu azote?
¿Hasta cuándo el sacerdote
Será impuro y será impío?
No más: te ofrezco, Dios mío,
Que si con firme tesón
No mato en mí la pasión,
Tanto y tanto lloraré,
Que en lágrimas la ahogaré
Dentro de mi corazón. »

XXI

Dijo el fraile con vehemencia,
En tierra cayó de hinojos
Y cerró triste los ojos
Para ver en su conciencia.
La piadosa penitencia
Mitigó su amargo duelo,
Y aun fué mayor su consuelo
La vista ansiosa al fijar
En lo profundo del mar
Y en lo infinito del cielo.

CANTO SEGUNDO

I

De los campos de esmeralda
No queda ya ni el rastrojo,
Y seco el pámpano rojo
Pierde la vid su guirnalda :
Con su haz de leña á la espalda
Vuelve el rústico al hogar,
Y hay solo por cosechar
La aceituna que negrea
Y que el mirlo picotea
Silbando en el olivar.

II

Tan oculto como el nido
Que el ave cauta soterra,
En el riñón de la sierra
Hay un pueblo en el olvido.
Parece un yermo su ejido,
Es su asiento un peñascal,
Y blanqueadas con cal
Las casas del vecindario
Circundan el campanario
De la iglesia parroquial.

III

En este templo cristiano
Todos cumplen sus deberes,
Y á requebrar las mujeres
No va ante Dios el liviano.
El curioso busca en vano
Esplendores y grandeza;
Sólo inspira su pobreza
Recogimiento y ternura,
Y sólo en su nave oscura
El pecador llora y reza.

IV

Hay pintado de arrebol
Un niño de Dios de cera,

Que el pueblo quiere, venera
Y halla bello como el sol.
Tres bancos y un facistol
En medio, forman el coro,
No habiendo allí más tesoro
Que una Virgen del Carmelo
Vestida de terciopelo
Con lentejuelas de oro.

V

La iglesia casi en rüinas
Ostenta como primores
En sus altares, las flores
Que llevan las campesinas;
Y coronado de espinas,
Lleno de sangre y sudor,
Se ve en el altar mayor,
De una lámpara á la luz,
Agobiado por la cruz
Al divino Redentor.

VI

Es de noche; ante el altar,
Y calada la capucha,
Se halla un fraile, y se le escucha,
Bajo, muy bajo, rezar.
La luz próxima á espirar
Á intervalos reverbera
De Cristo en la faz severa,

Y otro rumor no se nota
Que el del vendaval que azota
Y empuja la vidrïera.

VII

De repente aquella calma
Interrumpe hondo lamento
Que arranca el dolor violento
De lo profundo del alma.
— « ¿Cómo he de alcanzar la palma,
Exclama el fraile, ¡oh Dios mío!,
Si es mi fuerza desvarío
De una mística embriaguez,
Que pasa, y torna otra vez
Al mal, como al cauce el río?

VIII

» Vuelvo después de diez años,
Ya tranquilo el corazón
Y ahogada aquella pasión
En un mar de desengaños;
Y otra vez sueños extraños
Ocupan mi fantasía,
Y el amor, que yo creía
Ya muerto, vuelve á estallar,
Solamente al contemplar
La reja en que la veía.

IX

» Inútil es que minore
Las fuerzas ya desmayadas
De mis carnes demacradas,
Y que ayune, rece y llore;
En vano, ¡oh Dios! que te implore
En la tumba de mi madre
Y que mi cuerpo taladre
Con el cilicio cruel;
¡Aun no he olvidado á la infiel
Que me dejó por mi padre!

X

» — ¡Es santo, es santo! — murmura
El pueblo al verme pasar,
Queriéndose disputar
Un beso en mi vestidura;
Y á mis pies con su alma pura
Viene á arrojarse el cristiano,
Cuando ruge el oceano
De la pasión en mi seno,
Y hay en él mucho más cieno
Que en el fondo de un pantano. »

XI

El viento en las rejas zumba,
Muere la luz de repente,

Y el fraile da con su frente
En la losa de una tumba:
Con sordo rumor retumba
El golpe en la cripta hueca,
Y mientras que á sí se impreca
El triste lleno de espanto,
Corren la sangre y el llanto
Por su faz hundida y seca.

XII

La fiebre devoradora
Invade su cuerpo yerto,
Y exánime, casi muerto,
Le sorprende allí la aurora;
Poco á poco se incorpora
Al volver en su sentido,
Y al arrastrarse aturdido
Buscando el confesionario,
La esquila en el campanario
Rompe en fúnebre tañido.

XIII

Rechinando y lentamente
Se abre del templo la puerta,
Y entra en la nave desierta
Una hermosa penitente.
Esbelta, de altiva frente
Y de pálido color,
En Dios fija con amor

Sus negros ojos orlados,
De esos círculos morados
Que sólo pinta el dolor.

XIV

Oculta la feligrés
Su triste faz bajo el manto,
Besa el hábito del *santo*
Y se arrodilla á sus pies.
— « Padre, murmura después,
Pecadora contumaz
Vengo aquí en busca de paz, »
Y es de su voz el murmullo
Aun más dulce que el arrullo
De la paloma torcaz.

XV

— « Aun no era padre, mujer,
Cuando á un hombre conocí,
Y al conocerle sentí
Mis alas de ángel caer:
Era cuando empieza á ver
La niña por otro prisma,
Y su alma en sueños se abisma,
Y sin motivo está triste,
Y á su muñeca no viste
Para vestirse á sí misma.

XVI

» Mi padre como á una esclava
En un claustro me encerró,
Y en matrimonio me dió
Á un hombre á quien yo no amaba.
Mi amor en la guerra estaba
En aquel terrible instante.
¿Y habrá, ¡oh Dios! quien no se espante,
Pensando en lo que he sufrido
Al hallar que mi marido
Era el padre de mi amante? »

XVII

Respondiendo á su amargura
Se oye un gemido tan hondo,
Cual si vibrara en el fondo
De una hueca sepultura.
Es que el fraile en su tortura
Va á decir — « ¡Clara, sois vos...! »
Y viene el deber en pos,
Y con quebranto infinito,
El infeliz ahoga el grito
Y fija la vista en Dios.

XVIII

Y ella sigue: — « Al hombre aquel
No he vuelto á verle jamás;

¡De pena murió quizás
Creyendo á su amada infiel!
Yo, impura, sueño con él,
Aunque en no soñar me empeño.
Vos, santo, y de vos tan dueño,
Decid : ¿Cómo una pasión
Se arranca del corazón
Y se destierra del sueño? »

XIX

Sintiéndose el fraile ahogar,
Quiso huir, le faltó brío,
Y murmurando « ¡Dios mío! »
Dió muerto al pie del altar.
« ¡Socorro... ! » empezó á gritar
La penitente angustiada;
Mas fijando la mirada
En el semblante del *santo :*
« ¿Es él, es él! » con espanto
Dijo, y huyó horrorizada.

XX

En tanto, escarbando el suelo
La casa el gallo atolondra,
Sale del surco la alondra
Cantando al alzar el vuelo;
El oscuro azul del cielo
Se trueca en vivo arrebol,

Mira á Oriente el girasol,
Suena la esquila en el monte,
Enciéndese el horizonte
Y surge radiante el sol.

LA VENGANZA

POEMA

Á MI QUERIDO AMIGO

EL EMINENTE ACTOR

DON RAFAEL CALVO

I

Hay frente al moro una aldea,
Á la mar tan inmediata,
Que en las olas se retrata
Cuando crece la marea.
Admirada se recrea
La vista en aquel lugar,
Donde Dios quiso juntar,
Á los encantos del suelo,
Las maravillas del cielo
Y las grandezas del mar.

II

Tan vivo allí se arrebola
El cielo, al salir el sol,

Que da envidia su arrebol
Al carmín de la amapola;
Y es de ver la misma ola,
Que en la arena de la p'aya
Rumorosa se desmaya,
Como, no lejos, rugiente,
Va á estrellarse en la rompiente,
Á los pies de la atalaya.

III

Entre tierra y mar se nota
Allí sorprendente unión;
En las quiebras de un peñón
Anidan cuervo y gaviota;
Da el pescador á su flota,
Á la ribera atracando,
En la yerba, lecho blando,
Y á veces el campesino
Toma por musgo marino
El césped que va brotando.

IV

Llega hasta el agua el follaje,
Y, si el viento la mar pica,
Al viejo pino salpica
La espuma del oleaje.
Á un tiempo en aquel paraje
Huele á resina y marisco,
Viéndose junto á un aprisco

La red tendida á secar,
Ó el alga que arroja el mar
Enredada en un lentisco.

V

Algo lejos del poblado,
Y sobre arena infecunda,
Hay un huerto, al que circunda
De pitas viejo vallado.
Denota por lo menguado
Que en balde en él se trabaja;
Y en la parte que al mar baja
Presta asiento á cuatro muros,
Que sostienen, inseguros,
Un cobertizo de paja.

VI

Reduce el mundo al espacio
De esta comarca silvestre
Una familia campestre,
De quien la choza es palacio.
El tronco, en arder rehacio,
Ahumó el empinado techo,
Siendo del recinto estrecho
El menaje tan sencillo,
Que hay sólo un plato, el dornillo,
Y yerba seca por lecho.

VII

Cual á otros de su calaña,
Hizo del hambre el rigor
Campesino y pescador
Al dueño de esta cabaña.
Ir por leña á la montaña
Es su recurso supremo;
Así el hallarse á un extremo
De su albergue, en la pared,
El hacha junto á la red
Y la azada junto al remo.

VIII

¡Cuánta paz, cuánta alegría
Lleva el verano á la choza!
El labriego se remoza
Al cesar la carestía;
Mucho trabaja en el día;
Mas halla premio á su afán,
Pues ofreciéndole están
Los árboles dulces frutos,
El mar, sereno, tributos,
Y la vega tierno pan.

IX

Hasta en su albergue hay primores;
La enredadera salvaje,

Sobre un verde cortinaje,
Le tiende un manto de flores.
En mar, en valles y alcores
Es recibido con fiesta;
Y si acude á la floresta
En las horas de bochorno,
Las tórtolas del contorno
Le arrullan mientras la siesta.

X

¡Si para el pobre el estío
Pudiera, oh Dios, ser eterno!
Mas ¡ay! que llega el invierno
Con el hambre y con el frío.
Ruge el viento, llueve, el río
Se desborda en la comarca
y ya no puede la barca
Surcar el piélago airado,
Ni la reja del arado
La vega, trocada en charca.

XI

Ayuno, junto á la lumbre,
Pasa el triste la velada,
Mientras la lluvia pesada
Va calando la techumbre;
Y aunque tiene la costumbre
De estar con el mar en guerra,
Hay noches en que le aterra

Tanto su ronco bramido,
Que sueña que enfurecido
Corre á tragarse la tierra.

XII

Una noche en que el sosiego
Turba la nube que truena,
Y en que hace falta la cena
En la choza del labriego,
Hállanse en torno del fuego
Dos niños y una mujer,
Á quienes no deja ver
La humareda de la llama
Del tomillo y la retama,
Que se quejan al arder.

XIII

Del sol y el aire curtida
La tez, un tiempo de nieve,
Y la mano, que fué breve,
Rugosa y encallecida,
Crespo el pelo, que hoy descuida
Y que tanto amó doncella,
La pobre mujer aquella,
Á quien la desgracia apura,
En la edad de la hermosura
Ha dejado de ser bella.

XIV

En cambio, poder bastante
No ha tenido la desgracia
Á robar frescura y gracia
De sus hijos al semblante;
Ni hay miedo que les quebrante
La escasez con sus rigores,
Porque son mantenedores
De aquellos ángeles rubios
Los saludables efluvios
De la mar y de las flores.

XV

A uno y otro rapazuelo,
Que lloran, dice la madre:
— Callad; si pan no trae padre,
Lo traerá un ángel del cielo; —
Mas no calmado su anhelo
Con este apóstrofe santo,
Ahogada la triste en llanto,
Cuentos de brujas les cuenta,
Por ver si de ellos ahuyenta
El hambre con el espanto.

XVI

Ellos, puestos los sentidos
En la magia de los cuentos,

Á fuerza de estar atentos,
Se van quedando dormidos;
Pero al cesar sus gemidos,
Sus risas y su algarada,
La choza, por lo callada
Y lo triste, se asemeja
Al nido que el ave deja
Solitario en la enramada.

XVII

Y es que no falta alegría,
Ni es tan acerbo el dolor,
Donde hay un ave, una flor
Ó un niño que nos sonría.
Va la paz con la poesía,
Cual con el alba el rocío;
Sin ella, presa del frío,
Desfallece el alma, y duda,
Y encuentra la tierra muda,
Y halla en el cielo el vacío.

XVIII

Siente, al verse solitaria,
La mujer tanta zozobra,
Que de ella no se recobra
Ni acudiendo á la plegaria;
La hace el miedo visionaria,
En ver fantasmas se obstina,
Y que escucha, se imagina,

El grito de mal presagio
Con que el terrible naufragio
Anuncia el ave marina.

XIX

Tanto, al fin, se sobresalta,
Que corre á atrancar la abierta
Y desvencijada puerta,
De llave y cerrojo falta;
Mas cuando á cerrarla salta,
Como estatua de granito
Se queda, sin dar un grito,
Ante un hombre de faz torva,
Que el paso, al entrar, le estorba
Y la mira de hito en hito.

XX

Alto, moreno, nervudo
Y de mirada tan hosca
Como es su figura tosca
Y su entrecejo ceñudo,
Y envuelto el rostro barbudo
De una manta en el capuz,
Tiene, del fuego á la luz,
Tan siniestra catadura,
Que la mujer le conjura
Con la señal de la cruz.

XXI

Al conocer el intruso
La impresión que en ella ejerce,
El gesto fruncido tuerce
Entre irritado y confuso,
Y murmura : — Si es que abuso
Pidiendo hospitalidad,
Me marcharé; perdonad. —
Y cual su aspecto, su voz
Contrasta, por lo feroz,
Con sus frases de humildad.

XXII

— Buen hombre, Dios no permita —
La mujer temblando exclama —
Que quien á mi puerta llama
Y mi amparo solicita,
No halle remedio á su cuita
Si el remediarla está en mí.
¡Como de repente os vi
Y hace una noche espantosa!...
¡Una es siempre tan medrosa,
Y estaba tan sola aquí! —

XXIII

Sin notar que el hombre adusto
La mira y no le responde,

Ella, que el temor esconde
Ó se ha repuesto del susto,
Prosigue : — No fuera justo
Dejaros al descubierto
En tal noche. ¡Estaréis yerto!
Venid y hallaréis solaz
Junto á esta lumbre, capaz
De hacer revivir á un muerto.

XXIV

Sin freno que la cohiba,
Cual si callar fuera mengua,
No da descanso á la lengua
En tanto que el fuego aviva.
De charla tan expansiva
Da su inocencia la clave;
Que, como su canto el ave,
Ella, con gozo profundo,
Le repite á todo el mundo
Lo poco que siente y sabe.

XXV

Y así prosigue halagüeña :
— Pronto traerá mi marido
Que cenar, si es que ha vendido
En el pueblo alguna leña.
¡Ahora siempre está en la breña
Cortando broza á destajo;
Pues, como falta trabajo,

Tiene que ganarse el pan
Recorriendo con afán
El monte de arriba abajo!

XXVI

De la fortuna la rueda
Anda tan mal, que predigo
Que un día, como al mendigo,
Nos va á echar á la vereda.
Sólo este huerto nos queda,
Y hemos de regarlo á mano
De ese pozo, al mar cercano,
Cuyo manantial salobre,
Á más de malo, es tan pobre,
Que se agota en el verano. —

XXVII

Oyendo el relato triste,
Ni se inmuta ni apesara
Aquel hombre, en cuya cara
El ceño adusto persiste;
Y ella, que en hablar insiste,
Añade: — Mas tan prolijos
Cuidados, en regocijos
Me los trueca Dios piadoso
Con el amor de mi esposo
Y la salud de mis hijos. —

XXVIII

— ¿Tenéis hijos? — ruge fiero
El hombre, que se adelanta
Y queda, al soltar la manta,
En traje de marinero.
— Dos tan hermosos, que infiero
No los habréis visto iguales —
Dice la mujer; — son tales,
Que con ellos al salir
Sólo oigo al paso decir:
« ¡Dios te los libre de males! »

XXIX

Y se me han muerto otros dos,
Por quienes aun lloro y peno;
Uno salió de mi seno
Para volar al de Dios,
Y al otro que vino en pos,
Lleno de vida y salud,
También con tal prontitud
Me lo quitó la fortuna,
Que las tablas de la cuna
Le sirvieron de ataúd. —

XXX

Y su discurso expansivo
La pobre mujer completa,

Esta pregunta indiscreta
Dirigiendo al hombre esquivo:
— ¿Puedo saber el motivo
Que vuestro viaje ocasiona? —
— Una promesa lo abona —
Dice el hombre con voz ruda, —
Y ella replica: — ¿Sin duda
Á nuestra santa patrona?

XXXI

¡Qué Virgen! ¡Si es un portento!
Cuando un voto le consagro,
Segura estoy que el milagro
No ha de tardar un momento. —
— No es promesa, es juramento
— Él prorumpe; — dije mal. —
Y ella repone: — Es igual;
Que un juramento no pesa
Más que una simple promesa
Sobre el alma del leal. —

XXXII

Al fin la pasión que agita
Al hombre, con tal impulso
Llega á estallar, que, convulso,
Fuera de sí, se alza y grita:
— « Sed tengo, sed infinita
De cumplir á la que amé
Lo que ha tiempo le juré

Sobre la cruz de esta daga;
Sed que con sangre se apaga
Y que pronto apagaré. » —

XXXIII

Y al recordar sus enojos
Y referir sus agravios,
La espuma brota en sus labios
Y el rayo vibra en sus ojos.
Ella se postra de hinojos,
Pidiéndole á Dios ayuda;
Él la cuchilla desnuda,
La mujer quédase inerte,
Y está el ángel de la muerte
Flotando en la escena muda.

XXXIV

La pobre mujer aquella
Ha reconocido en él
Al hombre fiero y crüel
De su vida mala estrella.
La persiguió de doncella
Con amoroso arrebato;
Partió jurando insensato
Matar á quien ella amara
Y es hombre que no se para
Ante el vil asesinato.

XXXV

Largo trecho permanece
Inmóvil y sin resuello,
Cual la víctima que el cuello
Al hacha tajante ofrece.
Al cabo se restablece;
Mira al hombre de soslayo,
Y, notando que en desmayo
Ha caído su furor
Cual de la nube el rigor
Cuando ha roto en lluvia y rayo,

XXXVI

Fuera del hogar se lanza,
Sin que ya nada le asombre,
Para evitar que aquel hombre
Pueda cumplir su venganza;
Y al cercano pueblo avanza,
Corriendo en la oscuridad,
Azotada sin piedad
Por las zarzas del camino
Y el furioso torbellino
De la ronca tempestad.

XXXVII

En tanto, absorto en sí mismo,
Mira el hombre en su conciencia,

Donde quizás con vehemencia
Batallan cielo y abismo.
¡Ay! vencerá el egoísmo
Que aquel hombre le dió plaza
En su pecho, y se solaza
En ser ¡oh ciego! el custodio
De la víbora del odio,
Que el corazón le ataraza!

XXXVIII

— « ¿Con mi voluntad de hierro,
— Se dice, — vencí mil daños,
Tan largos y tristes años
Del servicio en el destierro,
Para hoy perdonar el yerro
De esa mujer, que sabía
Lo que yo jurado había,
Y el incomprensible alarde
De audacia de ese cobarde
Que la toma siendo mía?

XXXIX

¡Abrigaban la esperanza
Quizás de que yo muriera!
¡Ya entró en el redil la fiera,
Y no saldrá sin matanza! » —
Furioso ruge, y avanza
Hacia donde están dormidos
Los niños, que, sorprendidos,

En él la mirada fijan,
Y en las ropas se cobijan,
Rompiendo en tristes gemidos.

XL

Ante los ángeles bellos
El hombre el paso suspende,
Y, vuelto en sí, le sorprende
Hallarse solo con ellos.
Erizados los cabellos,
É instigado por Satán,
De herirlos hace ademán,
Cuando un niño se levanta,
Y, con voz que llora y canta,
Le dice : — « ¡Yo quiero pan! » —

XLI

Al ver que se le aproxima
Al par llorando y riendo,
Cree que el mundo con estruendo
Va á desplomársele encima.
Cual si se abriera una sima
Ante sus pies, retrocede;
Apenas si llegar puede
Á su asiento, y lo ve todo
Girando, como el beodo
Que á insano vértigo cede.

XLII

Acércase poco á poco
Al hombre sañudo el niño,
Y, á la par que con cariño,
Con inocente descoco,
— «¿Tú no tienes pan tampoco?» —
Con aguda voz le chilla,
Poniéndole en la rodilla
Una mano, que quizás
Al hombre le daña más
Que el filo de una cuchilla.

XLIII

— «¿Y madre? — gimiendo añade;
Pero tórnase jovial
Viendo del hombre el morral,
Que á un registro le persuade.
Con mano ansiosa lo invade,
Y cuando, al fin, el pan toca,
Frente á frente se coloca
Del marinero, de un brinco,
Mirándole con ahinco
Con un pedazo en la boca.

XLIV

El otro, que ha visto bien
Á su hermano desde el lecho,

Exclama, en llanto deshecho:
— « ¡Dame! ¡Yo quiero también! » —
Y el mayor le grita: — « ¡Ven! » —
Pero hallando la mirada
Del rapazuelo asustada,
Añade: — « Acércate pronto.
¡Mírame á mí! ¡No seas tonto!
¡Si el hombre no te hace nada! » —

XLV

Cayendo el chico en la red,
Se aproxima con recelo,
Fija la vista en el suelo
Y rozando la pared.
¿Á quién del hambre ó la sed
El discurso no convence?
Contento el niño se vence
Y en el festín toma parte,
Sin miedo que le coarte
Ni nada que le avergüence.

XLVI

Entre tanto, el marinero,
Cual potro que el freno tasca,
Entre los dedos añasca
Las cintas de su sombrero.
Mil frases sin atadero
Confusamente murmura;
Pero, al alzar su faz dura,

Algo en ella se divisa,
Que igual puede ser sonrisa
Que contracción de amargura.

XLVII

Como del nido, impaciente,
Apenas raya la aurora,
Se lanza el ave canora
Á cruzar el puro ambiente
Los niños, que sonriente
Ven su faz, antes sombría,
Se le acercan á porfía,
Gritos de júbilo exhalan
Y en sus rodillas se instalan
Con ruidosa algarabía.

XLVIII

Y uno le pregunta: — « Di,
¿Es verdad que el ángel eres
Que trae pan?» — ; y otro: — «¿Me quieres
Como yo te quiero á ti?» —
Le besan con frenesí,
Tan amantes cual traviesos,
Y al calor de aquellos besos
La sangre se le coagula
Y el calofrío circula
Por sus venas y sus huesos.

XLIX

Como si esposas y grillos
Le retuvieran inmoble,
Se entrega el titán de roble
Al juego de los chiquillos.
Sonda el uno en sus bolsillos,
El otro le desbarata
El nudo de la corbata,
Y acaba el *pobre coloso*
Por ayudarles gozoso
En su labor insensata.

L

De tanto jugar rendidos,
Después de dar mil abrazos
Al marinero, en sus brazos
Se quedan al fin dormidos.
Él, turbados los sentidos,
Atentamente los mira,
Acongojado respira,
Los besa..... y están sus ojos
Humedecidos y rojos
Cuando de ellos los retira.

LI

De repente se levanta,
Y murmurando — « Esto es hecho », —

Lleva á los niños al lecho,
Cobíjalos con su manta,
Y anudado en la garganta
Un sollozo de ternura,
Con el miedo y la premura
Del que un crimen en pos deja,
De la cabaña se aleja
Y huye ciego á la ventura.

LII

Entran los padres, en tanto,
Ansiosos en la cabaña;
Él, cegado por la saña,
Ella, ahogada por el llanto;
Y cuando, llenos de espanto,
Buscan al hombre fatal,
Ven, en grupo celestial,
Dormir á sus hijos bellos
Y descansando sobre ellos
Una bolsa y un puñal.

LIII

Al surgir el nuevo día,
Roto, enlodado y sin tino,
Llega corriendo un marino
Á la cercana bahía,
Y alcanza con alegría

Su bajel, pronto à zarpar,
Que, las olas al cortar,
Tendida al viento la vela,
Parece un ave que vuela
Rozando el agua del mar.

Madrid, mayo 1880.

LA VELADA

POEMA

Á MI QUERIDO MAESTRO

EL EMINENTE POETA

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

I

Allá del Norte en la región sombría,
Perennes en los valles son las nieblas,
En los montes altísimos la nieve
Y en el fondo del alma la tristeza.

Pálido el sol se aduerme sobre el lago,
Ó las nubes preñadas de tormentas,
Y es el día crepúsculo medroso
Que da en la noche cuando nace apenas.

Levántase la gótica abadía
Del río caudaloso en la ribera,
Y cual nido de halcón inaccesible,
El castillo feudal en la alta peña

Á cuyos pies, rugiendo y rebotando,
El torrente hervoroso se destrenza
En hilo de cristal, que el sol matiza
Y el viento rompe y desmenuza en perlas.

Dentro de la ciudad, las catedrales,
Altas como los vuelos de la idea,
Como el seno del alma misteriosas,
Como la humana desventura inmensas,

En cuyas criptas el eterno sueño
Duermen bajo la losa que los cierra,
Con sus pasiones y mundanas glorias,
Los grandes, hecha polvo su grandeza,

En tanto que la estatua del humilde
Sobre la aguja de calada piedra
Las nubes rasga para alzar al cielo
Sus preces mudas y pupilas ciegas.

Allí el viento en sus alas voladoras
Perdidos ecos de baladas lleva,
Que repiten las olas de los mares
Tendiéndose espumosas en la arena;

Y es el hogar el centro de la vida,
Donde en grupo feliz la madre reza,
Salta alegre el rapaz, dormita el viejo,
Trabaja el padre y la zagala sueña.

Y en la noche, allá lejos, en la altura
La nieve cuaja y en aludes rueda;
De lobos la famélica jauría
Persigue aullando á la espantada cierva;

Como girones de vapor, las hadas,
Al lucir de la luna soñolienta,
Surgen del lago y bulliciosas tejen
Sus fantásticos bailes en la selva;

Las brujas caminando al aquelarre,
De imprecaciones al espacio llenan,
Y los gnomos en busca de tesoros
Remueven las entrañas de la tierra.

II

Á la inspirada voz de un ermitaño
Las naciones cristianas se despueblan,
Y por norte la cruz, dan en Oriente
Con el ciego furor de la tormenta.

Alza la fe los templos giganteos,
En el claustro refúgianse las letras,
Y hallan nuevos tesoros de poesia,
Dentro del corazón, rudos poetas.

Es la edad de los sueños y fantasmas;
De la fe, del amor y de la fuerza.
Menospreciando la mundana vida
Al desierto encamínase el asceta,

En tanto que el abad, teniendo en poco
El poder de la santa penitencia,
Cambia el sayal por la tupida malla
Y abandona el silicio por la espuela.

La joven celestial, en cuyo pecho
Anidan los amores y ternezas,
Impasible en la justa ve la muerte,
Y del más fiero paladín se prenda;

Y el mismo gran señor, que cuando baja
De su castillo la campiña asuela,
Y que al pechero que cazó en sus bosques
Sin compasión de la picota cuelga,

Hace abatir el puente levadizo
Para el mendigo, y á su hogar le sienta,
Y bebiendo con él, pone los labios
Donde puso los suyos la miseria.

Junto va el heroísmo con el crimen
El error se desposa con la ciencia,
Abrázase la fe con la herejía,
De un ósculo de paz brota la guerra;

Edad á un tiempo bárbara y sublime,
Fecunda engendradora de leyendas,
En la que Cristo y Satanás contienden
Como iguales en trágica pelea,

Y en la que Dante baja á los abismos,
No sondados jamás, de la conciencia,
Para alumbrar con la sulfúrea llama
De los infiernos la espantada tierra.

III

Es la hora triste en que el rumor más grato
Como gemido lastimero suena,
El del arroyo que entre guijas corre,
El de las hojas que en las ramas tiemblan;

Hora en que al tibio resplandor dudoso,
Que estremecidas lanzan las estrellas,
Espectros terroríficos parecen
Los árboles, las torres y las peñas;

Hora en que surca el cielo el meteoro,
Fugaz como la gloria en su carrera,
Pero también, como la gloria humana,
Tras sí dejando luminosa estela;

Hora en que el fuego fatuo, de las tumbas
Fosforeciendo surge y serpentea,
Imagen de la dicha ambicionada,
De lejos luz, oscuridad de cerca;

Y hora en que el alma que de sueños vive,
Arrobada en los astros deletrea
El misterioso arcano del destino
Por Dios escrito en la azulada esfera.

IV

Turban sólo el silencio de la noche
Los alegres clamores de una fiesta,
Que surgen de un castillo, que en la altura
Con orgullosa majestad se eleva,

Siendo á la vez que gótico palacio,
Inexpugnable y ruda fortaleza,
Y amenaza constante suspendida
Sobre los pueblos que á sus pies blanquean.

En la sala de honor, con los blasones
Hábilmente tallados en la piedra,
De atributos guerreros y de caza
Los trofeos magníficos alternan.

Cubren los muros y pilares toscos
Tapices recamados de oro y seda,
Y el pavimento la alcatifa mora
Y la pintada piel de la pantera.

Lucen en las ventanas ojivales,
Que rompen y abren la muralla espesa,
Pinturas sobre vidrios de colores
Que al noble San Huberto representan,

Y sujetos en garfios y en anillas,
Casi la luz del sol dan á la escena
Hachas y cirios de colores varios
Que el ambiente perfuman con esencias.

Un altivo señor de adusto ceño
Y una dama arrogante y altanera,
En sitiales de altísimo respaldo,
Presiden la velada que comienza,

Teniendo ella á sus pies un lindo paje
Que los borlones del sitial destrenza,
Y él á un bufón que los malignos chistes
Sazona con la hiel que le envenena.

En escaños y blandos almohadones
Colocándose van mujeres bellas
Y pajes y escuderos, que bien pronto
En amorosas pláticas se enredan.

En el fondo y pegados á los muros
Soldados del castillo se alinean,
En los semblantes dibujada el ansia
Con que el tan caro regocijo esperan.

En animados grupos los juglares
Sus instrumentos melodiosos templan;
Discurren sobre caza los monteros,
Hablan los veteranos de la guerra,

Y en el hueco que deja una ventana,
En actitud de quien medita ó sueña,
Se halla el famoso trovador, objeto
De tan brillante y animada fiesta.

V

Á una señal de la imperiosa dama
(Que para deslumbrar con su presencia,
Ni el brillo del diamante necesita,
Ni el tornasol de la crugiente seda,

Pues á sus ojos fulgurando asoma
El fuego que circula por sus venas)
Tejen graciosa danza los juglares
Y á sus juegos y músicas se entregan.

Y prosiguen las risas y el bullicio
Hasta que al centro del salón se acerca
El viejo trovador y con voz dulce
Así una historia á relatar empieza.

— « Era conde y señor de una comarca,
Que mucho á esta comarca se asemeja,
Un joven que heredó de sus abuelos,
Con el mucho poder de la riqueza,

Los privilegios de la ilustre cuna,
El valor indomable en la pelea,
El bondadoso corazón de un niño
Y el arrogante porte del atleta.

Huérfano el mozo desde edad temprana,
Tan dulcemente manejó las riendas
De su condado, que olvidó el pechero
Lo que la triste servidumbre pesa.

Ser feliz es ser menos desgraciado.
¡Hasta en el alma de quien nada anhela
(Y en no anhelar consiste la ventura)
Hay un vacío que jamás se llena!

Llegó un día en que el joven caballero
De tan honda inquietud se sintió presa,
Que sin objeto se creyó en la vida,
De la paz disgustado y de la guerra.

Buscó tranquilidad en el retiro,
Y á solas batallando con su pena,
Para encontrar la causa de sus males
En el fondo miró de su conciencia.

Y nada en él. Desesperado, loco,
— ¿Qué tósigo — se dijo — me envenena
¿Qué anhelo es éste que á explicar no alcanzo?
¿Qué oculto fuego mis entrañas quema? —

Y esto al decir, hallóse frente á frente
De una mujer como los cielos bella,
Y leyó de corrido en su mirada
La solución oscura del problema.

VI

« Como el sordo bramido de las olas
Anuncia la borrasca que se acerca,
En el seno recóndito del alma
Preceden al amor luchas secretas;

Y allí vive ignorado y sin salida,
Hasta que rompe con igual violencia
Que el torrente de lava comprimido
En el seno abrasado de la tierra.

Así estalla el amor en el mancebo,
Que ya vive tan sólo para aquella
Encantadora niña que al mirarlo
Toda la luz del sol vertió en sus venas.

Ya no persigue al jabalí en el monte,
Y del trofeo enmudecida cuelga
La trompa que azuzaba á la jauría
Y despertaba al lobo en su caverna.

Ya no rige el corcel de corvo cuello,
Tan bravo como dócil á la rienda,
Que en el combate indómito relincha
Y se alcanza al pretal cuando bracea;

Ni goza al ver á la enemiga hueste
Huyendo del lugar de la contienda,
Como pollada que abandona el nido
Y azorada á los vientos se dispersa.

Aquel que fué del enemigo espanto,
Ante el enojo de su amada tiembla,
Y cede al leve soplo de un suspiro,
Y en el mar de una lágrima se anega.

Tan sólo halla placer cuando en los ojos
De la mujer querida se contempla,
Asomándose extático al abismo,
Lleno de luz, de sus pupilas negras.

Y juzgándola un ángel de los cielos,
Cuando la mira, alucinado espera
Que surja de su frente la aureola
Ó un reguero de luz por donde huella. »

VII

« Ella también le amó. ¿Quién el idilio
De sus amores relatar pudiera?
No es más dulce el panal de mieles lleno,
Ni más tierno el balido de la oveja.

Olvidados del mundo, ¿cuántas veces
La oscura noche les cogió en la selva,
Y ella en el seno de él se guarecía,
Medrosa del aullido de la fiera?

¿Y cuántas otras, al surcar del lago
Las aguas cristalinas y serenas,
De su arrobo amoroso despertaban
Ante la vista de lejana aldea?

Cuando pasaban bajo el verde toldo
Del follaje, en las horas de la siesta,
El pecho rebosando de suspiros
Y estallando la sangre en las arterias,

Las tórtolas ocultas en las ramas
Sacaban de los nidos la cabeza
Para templar el melodioso arrullo
Al dulce son de sus amantes quejas.

¡Cuántos coloquios como el fuego ardientes;
Cuántos hondos suspiros y protestas
Y cuántos juramentos imposibles
En aquellas de amor citas secretas!

Un día caluroso de verano,
En que él absorto se miraba en ella,
Oyendo adormecido á la cigarra
Entonar sus cantares á la siega,

Alzóse de repente, y oprimiendo
Enloquecido, con nerviosa fuerza,
Las manos delicadas de su amante
Entre las suyas, de robusto atleta:

— ¡Juro á Dios — exclamó — que si me olvidas
He de tomar venganza tan entera,
Que haga temblar de espanto á los perjuros
Y deje en pos de sí memoria eterna! —

Y pasado el colérico arrebato,
Estuvo á punto de morir de pena
Viendo á la joven á quien tanto amaba
Desfallecer entre sus brazos yerta,

Y en sus mejillas de carmín y nieve
La palidez, Señora, que en las vuestras » —
Concluyó el trovador, con ronco acento —
Señalando á la reina de la fiesta.

Y siguiendo del bardo la mirada,
Todo el concurso de terror se hiela
Al notar de la dama en el semblante
La lividez horrible de una muerta.

VIII

— Prosigue, bardo, tu mentida historia
— Prorrumpió con la rabia de una hiena
El señor del castillo ; — pero cuida
De no hacer blanco de palabras necias

El débil corazón de las mujeres,
Ó ¡vive Dios! villano de ralea,
Que para pasto de aves de rapiña
Te hago colgar mañana de una almena. —

Sordo rugido retembló en el pecho
Del trovador al recibir la afrenta;
Pero á sí mismo se venció animoso
Y á la historia volvió con voz serena:

— « Poco tiempo después á los amantes
Une el lazo sagrado de la Iglesia,
Y cuando del amor, llenos de gozo,
Al regalo dulcísimo se entregan,

La voz de un monje que iracundo llama,
En el nombre de Dios, á santa guerra,
Estremece al cristiano caballero,
Hiriendo como un dardo su conciencia;

Que si grande su amor, aun es más grande
La fe divina que en su pecho alienta,
Y está el sepulcro de Jesús bendito
Siendo de herejes condenados befa.

Pero ¿cómo partir dejando el alma
Dentro del alma de su amante presa,
Y cómo desatarse de unos lazos
Que con tanta dulzura le encadenan?

¿Cómo esquivar de la mujer querida
El ruego ardiente, la sentida queja,
Y cómo ver con ánimo tranquilo
El llanto en sus mejillas de azucena?

¡Cuánto sufre al partir, no lo encarece
La hiperbólica frase del poeta!
¡No le mata el dolor, porque hay dolores
Tan vivos, que dan vida á quien los lleva!

Deja, al fin, á su esposa en el castillo,
Guardada por su amor y su pureza,
Que lo que ellos no guarden, no lo guardan
Ni el fuerte muro ni la doble reja;

Pero al cruzar los climas más remotos,
Á ella su amante pensamiento vuela,
Más seguro y veloz que parte al blanco
La vira que despide la ballesta;

Y se guarece en sus recuerdos dulces
Al sentirse agobiado de tristeza,
Como en el nido se refugia el ave
Cuando estalla en los cielos la tormenta.

Pero no le amilana la amargura;
Le sirve de acicate en la pelea,
Y al poner en su dama el pensamiento,
No hay paladín que resistirle pueda.

Testigo fué de su valor y arrojo,
En aquellos desiertos que el sol quema,
Un amigo á quien quiso como á hermano
Y en quien puso el secreto de sus penas.

¡ Oh, con cuánto fervor aquel amigo,
Con quien gozoso compartió su hacienda
Y á quien salvó la vida en los combates,
Relatara del Conde las proezas!

—«¿No es verdad, gran señor, que así lo haría?»—
El bardo dijo — y esperó respuesta
Del iracundo dueño del castillo,
Que enmudeció de rabia ó de sorpresa.

IX

Y viendo el trovador que, dominado,
Atónito el concurso le contempla,
Cual león que á la lucha se apercibe
Sacudiendo irritado la melena,

Con voz que tiene el timbre de un rugido
É irguiendo fieramente la cabeza:
— « ¡Aquel amigo — dijo — por robarle
Vendió al Conde á las hordas agarenas;

Que la raza de Judas maldecida
Es más fecunda que la mala hierba,
Y es destino del bueno, por ser bueno,
Que le explote el malvado y que le venda!

El que nació señor de cien lugares
Encaneció arrastrando la cadena,
Y á oficios viles dedicó sus manos,
Sólo al manejo de las armas hechas.

Mas no pensó en morir; pues esperaba,
Y decía, en su hogar la mente puesta :
« ¡Manda, oh Dios! sobre mí todos los males,
Mas permíteme ver antes que muera

Mi castillo feudal, envuelto siempre
En los tules flotantes de la niebla,
Y enjugar en los ojos de mi amada
Una bendita lágrima siquiera! »

Y allí vivió, si el cautiverio es vida,
Diez años, que alargados por la pena,
No se acababan nunca, cual si fuesen
De la temida eternidad emblema.

¡Ay! ¿para qué volvió? Para encontrarse
Á su verdugo dueño de su hacienda,
Y á la esposa en el mundo más querida
Entregada con él á la licencia.

¿Queréis saber, si lo ignoráis acaso,
Quiénes los héroes son de mi leyenda?
¡Yo soy el Conde que á vengarse viene
Tú el amigo traidor, tú la ramera! —

Y esto al decir, el bardo señalaba
Á los nobles señores con la diestra,
Que en el alma sintieron, al oirle,
El peso abrumador de un anatema.

— ¡Matad á ese impostor, mis ballesteros! —
Ya repuesto, rugió como una fiera
El señor del castillo. Pero nadie
Hay que á tocar al trovador se atreva.

— ¿Me acusas de impostor? — exclama el bardo.
¡Hola monteros! recordad si es esta
Profunda cicatriz la de la herida
Que vuestro Conde recibió en la selva. —

Y rompiendo el jubón con ambas manos,
Desnudo el pecho á los monteros muestra,
que — ¡Es el Conde! — prorrumpen en un grito
Que en la sala fatídico resuena.

— ¡Aun mientes! va á decir el falso Judas,
Cuando un soldado sin aliento llega,
Ciego exclamando: — ¡Huid que arde el castillo
Y ya las llamas hacia aquí se acercan! —

Y á este grito de horror, huyendo todos,
En el recinto silencioso quedan
El amigo traidor, la esposa infame
Y el Conde que furioso los contempla.

X

— Ahora vais á morir — prorrumpe el Conde. —
Dios, que es justo, á mi cólera os entrega,
Á fin de que el furor de la venganza
Corresponda á lo grande de la afrenta.

Yo ese fuego aticé. ¡Caigan los muros
Que vieron, sin hundirse, mi vergüenza;
Pavesas los haré, para que luego
El huracán aviente las pavesas! —

En su sitial la dama sin sentido
Darse no puede del peligro cuenta;
Pugna en balde el traidor, anonadado,
Por recobrar sus desmayadas fuerzas,

Y se unen, allá afuera, á los gemidos
Y á las voces de espanto y las blasfemias,
El rugir de las llamas y el estruendo
Con que los altos murallones ruedan.

— ¡Levántate, malsín, toma una espada
Y defiende tu impúdica manceba
— Clama el Conde; — no quiero asesinarte,
Aunque morir como ladrón debieras.

Y ambos movidos por igual impulso
Se lanzan á luchar, hasta que á tierra
Viene el traidor, atravesado el pecho,
Que fué nido de infamias é impurezas.

— ¡Tú también morirás! — el Conde ruge,
Y corre á la mujer, cuya faz yerta,
Sobre el sitial de rojo terciopelo,
Deslumbra por lo blanca y por lo bella.

— ¿Qué hiciste de mi amor? — fiero prosigue —
¡Responde, infame! Pero ¿no contestas?
¿Temes quizás que al escuchar tu acento
Te arranque, ingrata, la perjura lengua? —

Y al ver que silenciosa permanece
Con más miedo que furia se le acerca,
La levanta en sus brazos, y al mirarla
Lanza un grito de horror. ¡Estaba muerta!

— ¡Vuelve, por Dios, en ti! ¡Yo te perdono!
Ya loco exclama, y á su pecho estrecha
Con abrazo frenético el cadáver,
Cuvo contacto frígido le hiela.

Con él pretende huir desatentado;
Pero el incendio en el salón penetra
Y la llama voraz, rompiendo en chispas,
Se enrosca, salta, silba y centellea.

Corre sobre el tapiz, el mueble alcanza,
Que al trocarse en tizón es llama nueva;
El metal hecho brasas se retuerce
Y se derrite como blanda cera;

Al empuje del mar de olas de fuego
Los fuertes muros calcinados tiemblan,
Y la altísima bóveda estallando
Húndese al fin, con pesadumbre inmensa.

XI

Cuando surge la luz del nuevo día,
Una bandada de palomas vuela
Del monte en derredor, buscando en vano
Del grandioso castillo las almenas.

Madrid, octubre de 1880.

FERNANDO DE LAREDO

POEMA

AL ATENEO BARCELONÉS

CANTO PRIMERO

I

En un valle feraz de Andalucía,
Á los pies de granítica montaña
Que en altura á los Alpes desafía,
Hay un pueblo tendido en un ribazo
Que en las ondas clarísimas se baña
De un río que penetra en su regazo.

Ni aun en sueños la mente se figura
Lugar de más grandeza y hermosura.
Mil picachos, perdiéndose en la esfera,
Recortan el espléndido horizonte;
Es invierno en la cúspide del monte,
Y en el fondo del valle, primavera;
Amenaza el alud, en la alta cumbre

Por quebradizas rocas sostenido,
Al llano con su inmensa pesadumbre;
Rauda la catarata se despeña,
La luz quebrando y con feroz rugido,
De tajo en rambla y de barranco en breña,
Completando lo bello del paisaje
Los juegos caprichosos del celaje
En múltiples colores encendido,
Y el pueblo que se oculta como un nido
En la verde espesura del follaje.

De aspecto venerable al par que triste,
Por el verdin oscuro que la viste,
Halla en la entrada quien al pueblo llega
Una vetusta casa solariega
Que al embate del tiempo se resiste.
Tiene huerto plantado de frutales,
Espacioso portal, amplia bodega,
Vencejos en los altos mechinales
Del viejo torreón deshabitado,
De menudos guijarros empedrado
El patio, en donde forman cobertizo
Vellosa cidra y retorcida parra
Enredándose encima de un cañizo,
Y en su frente, que el tiempo con denuedo
Á falta de pintores abigarra,
Ancho balcón techado de pizarra,
Que por lo voladizo infunde miedo,
Y del balcón sufriendo el peso enorme,
De piedra berroqueña escudo informe
Con las armas ilustres de Laredo.

De violenta pasión bajo el impulso,
Como león que resoplando fiero
En la jaula revuélvese convulso,
Recorre airado un joven caballero
El antiguo salón de aquella casa,
Gritándole en su loco desvarío
Á una mujer que en lágrimas se arrasa:
— «¿Acaso debe quien mi nombre lleva
Y es todo fuerza, juventud y brío,
En vez de espada manejar la esteva,
Más que señor, esclavo del terruño;
Amoldar al ajeno su albedrío
Como se amolda la medalla al cuño;
Vivir sin gloria, y al llegar á viejo
Á sus hijos contar por toda hazaña
Haber muerto en el bosque una alimaña
De su cobarde condición espejo?
Para más he nacido, madre mía,
¿Oyes esa campana que voltea
Llevando á tantos pechos la alegría?
Pues á muerto paréceme que toca.
Con ser tan puro el aire de esta aldea,
En vez de darme vida, me sofoca;
Nada me place aquí, como no sea
La interna voz que glorias me predice,
Ó el consuelo que escucho de tu boca
Que me besa á la par que me bendice.» —

— « Si como yo te quiero me quisieras,
Antes que pronunciar tales palabras,
Con las que, ciego, mi desdicha labras,

De dolor — ella dijo — enmudecieras.
¿Antepones un loco devaneo
De tu casa al calor y á mi cariño?
¡Valen menos que duran, pobre niño,
Las rosas fugitivas del deseo!
Mas de hacerte feliz hallaré modo.
¿Qué te falta en tu hogar y qué á mi lado?» —

— « Pregúntalo al león encadenado:
Luz, espacio, poder, la vida, todo. —
Dice el hijo; y prosigue arrebatado: —
Cuando oigo hablar de heroicos paladines
De fuerte brazo y de gallardo porte,
De combates, y cañas, y festines,
De opulentos magnates de la corte,
Y de lejanas tierras donde el oro
Tanta sed de riqueza ha satisfecho,
La lava de un volcán arde en mi pecho,
Rujo de rabia y de impotencia lloro.
¡Lo que yo sufro entonces tú no sabes!
¡Oh, cuántas veces, persiguiendo el vuelo
Del águila caudal, dudé del cielo,
Que me negó las alas de las aves!» —

— «Más que el espacio en llamas encendido, —
Le contesta la madre con ternura, —
Ama el ave que sigues en la altura
La oscuridad y la estrechez del nido.
¿Acaso crees que para Dios son grandes
Los que, sedientos de riqueza ó gloria,
Fatigan con sus crímenes la historia,

Robando en Indias y matando en Flandes?
¿Á más nobles acciones no convida
La dulce paz de la campestre vida?
¡Se asemeja quien va tras la fortuna,
(Cuanto más requerida más ingrata),
Al cisne que hunde el cuello en la laguna
Para alcanzar el disco de la luna
Que en el líquido espejo se retrata!
¿Qué fuera de esta anciana sin el hijo
Por quien tan sólo se mantiene viva?
¡El árbol viejo que en el fuerte estriba,
Minado el tronco por voraz carcoma,
Al quedar sin arrimo, al leve peso
De su vano follaje se desploma! » —

— « No llores, madre, y cálmete este beso, —
Echándose á sus pies el joven dijo. —
No sé qué hay en tu llanto que me abruma
Y que trueca en sosiego mi coraje,
Como del mar la cólera salvaje
Se trueca en copos de irisada espuma.
Siempre estaré á tu lado, madre mía;
Déjame que recline la cabeza
En tu regazo, como ayer solía : —
Dijo, y besó á su madre con terneza;
Pero aun esclavo de su afán profundo,
Con voz que por lo triste era un gemido,
—«¡Debe ser—murmuró—tan bello el mundo!»
Y suspirando se quedó dormido.

II

¡Benditas horas de la noche bellas,
Horas de soledad, misterio y calma,
En las que el cielo llénase de estrellas
Y de ilusiones, al mirarlo, el alma
Acallando la brisa sus rumores,
Aduérmese con lánguido desmayo
Sobre el lecho de espigas y de flores
Que en el valle fecundo tiende mayo.
Todo es silencio y paz: sólo en la umbría
Se escuchan de los pardos ruiseñores
Los cantos de ideal melancolía,
Y ocúltase la luna tras un velo
Tan cándido, tan tenue, tan fluido,
Como si hubiese el céfiro esparcido
La plumazón de un cisne por el cielo.

Esperando al galán que la enamora,
Oculta entre las flores de su reja
Se encuentra una mujer, que cuando llora
Á la Virgen del pueblo se asemeja.
Da su morena tez al raso enojos;
Sólo flores componen su atavío;
Negros son sus cabellos y sus ojos,
Y sus labios más húmedos y rojos
Que cerezas bañadas de rocío.

Es tan niña, que en ella la hermosura
Aun no ha podido desplegar sus galas;

Se dobla como un junco su cintura,
Y más que bella candorosa y pura,
Parece un ángel que perdió las alas
Al bajar á este valle de amargura.
Mas si los sueños de su amor evoca,
En púrpura se enciende su mejilla,
Su seno se alza, su mirada brilla,
Presta Venus sonrisas á su boca,
Y el ángel puro se convierte en Eva
Y á amores vehementísimos provoca.

Impaciente en la reja, — « ¡Cuánto tarda! » —
Dice, y al cielo la mirada eleva;
Pues con ser tan veloz el tiempo lleva
Alas de plomo para aquel que aguarda.
— « ¿Quién me roba el amor de mi Fernando? —
Prosigue la cuitada sollozando; —
No me ama ya; si fuese tan profundo
Como el mío su amor, sin mí encontrara
Despreciable la gloria más preclara,
Triste la vida y solitario el mundo.
¿Por qué no viene, oh Dios! » —
En este instante
Apareció en la calle un hombre mozo
De noble faz y varonil talante;
Llegó á la reja, se bajó el embozo,
Y apartando la verde celosía
Que en los hierros tejió la enredadera,
Con dulce voz que la emoción altera,
Quedo, muy quedo, dijo: — « Amada mía; » —
Y aquel acento de terneza suma,

De la niña infeliz entró en el alma
Como un rayo de sol entre la bruma.

La reja se convierte en santüario;
Menuda albahaca, nardos y claveles
La perfuman en vez del incensario;
La madreselva préstale doseles;
Verdes tapices, hiedras trepadoras;
Dulce misterio las nocturnas horas;
Tibia luz las estrellas desde el cielo,
Y armonías de música sagrada
Los trémulos suspiros que su anhelo
Arranca á la pareja enamorada.

III

Rigiendo un potro que enarcado el cuello,
Abierta la nariz y airoso el huello,
Impaciente resopla y escarcea,
Á la corte encamínase Fernando,
Madre, y amor y hogar abandonando
En el tranquilo valle de la aldea.

Al llegar á un repecho del camino
Donde en toscos sillares se levanta
Una cruz, que, al decir del campesino,
Pedrisco y rayo del contorno espanta,
Reparóse el corcel; al brusco embate
El joven, que iba en sueños abismado,
Volvió á la realidad, y cuando airado
En el bruto fué á hundir el acicate,

Vió hacia lo lejos el hogar nativo,
É impulsado por hondo sentimiento,
Echó pie á tierra, y triste y pensativo
Tomó en la planta de la cruz asiento.

¿Quién, aunque vaya en pos de la fortuna
Y le ampare el valor, no desfallece
Al alejarse de su humilde cuna?

Entonces á Fernando le parece
Que es mentida ilusión la de la gloria,
Y en ternura se trueca su arrogancia,
Y acuden en tropel á su memoria
Los olvidados goces de la infancia;
Entonces entretiene en sus oídos
La voz de la campana plañidera,
Y hasta cree que le llaman sus tañidos;
Y en el umbroso bosque, en la cascada,
En el marjal, en la comarca entera,
Atónita se fija su mirada
Cual si la viese por la vez primera.
Allí quedan los surcos que regados
Fueron por el sudor de sus mayores,
Y aquel cañaveral cuyos rumores
Parecían llorar con sus cuidados
Ó repetir sus cánticos de amores.
La madre allí que llora, y le reclama
Y á Dios le pide que dichoso sea;
El lebrel que buscándole rastrea
Y con aullido lúgubre le llama;
Aquel árbol del huerto, tan lozano

Que el alto techo de la casa cubre,
De nidos lleno siempre, y dando ufano
Leña en invierno, sombra en el verano
Y dulcísimos frutos en octubre,
Y el templo, en fin, que oyó las santas preces
De sus primeros años, y la reja
Do amor eterno le juró mil veces
¡Ay! á la triste á quien bebiendo deja
El cáliz del dolor hasta las heces.

Es primavera y todo le convida
Al festín del amor. De la alta sierra
Baja al valle la nieve derretida,
Vertiendo en el regazo de la tierra
Fecunda savia y gérmenes de vida.
Rompe la yema con pujante brío
La corteza rugosa de la parra,
Y reviven el grillo y la cigarra
Que han de cantar las glorias del estío;
Verdeguea la mies, se abren las flores,
Vuelve la golondrina á la techumbre,
Anida la perdiz en los alcores
Y el milano rapaz en la alta cumbre,
Y en las horas que el sol duerme en el prado,
Al pecho lleva el cefirillo alado
Vivificantes átomos de lumbre
Y de la flor el polen perfumado.

¿Cómo, cómo partir?

Tras la montaña

Se oculta lento el sol, la sombra crece,
El labriego retorna á la cabaña
Y aun en la cruz Fernando permanece.
Ya de las nubes los matices rojos
En cárdenos se truecan, y ya en vano
Pretende distinguir su hogar lejano,
Y queriéndolo ver cierra los ojos.
Duda. ¿Retornará? No; de repente
Recobrando el corcel, se precipita
Del repecho por la áspera pendiente,
Y atrás dejando los paternos lares,
Cuanto más corre el bruto, más le excita,
Y se pierde entre espesos olivares.

CANTO SEGUNDO

I

Ya de la choza en el ahumado techo
Su nido abandonó la golondrina
De barro, plumas y granzones hecho.
Sólo el abrojo de acerada espina
Crece en los campos que azotó el ventisco,
Y los rebaños, cuando el sol declina,
Famélicos retornan al aprisco.
Ya gárrulo, al volar, no mece el viento
Hojas, flores y espigas en los prados,

Y en vano pugna el sol sin ardimiento
Por disipar las brumas y nublados.
La raíz de las plantas se soterra
Sin encontrar el jugo de la vida
Congelado en el fondo de la tierra,
Y arrancada por raudo torbellino
Muere al fin la hoja seca, convertida
En alfombra crujiente del camino.
El ave teme desplegar el vuelo,
En la colmena enciérrase el enjambre,
El hombre en el hogar busca consuelo,
Y trocados, en fin, la hartura en hambre,
En páramo el verjel, el agua en hielo,
La luz en sombras y en fragor la calma,
Parece que gravitan sobre el alma
Los nublados que cruzan por el cielo.

En tan triste estación y á la hora triste
En que marchando el sol hacia el ocaso
De purpúreo matiz los cielos viste,
Un hombre que al lugar dirige el paso,
Suspira en la hondonada del camino
Por llegar á la cúspide del monte,
Donde en toscos sillares se levanta
La cruz que, en opinión del campesino,
Pedrisco y rayo del contorno espanta.
Mas cuando toca al fin, jadeante el pecho
Y rasgado el sayal por el espino,
La pedregosa cima del repecho,
Desfallece, vacila, titubea,
Y al pie se rinde de la cruz sagrada,

Queriendo con la luz de la mirada
Rasgar la bruma para ver la aldea.

— «¿He cegado quizás? ¡Luz á mis ojos! —
Prorrumpe el infeliz con sordo grito. —
¿Á qué añades, gran Dios, nuevos enojos
Á mi angustia mortal, si estoy contrito?
¿Si tienes ya en mis penas desagravios,
Por qué en vez del perdón otro tormento?
¿Por qué te gozas viéndome sediento
En apartar la copa de mis labios?
¡No me ciegues, Señor; luz un momento!
¡Déjame ver siquiera la espadaña
Del templo que en las tardes del estío
Mi hogar amado con su sombra baña,
Y cegaré alabándote, Dios mío!» —

Hundido, en tanto, el sol tras de la sierra,
La oscura noche, del malvado asombro,
Va tendiendo su manto por la tierra.
Sigue el lebrel, latiendo y rastreando,
Al labrador que, con la azada al hombro,
Alegre torna hacia el hogar cantando.
Deja al pasar en el brumoso ambiente,
Resoplando la acémila cargada,
Anchas columnas de vapor hirviente.
Camino del establo, la boyada,
Que siente libre la cerviz del yugo,
Ramonea en los árboles sin jugo,
Sacudiendo la esquila destemplada;
El mochuelo en el nido se incorpora,

Abre los ojos, á silbar empieza,
Y la alondra, que oyéndole se azora
Esconde bajo el ala la cabeza
Y se duerme soñando con la aurora.

II

En el asiento de la cruz rendido,
Exclama el hombre aquel dando un gemido
Y arrancando su voz á la conciencia:
— « ¡Se vuelve á la virtud, arrepentido,
Mas no á la dulce paz de la inocencia!
Cuando en el corazón la duda muerde,
Huye por siempre, con la fe, la calma,
Porque es la fe virginidad del alma
Que no recobra nunca quien la pierde.
¡Ay, mísero de mí! Desde aquel día
Que abandoné á mi madre cariñosa
Y el tálamo nupcial de hojas de rosa
Que el amor de una virgen me ofrecía,
Por el lecho de espinas y de abrojos
En donde vela la ambición sombría,
En tierra y cielo búscanla mis ojos
Y no he podido hallarla todavía.
Acudo á la razón. ¡Vanos antojos!
¿Cómo ha de darme la razón consuelos?
Tibia al sentir, como al volar rastrera,
No ha enjugado una lágrima siquiera
Ni conoce el camino de los cielos.
Hallé la gloria y el poder y el oro,
Pero con ansia en ellos busco en vano

La dulce paz, el único tesoro
Que hace feliz al corazón humano.
¡Oh, cuántas veces, al vencer con gloria
En las tierras de allende el Oceano,
Á este valle volvía la memoria,
Paloma mensajera que llevaba
La rama de laurel de la victoria!
¡Mas cuántas otras, en el mismo trono,
Teniendo la fortuna por esclava
Y cuanto la ambición sueña en mi abono,
Lloré de pena y me abrumó el hastío
Al ver que la traición, el vil recelo,
La envidia, el odio y el rencor impío,
Aves nocturnas de callado vuelo,
Se agitaban tan sólo en torno mío!
El muladar de Job y su amargura
Prefiero al trono de esplendente lumbre,
Desde el cual no se mira hacia la altura
Para fijarse en la región oscura
Donde hierve la hambrienta muchedumbre.
¡Cuán mísera la gloria y fementida!
Anhelarla es vivir en el tormento,
Y en su hoguera voraz, siempre encendida,
Se evapora la savia de la vida
En humo vano que disipa el viento.
Jamás dichoso, pero siempre ingrato,
Ayer dejé el amor por la fortuna,
Y hoy dejo el esplendor de un vireinato
Por los amores de mi humilde cuna.
Con nada mi ambición se satisface;
Apenas en mí muere un devaneo

Otro mayor de sus cenizas nace;
Y ni un punto mi espíritu reposa
Roído por la larva de un deseo
Que jamás se convierte en mariposa.
Pero ya el fin de mis torturas veo:
Aquí á la dicha me atarán los lazos
Del amor de una madre y de una esposa
Que soñaban tenerme entre sus brazos,
Lo mismo cuando yo las olvidaba
De mi ambición en el delirio ciego,
Que cuando triste, con piadoso ruego,
Á orillas de la mar, llorando á solas,
Por mi patria y por ellas preguntaba
Á las aves, los vientos y las olas.

Mas ¡ay! ¿por qué, insensato, me aventuro
Á soñar con un bien no merecido?
¿No me habrán olvidado y maldecido
Por hijo ingrato y amador perjuro?
Ella... quizás; pero la madre mía...
¡Mi madre me bendice de seguro
Y me espera llorando todavía! » —

Dice, y al pueblo decidido marcha.

Todo es silencio, soledad y sombra;
La neblina, trocándose en escarcha,
Borda los surcos y el camino alfombra;
En la montaña encienden los pastores
La hoguera que á los lobos amedrenta
Y que finge de un astro los fulgores

Al pasar por la bruma cenicienta;
Apáganse en el pueblo los rumores;
En la calleja la devota atiza
La lámpara que cuelga ante el retablo,
Cuya luz moribunda aterroriza
Al mozo rondador aun más que el diablo,
Y cuando en el hogar penetra el dueño,
Ya la sopa borbota en el barreño,
La castaña revienta en la ceniza,
Se asa el tasajo sobre el rojo leño,
Y el gato arisco que al calor se tuesta,
Al aspirar tan exquisito aroma,
Se relame entonando en son de fiesta
Una especie de arrullo de paloma.

III

— «¿Es realidad ó sueño lo que toco? —
Dice Laredo cuando al pueblo llega,
Buscando, sin hallarlos, como loco,
Los muros de su casa solariega. —
Esta es la plaza del lugar... el templo
Aquel que se levanta allí sombrío...
Pero entonces ¡gran Dios! ¿por qué contemplo
Donde estaban mis lares el vacío?
El camino troqué sin duda alguna
Ó me ciega el dolor, si no es que miente
El resplandor primero de la luna.» —

Y se acerca y pregunta á un campesino,
Con la voz temblorosa y balbuciente

Que en los labios del niño pone el miedo:
— « ¿Queréis decirme cuál es el camino
Que conduce á la casa de Laredo?
— « Hace ya tiempo — el hombre le contesta —
Que no hay tal casa en el lugar. » —
— « ¡Mentira! » —
Ruge Fernando, y corta la respuesta
Del rústico, que atónito le mira.
— « Conteneos, señor, — dice el paisano
Ante cólera tal lleno de asombro, —
Y no así desmintáis á un buen cristiano.
La casa estuvo allí; pero al escombro
Que hay al pie de aquel árbol sin ramaje
Reducida quedó, cuando la aldea
Fué víctima del fuego y del pillaje.
Es imposible que jamás se vea
Otro horror como aquel en la Alpujarra, —
Prosigue el aldeano, que no advierte
Que de Laredo el corazón desgarra. —
Riñóse con tal furia y de tal suerte
Por parte del cristiano y del morisco,
Que no dejó por visitar la muerte
Templo, ni casa, ni heredad, ni risco.
Para defensa entonces fué escogida
La mansión señorial, y dada al fuego
Al ser la hueste herética vencida. » —
Y Fernando gritó: — « Mas ¿qué fué luego
De la triste mujer que la habitaba? » —
— « Luego, señor, — el lugareño dijo,
De la miseria la infeliz esclava,
Arrastró de la vida la cadena,

Llorando el abandono de un mal hijo,
Hasta que al cabo se murió de pena. » —
— « ¡Miserable de mí! » — dice Fernando.
Y sin hablar palabra al campesino,
Que se le queda con temor mirando,
Al arruinado hogar corre sin tino,
Y presa el corazón de la agonía,
Con llanto acerbo los escombros riega,
Abrazado á aquel árbol que cubría
El techo de la casa solariega.

IV

Sumido en el dolor, ajeno á todo,
Camina por las calles al acaso,
Con el andar incierto del beodo,
Cuando le corta de repente el paso
Una voz tan alegre y argentina,
Que el cántico de júbilo parece
Que entona al anidar la golondrina.
Vuelto en sí por la voz que le estremece,
En la pared cercana se reclina,
Y dirigiendo en torno la mirada,
Ve que apoyado está junto á la reja
De trepadoras plantas tapizada
Donde mil veces escuchó la queja
Y el ardiente « Te adoro » de su amada.
Vuelve á mirar con espantados ojos,
Y halla ante sí, jugando alegremente,
Á un travieso rapaz de labios rojos
Y ensortijada cabellera rubia,

Tan lozano, tan bello y sonriente,
Como el sembrado por abril naciente,
Cuando lo baña el sol tras de la lluvia.
Y prorrumpe en su loco desvarío:
— « ¡En vano, en vano, la verdad rehuyo;
Tiene su misma faz... es hijo suyo...
¡Hijo suyo, gran Dios, sin serlo mío! » —
Á este punto otra voz con embeleso
— « ¡Fernando! » — dice; y loco de alegría
Entra el niño en la casa, y se oye un beso
Al par que estalla un dulce « ¡Madre mía! »
— « ¿De quién es esa voz — Fernando exclama —
Que pronuncia mi nombre? ¿Quién me llama? » —

Y rompiendo la calma aterradora
Del aire dulcemente adormecido,
Le responde el simbólico tañido
Con que la esquila por los muertos llora.

V

Por no apartarse de la iglesia santa,
El cementerio humilde de la aldea
En medio de los vivos se levanta.
De negro barro y de ladrillo rojo
Un muro sin revoque le rodea,
Que ya del tiempo destructor despojo,
Á trechos está unido por bardales
De apisonada tierra, donde crecen
La pita, la chumbera y los zarzales,
Y donde en el verano reflorecen

Espinos majoletos y rosales.
La puerta, sin pintura y carcomida,
Al abrirse ó cerrarse para el muerto
Parece que solloza dolorida,
Exclamando: « Venid, que este es el puerto
Donde acaban los males de la vida. »
Dentro, la vanidad aparatosa
Las cenizas en mármoles no encierra,
Pues dulcemente el campesino posa
En el regazo de la madre tierra
Sin sufrir ni aun el peso de una losa.
Cubierto por el césped de verdura,
Aquel paraje destinado al duelo
No lleva espanto al alma ni amargura.
Á no ser por las cruces de madera
Que señalan las fosas en el suelo,
Un huertecillo alegre se creyera,
Pues cubren los sepulcros y el osario
El limonero, el brótano y la higuera;
Y no hay más obelisco funerario
Que un ciprés, que se eleva con anhelo
Por encima del mismo campanario,
Para indicar la senda que va al cielo.

Sin que el recinto fúnebre le asombre,
Á guisa de ladrón, saltando el muro,
En él penetra por la noche un hombre,
Que con la astucia y miedo del raposo
Lento camina entre el follaje oscuro
Ó arrastrándose marcha cauteloso.
Aquel hombre es el mísero Fernando,

Que al resplandor incierto de la luna,
De sepulcro en sepulcro va buscando
El nombre de su madre sin fortuna.
Al arrancar con ímpetu salvaje,
Para poner en la inscripción los ojos,
De la hierba el espeso cortinaje,
Le desgarran las manos los abrojos,
Y el cabello de espanto se le eriza
Si de la tumba donde está de hinojos
Siente hundirse la arena movediza;
Ora mira lucir sobre una hoya
Del fuego fatuo la rastrera lumbre,
Ora cede la rama en que se apoya
Y se rinde con grave pesadumbre;
Hasta que presa, al fin, de la agonía,
Estallando su pecho en un gemido
Exclama: — « ¿Me perdonas, madre mía? » —
Y en la fosa común da sin sentido.

Acechando su presa, en la espadaña
Rompe el ave nocturna en un silbido,
Al que responde el lastimero aullido
Del perro del pastor en la montaña.
Lenta se ensancha al declinar la luna,
Perdiendo en luz lo que en tamaño crece,
Como, menguando en honra, se engrandece
Quien baja al lodazal por la fortuna.
Todo queda después en esa calma
Que más miedo produce y más espanto
Que las grandes tormentas en el alma.
Ni vierte el cielo su nocturno llanto,

Ni luce un resplandor, ni el viento zumba;
Denso nublado el horizonte cierra,
Y al modo de la losa de una tumba
Cubre de sombras y de horror la tierra.

Madrid, 1880.

EL AÑO CAMPESTRE

POEMA

AL GRAN POETA ZORRILLA

I

Ya en el alto campanario
Vuelve á anidar la cigüeña,
Ya florecen los almendros,
Ya viene la primavera!

En vez de anunciar borrasca
En bandadas las cornejas,
Ó las grajos chilladores
Revolcándose en la arena,

Pinzones y pitirojos
El soto y el bosque alegran,
Y alondras y cogujadas,
Los surcos y las veredas.

De césped se viste el prado;
Las acacias, de hoja nueva;
En las tablas de los huertos
Pinta y madura la fresa,

Y el follaje crece y borra
En la montaña las sendas
Que en forma de laberinto
Trazaron cabras y ovejas.

Celoso bebe los vientos
El toro, bufa y berrea,
Y establo y redil trascienden
Del rico almizcle á la esencia.

Cual los pájaros de pluma,
Cambia de piel la culebra;
Salen al sol los lagartos
De debajo de las piedras,

Y del tronco de la encina,
Las solícitas abejas
Á libar en el tomillo,
El romero y la alhucema.

De tajo en rambla y vertiente
El arroyo se despeña,
Hecho espuma, caminando
Entre floridas adelfas,

Y en su curso detenido
Por juncales y mimbreras,
Se remansa en la laguna
Donde las garzas invernan.

Todo á la vida renace:
En planta el germen se trueca,
El fiero huracán en brisa,
En hojas y en flor la yema,

Y en mariposa, que el iris
Pintado en las alas lleva,
La oscura larva que ha roto
Su blanda cárcel de seda.

Amanece: ya lo anuncian,
Poniendo al rústico en vela,
Los arpegios de la alondra,
Que se remonta á la esfera,

Y los cánticos del gallo,
Que escarba, que picotea,
Y que en el húmedo suelo
Va, al andar, sembrando estrellas.

Para saludar al alba,
Del tendedero en las cuerdas
Se juntan las golondrinas,
Formando una cinta negra.

El ganado se rebulle,
Cencerros y esquilas suenan
Y rompe en toque de *gracias*
La campana de la aldea.

Echando el yugo á los bueyes,
El rudo gañán bosteza,
Y al barbecho se encamina
Alzada en alto la esteva,

Ó bien, al hombro la alforja
Y el escardillo en la diestra,
Á arrancar va la cizaña
Que trata de ahogar la siembra.

El aura, que de los montes
Desciende, de aromas llena
Y tibia como al aliento
De un niño que se despierta,

Al correr va disipando
El pabellón de la niebla
Y bebiéndose el rocío
En las puntas de las hierbas.

Al fin, en Oriente, el cielo
Un horno ardiendo semeja;
Sale el sol, dora las cumbres,
Álzase, baña la tierra,

Y en el remoto Occidente,
Como otro sol reverberan
Los azulejos que visten
La cúpula de la iglesia.

El lentisco y la retama
En el ancho hogar se queman,
Precipitándose en ondas
El humo en la chimenea;

Y las mujeres, en tanto
Que la sopa á hervir comienza,
Al aire brazos y cuello
Y desatadas las trenzas,

Se lavan junto á los pozos
En la cuba de agua fresca,
Al sol y al viento dejando
Que enjuguen su tez morena.

En los patios y corrales
Desnudos los niños juegan,
Trocando en canal un charco
Ó haciendo casas de arena,

Y cercados de gallinas,
Que las migajas esperan
Del pan moreno que comen,
Tan duro como una piedra.

En las horas de trabajo
La paz en el suelo reina,
Y las aves enmudecen,
Ocultas en la maleza.

Sólo se escucha en los campos
El rodar de la carreta,
El rechinar de la noria
Y el golpe de la herramienta,

O los trémulos balidos
De alguna perdida oveja
Que corre hacia la cañada
Donde el pastor apacienta.

Pero ya viene la tarde,
Y el regocijo con ella,
Y el hombre el sudor enjuga
Con que fecunda la tierra.

Silba el mirlo en los frutales,
La perdiz canta en la breña,
Y el jilguero y la calandria
En los trigos y alamedas.

El perro, que todo el día
Estuvo de centinela
Guardando el hato, retoza
Y caza al ir á la aldea.

Tornan del monte las cabras
Hinchado el vientre de hierba,
Y arrastrando por el suelo
Las ubres, de leche llenas.

En su hogar los campesinos
Hallan dispuesta la cena,
Y los pastores servida
La cuajada en hojas frescas;

Y apenas el sol oculto,
Á blando sueño se entregan,
No turbado por el grito
De la pasión ni la pena.

Y cuando en hondo silencio
El mundo sumido queda,
Y la luna lentamente
Hacia la altura se eleva,

Los ruiseñores entonan
Sus trinos en la ribera,
Llenando los corazones
De dulcísima tristeza.

II

¡Cuánta hermosura en la tierra!
Parece el prado un vivero;
Las rocas están vestidas
De la felpa del helecho,

Y las mieses, ya espigadas,
Cuando las inclina el viento,
Ocultan, formando un toldo,
De las hazas los linderos.

Vense bardales y tapias
De enredaderas cubiertos,
De amapolas los sembrados,
De juncias los arroyuelos·

Y para colmo de vida,
Crecen cardos en los yermos,
Y malvas y jaramagos
En las calles y los techos.

Á los perfumes silvestres
Que en los campos toma el céfiro
Del toronjil y el mastranto,
Del hinojo y el cantueso,

Se juntan los de la albahaca,
El azahar y el espliego,
Que embalsaman el ambiente
De los jardines y huertos.

Ya tusadas crin y cola,
Grabado en el anca el hierro,
Y en brillante pelo corto
Trocado el sucio de invierno,

El potro, cual si sintiera
Hervir en sus venas fuego,
Resopla, piafa, relincha
Y ensaya en correr sus remos.

El rico vellón de lana
Entrega el manso cordero,
Y tábanos zumbadores
Persiguen á los becerros,

Que parten, perdido el tino,
Hijadeando y mugiendo,
En busca del valle umbroso
Donde está el abrevadero.

Madura el albaricoque,
Más fino que el terciopelo;
Pica el gorrión en la breva,
Que de miel guarda un venero,

Y la mazorca, que agita
Un penacho como un yelmo,
Sus tocas pajizas abre,
Mostrando el grano bermejo.

Pasa el rústico la noche
Los melonares cubriendo
Con paja para librarlos
Del influjo del sereno,

Y frente á las madrigueras,
El arma al brazo, en acecho
De los topos y lirones,
Para su daño despiertos.

Mas pronto la escena cambia:
Derrama el sol vivo fuego,
Y, como al salir de un horno,
Abrasa y sofoca el viento,

Que lleva sobre sus alas,
En vez de aromas, suspenso
El polvo de los terrones
Que el calor va deshaciendo.

En pedregal se convierte,
Ó en banco de arena, el lecho
Del arroyo, que era un río
Sin vado alguno en invierno.

De la aurora los fulgores
Tiñen de rojo sangriento
La bruma caliginosa
Que se levanta del suelo,

Semejante á la abrasada
Humareda de un incendio,
Y se alza el sol, y se aspira
La atmósfera del desierto.

Entonces, debajo de otro
La testuz guarda el carnero,
La yeguada se mosquea,
Juntándose en corro estrecho,

Y la perdiz y la alondra
Están, con el pico abierto
Y con las alas caídas,
Á la sombra de los setos.

Tan sólo el calor resisten
Los zumbadores insectos
Cuyas corazas de oro
Despiden vivos reflejos;

Las tórtolas, que, escudadas
Por el pabellón espeso
De los pinos, siempre verdes,
De uno en otro van gimiendo,

Y las cigarras ventrudas,
Que redoblan su concierto,
Saltando á la espiga seca,
Que se desgrana á su peso.

¡Infeliz del campesino
Que, sudando, sin aliento
Y abrasadas las espaldas,
Va por los valles y oteros

El trigo rubio segando,
Que, convertido en pan tierno,
En manos del poderoso
Ha de ver, quizás hambriento!

Pero el triste, con su sino
Resignado y satisfecho,
Apenas si para mientes
En el día venidero,

Y duerme sobre la hacina
Tranquilo, mientras su dueño
Tal vez procura y no logra
Cerrar sus ojos despiertos.

Cuando repara en que apenas
Proyecta sombra su cuerpo,
¡Con qué placer deja el tajo,
Y en el parral, á cubierto,

Bebe á chorro en el botijo,
Aliña el gazpacho fresco,
Ó abre la roja sandía,
Que cruje bajo sus dedos!

Y cuando llega la noche,
¡Qué bullicio, qué contento
En las parvas de las eras,
Que sirven de mesa y lecho

Hasta el capataz se olvida
De su alto rango y empleo,
Y en vez de acallar la zambra,
Alegre baila en el ruedo

Con alguna escogedora
De buen talle y ojos negros,
Que de amapolas y espigas
Orló su rostro moreno.

Aquí un mozo enamorado
Está á solas y en silencio
Ensartando arreboleras
Para aquella que ve en sueños;

Allí las espigadoras
Van buscando por los setos
Luciérnagas encendidas
Para adornar sus cabellos,

Y allá, en la vereda, se oyen
Los cantos del pasajero,
Que, más que cantos, parecen
Gemidos que lleva el viento.

Mas bien pronto no se escucha
Otro rumor en el suelo
Que el del grillo, que ha tomado
De las cigarras el puesto.

Entonces, de las estrellas
Á los fugaces reflejos,
Responden nubes lejanas,
Ocultas tras de los cerros,

Con súbitos fusilazos,
Que encienden de grana el cielo,
Y que anuncian otro día
De más calor que el ya muerto.

III

Ya la Virgen de Setiembre,
Tan hermosa con sus galas,
Cual si del cielo con ellas
Bajado hubiese á las andas,

En procesión sale al campo,
Entre vítores y salvas,
Y disparos de cohetes
Y repiques de campanas.

No lleva la faz llorosa
De una madre atribulada,
Sino la alegre y risueña
De los hijos que la aclaman,

Y por joyel en el peto,
Que reluce como un ascua,
Un haz de espigas atado
Con el cairel de una parra.

Á ella debe el campesino
Tener las trojes colmadas,
Y abiertos para llenarse
El lagar y la almazara;

Pues ella vertió el rocío
Y apaciguó las borrascas,
Y el valle llenó de mieses
Y de pasto las montañas.

¡Oh, con cuánto afán espera
El rústico que trabaja
Sin descanso el año entero,
La alegre *sanmiguelada!*

Todo es entonces riqueza
Y contento y algazara:
Se ferian los animales
Y utensilios de labranza;

No queda en el pueblo moza
Que no luzca nueva saya,
Ni zagal que sin dinero
Lleve la bolsa en la faja;

Hasta el mísero mendigo
Con pan blanco se regala;
Se cumple el arrendamiento,
Las pastores se contratan,

Se reponen los ajuares,
Se socorren las desgracias
Y se arreglan los litigios,
Y los amantes se casan.

Mas poco la huelga dura,
Pues ya las aves de entrada
Anuncian el dulce riego
De las otoñales aguas;

Y si bien ardió el rastrojo
Que abona la tierra exhausta,
Y para el invierno crudo
Almacenóse la paja,

Aun las colmenas incitan
Al castrador con su carga,
Y revientan en el árbol
Las encendidas granadas;

Aun los peros y membrillos
Engordan bebiendo savia,
Y el melocotón se viste
De sedosa felpa blanca,

Y aun la cepa sus sarmientos
Por el suelo desparrama,
Rendida á la pesadumbre
De las uvas apretadas.

Sopla el vendaval, trayendo
De vapor ligeras gasas
Que se ennegrecen al cabo
En la altura condensada,

Y, tendidas como un toldo
Que en los cerros se apoyara,
Rompen en lluvia copiosa,
Que el suelo bebe con ansia.

Á los vientos sofocantes
Suceden brisas templadas;
Á las noches sin rocío
Las de fresquísima escarcha,

Y la fuente enriquecida,
Vuelve á dar en la cañada,
El arroyo en la laguna,
Y en la laguna las garzas.

La codorniz deja el surco,
Los rastrojos la calandria,
Y la alegre golondrina
El techo de las cabañas;

Pero, en cambio, cada tarde,
De estorninos nueva banda,
Que el horizonte oscurece,
Desciende como una plaga

Sobre la rica aceituna,
Que se ennegrece y ablanda,
Y el racimo generoso
Que se mostea en la parra.

Viene la alegre vendimia,
De pámpanos coronada;
Por el lagar rueda el mosto,
Y el vino por las gargantas;

Poniendo digno remate
Á tanto jolgorio y zambra,
La noche en que se celebra
La fiesta de la abundancia.

¡Noche de Todos los Santos,
Que llega siempre colmada
De frutos y de venturas
Para mozos y zagalas!

Este rapaz come almendras
Y piñones y avellanas;
Aquel pone en el rescoldo
Un puñado de castañas:

Uno aquí con pan de higos
Y con nueces se regala,
Otro allá monda gozoso
El membrillo y la granada;

Y, en tanto, da entre los hombres
Vueltas y vueltas la jarra,
Y con arrope y compota
Las mujeres se empalagan.

Mas ¡ay! que la alegre flesta
Viene á turbar la campana,
Pidiendo triste á los vivos,
Para los muertos, plegarias,

Y á la voz de este conjuro
Parece que se derrama
El hálito de la muerte
Por la tierra y por las almas.

Todo verdor se concluye,
Las aves parleras callan,
El arroyo se congela
Y el sol sus rayos apaga.

Se rinde el lirón al sueño,
La hormiga sus trojes tapia,
Y mueran las mariposas,
Envolviéndose en sus alas.

Sin pasto el monte, en las pitas
Los bueyes el hambre sacian
Y despuntan los retoños
De los lentiscos las cabras.

El árbol queda sin fruto,
Y el huracán, cuando pasa,
Con los nidos aun calientes,
Las secas hojas le arranca.

Lo que aun con vida persiste,
De muerte y tristeza habla;
Lo mismo el ciprés, que erguido
Á los cielos se levanta,

Que la hiedra, que en los muros
Desmoronados arraiga,
Y el sauce llorón, que cubre
Los sepulcros con sus ramas.

Y cuando muere la tarde,
Y el sol de amarillas franjas,
Como á paño mortüorio,
Adorna las nubes pardas,

En vez de los dulces cantos
Del ruiseñor á su amada,
Se oye el silbo del mochuelo
En la torre solitaria.

IV

Ya el pastor con el pellico,
Que del hielo le preserva,
Desde lejos se confunde
Con sus lanudas ovejas,

Y vuelve al redil trayendo
Las tiernas crías á cuestas,
Perseguido de las madres,
Que se empinan para verlas,

Marchan detrás del arado,
Que abre el seno de la tierra,
Las aves beneficiosas
Que de insectos se alimentan,

Y la plaga de trigueros,
Cogujadas y terreras,
Que se come la semilla
Á medida que se siembra,

Y que cantando se burla,
Del labrador que la oxea
Ó la espanta, convirtiendo
Su roja faja en bandera.

El vapor que por las noches
En los vidrios se condensa,
Y en lágrimas se deshace
Cuando el sol sube á la esfera,

Dice al rústico del llano
Que ya en la montaña nieva,
Que el invierno será crudo
Y hay que atestar la leñera,

Confirmándolo la nube
De aves frías y cercetas,
Chorlitos y alcaravanes
Que de extraños climas llega.

Pero no todo es motivo
De abatimiento y tristeza.
En el corral gruñe atado,
Pudiendo moverse apenas,

El gordo lechón, que estuvo
Ha poco de montanera,
Y que llenará muy luego
De regalos la despensa;

En la almazara prosigue
Sin descanso la molienda
Y el alpechín va corriendo
Por las calles de la aldea;

Y ya mozos y zagalas
Componen, compran y aprestan
Almireces y zambombas,
Guitarras y panderetas.

Y cuando al fin luce el día
Alegre de Noche-Buena,
Los muchachos en arrobo
El Nacimiento contemplan

Que arreglaron las mujeres,
Colocando en una mesa
Verdes matas de lentisco
Sobre un puñado de arena.

Y allí los tres Reyes Magos
Caminando tras la estrella,
Sobre arroyuelos de vidrio
Y montañas de madera,

Y en el fondo, con la Virgen,
El niño Jesús, y cerca
La mula y el buey de barro,
Que al resoplar le calientan.

Viene la noche; ¿qué importa
Que truene, granice ó llueva?
Toca á la misa del Gallo
La campana de la iglesia,

Entónase el villancico,
Repican las castañuelas,
El ronco tambor redobla
Y el órgano trompetea.

Al volver ya está servida
La rica sopa de almendras
Y escanciado el vino añejo,
Que con su aroma marea.

En las mismas gañanías
La Navidad se celebra
Con migas y con madroños
En vez de pavo y jalea;

Y hay tal bullicio en las casas,
Que las aves se despiertan
Y unen su voz al concierto
De júbilo de la tierra.

Mas cuanto en torno se mira
Es señal de lluvia cierta:
El círculo blanquecino
Que el disco lunar encierra,

El gato que maya y brinca,
La sal que en agua se trueca,
El hollín que se desprende,
La torcida que chispea,

Y el graznido de las grullas,
Que, al extender la cabeza
Al par que el tarso y el ala,
Parecen cruces que vuelan.

Y tan tenaz es la lluvia,
Que se hunde en fango la reja,
Y el buey se queda atollado
Hasta en las mismas veredas.

Hecho torrente el arroyo,
En cascadas se despeña,
Se sale de madre el río.
Y la campiña se anega.

Entonces ¡ay! se suspenden
En el campo las faenas,
Y los pobres que tan sólo
Con un triste jornal cuentan,

Acosados por el hambre,
Mendigan de puerta en puerta,
En las horas de la noche,
Para ocultar su vergüenza.

¡Con qué afán es acogido
El solano que dispersa
Los nubarrones oscuros
Y el suelo encharcado seca!

Brota entonces la simiente,
La laguna se deshiela,
Y vuelve con el trabajo
El regocijo á la tierra.

Ya el alivio de la cuadra
No necesita la yegua,
Ni la vaca el del establo
Ni el del aprisco la oveja;

Pues vigorosa en el monte
Ha retoñado la hierba,
Y el rigor de la alborada
El rocío no congela.

Al rayo del sol que lucha
Por desvanecer la niebla,
El viento de la montaña
En las llanuras se templa,

Y desentume al insecto,
El suelo mojado orea,
Hace circular la savia,
Y los gérmenes despierta.

Dice, al correr, el arroyo
Que arrastra nieve deshecha,
En los árboles tempranos
Apuntan rojas las yemas,

Algunos pálidos lirios
Florecen en la pradera,
Y se aventura el enjambre
Á salir de la colmena.

Á poco en el campanario
La zanquilarga cigüeña,
Con un reptil en el pico
Ruidosa castañetea;

De flor se viste el almendro,
Empurpúrase la fresa,
Y al aire da su perfume
Regalado la violeta,

Hasta que al fin aparece
La golondrina, y con ella
El regocijo, las flores,
La vida, la primavera.

Conil, agosto de 1881.

Á ORILLAS DEL MAR

Á ORTEGA MUNILLA

I

Siempre que me hallo en la tierra
Hermosa donde nací,
Que aun á los moros aterra,
Alzada frente á la sierra
Del imperio marroquí,

Me suele el sol encontrar,
Cuando declina y desmaya,
Absorto viendo llegar
Á la arena de la playa
Las roncas olas del mar.

Ya sigo la blanca estela
De la bien ceñida nave
Que al dar al viento la vela,
Sobre las espumas vuela
Rozándolas como un ave;

Ya á algún pájaro marino
Que va tras el pez sin tino,
Zambulléndose en las olas,
E imitando con su trino
Dulcísimas barcarolas.

Ávido aún de belleza
Escalo el coronamiento
De una antigua fortaleza,
Que hunde en el mar el cimiento
Y en las nubes la cabeza;

Y á medida que adelanta
Mi ascensión, se me figura
Que la atlántica llanura
Lentamente se levanta
Suspendida de la altura.

Estático de placer
Miro en las aguas caer,
Como en hirviente crisol,
El rojo disco del sol
Que se ensancha al descender,

Y al disiparse sus huellas
De amaranto y de carmín,
Aparecer las estrellas
Temblorosas, blancas, bellas,
Como flores de jazmín.

Llama en esto á la oración,
El destemplado esquilón
De la ermita donde mora
La Virgen, dominadora
Del furibundo aquilón,

Y al escuchar tal sonido,
El adusto marinero,
Que quizás juraba fiero,
Calla y se quita, vencido,
De la cabeza el sombrero;

Pues no existe en derredor
Marinero ó pescador,
Que al desamarrar la lona,
No le rece con fervor,
Una salve á su patrona;

Virgen santa, que presume
De no usar otra presea
Que de corales no sea,
Ni otro incienso que el perfume
Embriagador de la brea.

Y que por ricos ex-votos
Y por galas en su altar,
Quiere los vestidos rotos
De los náufragos devotos
Á quienes salva del mar.

II

En las tardes de verano,
No ha mucho tiempo, solia
Encontrar allí un anciano
Que, como yo, se aplacía
Contemplando el oceano.

El imperio de su faz,
Su nerviosa contextura
Y su voz áspera y dura
Contrastaban con la paz
De su vida y su dulzura;

Y supliendo la alta ciencia
Y el estudio de los sabios
Con el genio y la experiencia,
Cada frase era en sus labios
Una profunda sentencia.

Á pesar de nuestra edad,
Nos puso en intimidad
El mismo amor de los dos
Á la hirviente inmensidad
Que sirve de espejo á Dios;

Y aunque muy niño, al olvido
Dando amor, juegos y enojos,
Le escuchaba embebecido,
Con el alma en el oído
Y abiertos, sin ver, los ojos.

Una tarde en que la historia
Del valiente pueblo ibero
Trajimos á la memoria,
Jurando culto á su gloria
Y rencor al extranjero,

Con el habla estremecida
De quien tiene el alma herida
Por la pena ó por el odio,
— « Oye — dijo — el episodio
Más terrible de mi vida. » —

Y temblando, absorto, mudo
Y con el rostro ceñudo
Permaneció largo rato,
Hasta que vencerse pudo
Y comenzar su relato.

III

— « Dicen que todo dolor,
Hasta el vengativo anhelo,
Encuentra dulce consuelo
O se convierte en amor
Cuando el alma mira al cielo;

Más allí los ojos guío,
Y el odio en el pecho mío
Se revuelve sin cesar,
Ya templado, ya bravío,
Siempre grande como el mar.

En vano vencerlo quiero;
Pues hallo dulzura en él,
Como las abejas miel
En las flores del romero,
Más amargas que la hiel.

Y es que esclava de ley dura
Desde el pecado de Adán,
En toda humana criatura
Fermenta la levadura
Maldecida de Satán,

Y hay heces en lo más hondo
Del alma del ser más bueno,
Como hay pestilente cieno
Depositado en el fondo
Del arroyo más sereno.

IV

« El primer recuerdo mío
Es haber visto á mi madre,
Una noche de agua y frío,
Besando con desvarío
El cadáver de mi padre;

Miserable pescador
Que luchó, para vivir
Una vida de dolor,
Con el piélago traidor
Que le hizo al cabo morir.

Y huérfano y sin hogar
Me encontré casi al nacer;
Pues el hambre y el pesar
Vinieron pronto á matar
Á aquélla que me dió el ser.

Pero á tiempo que se abría
Para mi madre la fosa,
En su seno me acogía
Una mujer generosa
Cual la pobre madre mía.

Tan buena, que se olvidaba,
Por hacer bien, del afán
Con que el sustento ganaba;
Pues era el pan que me daba
Su triste y único pan.

Y es que allí están el valor,
La caridad y el amor
En quien de ellos no presume,
Como el más rico perfume
En la más sencilla flor.

Y del camino arcilloso
Que á la virtud se endereza,
Sale el débil victorioso,
Mientras se hunde el poderoso
Al peso de su grandeza.

¿Qué importa ser despreciado
Por humilde en este suelo?
Por débil, el ser alado
Es el único apropiado
Para remontarse al cielo.

V

« Aquélla que me libró,
— El anciano prosiguió, —
Del hambre y la desnudez,
El camino me enseñó
Que conduce á la honradez;

Y en la misma adolescencia
Me hizo gozar de la infancia;
Pues guardó mi inteligencia
En esa dulce ignorancia
Hermana de la inocencia.

¡Bendito su proceder!
Empezar á comprender,
Es comenzar á sufrir;
Lo que se gana en saber
Suele perderse en sentir;

Y la ciencia, sin el celo
Por el bien y sin amor,
Es el ave sin el vuelo,
El paisaje sin el cielo,
La llama sin el calor.

VI

« Niño de diez años era,
Y ya estaba de grumete
En una barca costera
Más que los vientos ligera
Cuando viajaba sin flete.

Desde entonces he morado
Y combatido en los mares,
Hasta que el tiempo irritado
Echóme á tierra cargado
De recuerdos y pesares.

Y aquí vivo sin más gozo
Que contemplar el mar fiero;
Pues para el buen marinero
La tierra es el calabozo
Donde vive prisionero. »

Deja que la vida alabe
— Dijo y tembló su voz grave —
De aquel que en el mar nacido
Tuvo por cuna la nave
Donde después ha vivido.

Su historia es todo un poema;
El mar al nacer le mece
Y libre y robusto crece,
Mientras la brisa le quema
Y el trabajo le encallece.

En vez de las impiedades
Y vicios de las ciudades,
Aprende aquello que ha escrito
Dios mismo en las soledades
De lo inmenso y lo infinito.

Valeroso como bueno,
No sufre jamás desmayo,
Y en las borrascas sereno
Oye retumbar el trueno
Y mira de frente al rayo;

Y aun más sobrio que valiente,
Lo mismo que al mar rugiente,
Á la sed y al hambre reta
Con un sorbo de aguardiente
Y un pedazo de galleta.

En tanto que el cortesano
Intenta ser libre en vano
Ó vive en tedio profundo,
Él, Señor del oceano,
Cien veces da vuelta al mundo.

Libre de odios y recelos,
Ni envidia gloriosos vuelos
Ni loca ambición le abruma,
Porque Dios le alza á los cielos
Sobre montañas de espuma.

Y cuando en un temporal
Su gloriosa vida acaba,
Rugiendo un himno triunfal,
Le sepulta la mar brava
En un banco de coral.

VII

« Muerta la mujer piadosa
Que en mí, de un niño hizo un hombre,
Mi alma toda puse en Rosa,
Una niña tan hermosa
Como la flor de su nombre.

Aunqne en belleza sin par,
La virtud ponía en ella
Encanto tan singular,
Que se hacía perdonar
El delito de ser bella

La vi, y en el pecho mío
Despertaron los amores,
Cual del iris los fulgores
Cuando el sol besa el rocío
En el cáliz de las flores.

Y á un tiempo sentí alegría
Pasmo, asombro, desconsuelo,
Dolor y triste agonía,
¡Lo que un ciego sentiría
Si viese de pronto el cielo!

Desde entonces mi reposo,
Ora triste, ora gozoso,
Dió en latir apresurado
Mi corazón tormentoso
Á la par que atormentado.

Remedio á mi afán no hallaba,
Avergonzado ocultaba
Como un crimen mi ventura,
Y en la soledad lloraba
Ahogado por la ternura.

Y ya en hondo abatimiento
Daba mi espíritu inerte,
Ya sentía el ardimiento
Que arrastra al hombre violento
Á la gloria ó á la muerte;

Pues el alma combatida
En las luchas de la vida,
Lleva en sí, como el nublado,
Á un tiempo el granizo helado
Y la centella encendida.

De mi amor en los albores,
Hirióme el dardo cruel
De los celos matadores,
Que hasta en los dulces amores
Hay más acíbar que miel.

Y á veces en mí podía
Tanto el furor de los celos,
Que en blasfemia concluía
La plegaria en que pedía
Ser de ella amado á los cielos;

Pues la amorosa pasión
Primera del corazón,
Hablar solamente sabe
Con el gorjeo del ave
Ó el rugido del león.

Ciego fuí más de una vez
Á expresarle mi deseo,
Y falto de intrepidez,
Enmudecí como el reo
En la presencia del juez.

Al cabo su amor fué mío,
Tras pudoroso desvío,
Y nuestras almas ardientes
Se unieron cual dos torrentes
Que forman un solo río.

Pero en tanto que mi amor,
Siendo la impaciencia suma,
Levantaba rugidor
Montañas de hirviente espuma,
Cual los mares en furor;

El amor en su alma honrada
Se hizo virtud singular,
Como la espuma irisada
Se hace perla, condensada
En lo profundo del mar.

VIII

« Gozando en dulce desmayo
De una vida deleitable,
Vino á herirme como un rayo
La nueva de la execrable
Matanza del Dos de Mayo.

Qué pasó por mí no sé;
Pero mi rabia fué tal,
Que hasta el amor olvidé
Y de voluntario entré
En la marina real;

Pues si el amor que sentía
Por aquella niña hermosa
Era grande, todavía
Amaba á la patria mía
Con fuerza más poderosa.

Aun hoy al pensar que á España
Vi en poder de gente extraña,
Viene á mis labios la injuria,
El llanto mi rostro baña
Y me estremezco de furia.

¡Baldón, eterno baldón
Sobre el infame valido
Que por torpeza ó traición,
Abrió al Corso maldecido
Las puertas de la nación!

¡Baldón y olvido después
Sobre aquellos que, temblando
Ante el extranjero bando,
Arrojaron á sus pies
El cetro de San Fernando!

Olvido, sí, no te asombres,
Quiero para aquellos hombres,
Porque fué tanta su mengua,
Que se mancilla la lengua
Cuando pronuncia sus nombres.

IX

« Aunque uniese á mi furor
Cuantos ayes de dolor
Tiene un alma, no podría
Pintarte el cuadro de horror
Que nuestra patria ofrecía.

Sin armas y sin soldados,
Las heredades taladas,
Los altares profanados,
Las mujeres ultrajadas
Y los hombres humillados.

Los pueblos, prósperos antes
En escombros humeantes,
Los campos, en sangre rojos,
Odio en todos los semblantes
Y llanto en todos los ojos.

Á traición y por la espalda
Herido el valiente ibero,
Y alfombra del extranjero
La bandera roja y gualda
Que dominó el mundo entero.

En los grandes, el cinismo;
En los sabios, los alardes
De humanitario idealismo
Que pone el filosofismo
En boca de los cobardes;

En el poder la ambición,
La torpe intriga, la incuria,
Y allá, en más alta región,
La ineptitud, la lujuria,
El espanto y la traición.

X

¡Triste patria! Llegó un día,
Que las extrañas naciones
Creyeron que no existía,
Pues sólo en los corazones
De sus valientes vivía.

Mas con ellos hizo frente
Y resistió á Bonaparte,
Hasta entonces prepotente,
Que no hay mejor baluarte
Que el corazón del valiente;

Ni acero más abonado
Contra un tirano protervo,
Que aquel que el odio ha labrado
De las cadenas del siervo
Ó la reja del arado.

XI

« Yo, en tanto, en Cádiz reñia
Entre la turba plebeya
Que por la patria moría
Y que en la historia escribía,
Con su sangre, su epopeya;

Y después de haber luchado,
Aunque niño, denodado,
De Chiclana en el pinar,
Por el amor arrastrado
Me encaminé á mi lugar.

¡Nunca lo hiciera! Tal vi
Que desde aquella ocasión,
Eternos huéspedes son,
En mi mente el frenesí
Y el odio en mi corazón.

Sólo igual á mi carrera
Pudo ser la del Calvario;
Aquí al lado de la hoguer
Que enluta, al arder, la esfera,
El hacha del incendiario;

Allí el rastro purpurino
De inocente sangre inulta,
Y embarazando el camino,
Con la víctima insepulta
El arma del asesino.

Aquí astillas y cascajos,
Ó inmundicias y osamentas,
Festín de buitres y grajos;
Allí gentes en andrajos,
Llorosas, mudas y hambrientas;

¡Cuanto más cerca el lugar,
Más tristeza y más horror!
Llegué al fin. ¿Qué en el hoga
Soñado nido de amor
Del ángel que iba á buscar?

Nadie, nada. En su vacío
Retumbaba el paso mío.
Quedéme absorto y helado.
¡Ni la nieve da más frío
Que un hogar abandonado!

— « ¡Rosa, mi amada, mi estrella,
¿Dónde estás? » — grité en mi duelo. —
Y alguien, por darme consuelo,
— « ¡Allí pregunta por ella! » —
Me dijo, mirando al cielo.

Y rugí cual Satanás.
— « ¿Mas cuál ha sido su suerte? » —
— « No lo averigües jamás
— Me contestaron — quizás
Su mayor bien fué la muerte. » —

Sonó esta frase en mi oído
Como el trueno en las montañas
É inmóvil, yerto, aturdido,
Sentí el acero buído
Del dolor en mis entrañas.

Ni llorar ni ver podía;
Girar los ojos hacía
Desencajados y rojos;
Mas ¡ay! en vano, no había
Ni luz ni llanto en mis ojos.

Ni para hablar tuve aliento,
Ni para huir diligencia;
Dios, piadoso en tal momento,
Me quitó hasta la conciencia
De mi propio sufrimiento.

Y al venir á despertar
De tan horrible sopor,
Halléme á orillas del mar
Que parecía llorar
Con rugidos de dolor.

XII

Y exclamé en mi desvarío:
— « Ya que dejaste al impío
Matar mi amor, mi esperanza,
Mi fe, mi vida ¡Dios mío!,
¿Me dejarás sin venganza?

¿Por qué el mar no se desborda?
¿Por qué la naturaleza,
Como Tú, al dolor es sorda? » —
Dije, apoyando en la borda
De una lancha mi cabeza.

Á estos gritos apagados
Respondió el himno triunfal
De los franceses malvados;
Miré y vime entre soldados
Del ejército imperial.

Las carcajadas, los gestos
Y ademanes descompuestos
De aquella embriagada gente
Engendraron en mi mente
Los designios más funestos;

Y al hacerme comprender
Su anhelo de darse al mar,
Se pudo en mi rostro ver
La contracción singular
Con que ríe Lucifer.

XIII

« Ya á bordo, solté la amarra,
Y á favor de la marea,
Puse proa hacia la barra
Donde la mar se desgarra
Y rugidora espumea.

Á compás del balanceo
Iban los viles cantando
Con alegre clamoreo,
Y yo remando, remando
Con el vigor de un Anteo.

Del crepúsculo moría
El reflejo de escarlata,
La luna al cielo subía
Y la mar aparecía
Como un espejo de plata.

Dormido estaba el ambiente,
El cielo limpio de bruma,
Y el oleaje, indolente,
Resbalaba mansamente
Sin rumor y sin espuma.

¡Qué inmenso placer sentí
Cuando en la corriente dí,
Que iba á estrellarse en las rocas
Con las mismas ansias locas
Que la desventura en mí!

Allí el mar, fiero rugía,
En espumas se rompía,
Alzábase borrascoso
Y su seno tenebroso
De peñascos descubría.

Ya el bajel, ingobernable,
Velozmente derivaba,
Y yo remaba, remaba
Á favor de la indomable
Corriente que lo arrastraba.

Cuando los remos dejé
Y en los soldados fijé
La mirada con furor,
Inertes los encontré
Y lívidos de terror.

¡Jamás he gozado tanto!
¡Era tan grande el espanto
De aquellos malditos seres,
Que algunos vertían llanto
Como débiles mujeres!

La barca empezó á crujir,
Una oleada veloz
Hízola al cielo subir,
Y oyóse mi ronca voz
Á la Francia maldecir.

Tornó rápiád a bajar,
Estrellóse en la rompiente,
Sonó un grito inmenso al par,
Se hundió todo de repente,
Y quedó tranquilo el mar.

XIV

« ¿Y qué de mí en tal horror?
Sobre la arena mullida
Hallóme el primer albor;
Que Dios me salvó la vida
Por condenarme al dolor. » —

No dijo más el anciano,
Apoyó en la flaca mano
Su cabeza venerable,
Y en éxtasis insondable
Quedóse ante el oceano.

XV

Cuando en mí pude vencer
El misterioso poder
Del espanto y la tristeza,
Toda la naturaleza
Sonreía de placer.

Aquí, al compás del embate
Del agua en rocas cayendo,
Asordábame el estruendo
Del mazo del calafate
Que estaba un bajel haciendo.

Allí volvía serena,
Corriendo como en regata,
Y ganaba al fin la arena
La barca de peces llena
Relucientes cual la plata.

Más lejos un marinero,
Al coser sus redes rotas,
Con un cantar lastimero
Levantaba del estero
Una banda de gaviotas.

En reflujo la marea
Y en seco el marino risco,
Llevaba el viento á la aldea,
Con el olor de la brea,
El de la sal y el marisco;

Y en el ocaso iba á dar
Tan enrojecido el sol,
Que parecían estar
Ardiendo en vivo arrebol
La tierra, el cielo y el mar.

Madrid, diciembre 1881.

EL CAPITÁN GARCÍA

POEMA

AL CENTRO MILITAR DE MADRID

—

I

Lentamente de los valles
La noche subiendo va,
Y al quedarse todo en sombras,
Y silencio y soledad,

— ¡Centinela alerta! — se oye
Á lo lejos exclamar,
Y otra voz más á lo lejos
Responder: — ¡Alerta está! —

Entra la noche tan fría,
Que en las fuentes del lugar,
El agua, muda, se para
Y se convierte en cristal.

Y las vacas que retornan
Al establo con afán,
Como si ardiesen por dentro,
Humean al traspirar.

Aquella triste comarca
Á un tiempo azotada está
Por las furias de la guerra
Y la estación invernal.

La nieve quema los brotes,
Crece el río como el mar,
Y los árboles arranca
De raíz el huracán.

Pero hace la guerra sola
Más estrago, mucho más,
Que todos los elementos
Desatados á la par.

Aquí casas en ruinas,
Bosques talados allá,
Y en astillas y cascajos
El apero y el ajuar.

En graneros y bodegas
Ni rastros de vino y pan,
Y los árboles del huerto
Ardidos en el hogar.

Trocados en foso y fuerte
Arroyo y molino están,
Los vallados en trincheras
Y la iglesia en hospital.

Cantares, músicas, risas,
De allí huyeron con la paz,
Sólo expresan los semblantes
La zozobra ó la piedad;

Y á quien sus penas olvida
Se las viene á recordar
El aterrador: — ¿Quién vive? —
Ó el medroso: — ¡Alerta está...! —

Pasan los hombres el dí
Contemplando su heredad
Desde lejos, no pudiendo
De las trincheras pasar;

Y las mujeres calmando
Su temor y su ansiedad,
Con rezos que el llanto viene
Á menudo á entrecortar.

En cambio los rapazuelos
En holganza y libertad,
Por las calles de la aldea
Alegres vienen y van,

Armados de palitroques,
Llevando el paso á compás
Y riñendo á cada instante
Una batalla campal.

Mas ¡ay! se mueren de miedo
Cuando la noche al cerrar
Escuchan del centinela
El lejano : — ¡Alerta está! —

Pero no siempre este grito
Vase en el pecho á clavar,
Tan agudo y tan helado
Cual la punta de un puñal.

Cuando el miedo mil ruidos
Del silencio hace brotar
Y espectros aterradores
De la densa oscuridad;

Cuando el hórrido estampido
Creen las gentes escuchar
De una descarga, en la puerta
Que sacude el huracán,

El clarín en el chirrido
De la veleta al girar,
Y en el tropel de una ronda
El del asalto fatal;

Y el hombre, asiendo de un hacha,
Corre á ponerse detrás
De la puerta, decidido
Á no morir sin matar;

Y la madre tiembla y llora
Por el ser angelical,
Que en su regazo sonríe
Soñando con Dios quizás;

Entonces sólo á las gentes
Infunde seguridad
Y vuelve el sueño á los ojos
El tranquilo: — ¡Alerta está...! —

Porque aquel grito les dice:
— ¡Hay quien vela; descansad! --
Y se duermen bendiciendo
Al soldado que lo da.

¡Bien bendito el centinela
Que envía á las almas paz,
Desde el reducto lejano
En donde helándose está!

Frente tiene al enemigo,
Acechándole quizás,
La lluvia fría le cala,
Le envuelve la oscuridad;

Es casi un niño; el recuerdo
Asáltale pertinaz
De la madre que llorando
Por él reza con afán,

Y temor desecha y sueños,
Y vigila sin cesar,
Y firme en su puesto, grita
Con voz fiera : — ¡Alerta está! —

Sí, bendecid ese grito,
Nunca lo dejéis de amar,
Es la patria quien lo pide
Y un valiente quien lo da;

Y mientras fe y honor sean
Quienes lo hagan resonar,
Habrá Dios, y patria, y honra,
Y familia y libertad.

II

En el salón de una casa,
Tan vieja que está pidiendo
Ó puntal que le de apoyo
Ó pico que la eche al suelo,

Están varios camaradas
De la guarnición del pueblo,
Alegremente matando
Tan triste noche de invierno.

Desvencijadas las puertas,
Vencido y ahumado el techo,
Desconchadas las paredes,
Y terrizo el pavimento.

Así la sala, que ostenta
Rotos trastos por trofeos,
Telarañas por cortinas
Y un candil por reverbero.

Mas quizá ningún palacio
Ver logró en sus aposentos
Espectáculo tan grande,
Tan animado y tan bello.

Cercando el hogar, en donde
Casi una selva está ardiendo,
Encuéntranse los sesudos,
Los tristes y los frioleros,

Quien sentado en silla coja
Quien en un trozo de leño;
Éste de pie contra el muro,
Aquél tendido en el suelo.

Allá en un corro, alumbrado
Por una vela de sebo,
Sobre una tarima rota
Se juega con naipes viejos;

En otro se habla de amores;
En éste se narran cuentos;
En aquél se bebe, y canta,
Y en todos se grita recio.

Aquí un alférez sin bozo,
Que se las da de guerrero,
Conversando gravemente
Con un comandante viejo;

Allí un teniente poeta
Que graciosa letra ha puesto
Á cuanta música toca
La banda del regimiento.

Acá un subteniente cano,
Que era hace poco sargento,
Y aun se corta entre oficiales,
Pero no al entrar en fuego,

Cerca del Grande de España
Que de veras quiere serlo
Y las proezas emula
De sus heroicos abuelos.

Allá el oficial buen mozo,
De las viejas embeleso,
Que hasta en las mismas batallas
Entra atusándoso el pelo,

Y más allá el calavera
Que alborota como ciento,
Y es en palabras y acciones
Relámpago, rayo y trueno.

Allí el catalán altivo,
El aragonés sincero,
El sufrido castellano,
El concienzudo gallego,

El cántabro, en fortaleza
Cual sus montañas de hierro,
Y el andaluz, que en la mente
Lleva el fulgor de su cielo.

Va el uno casi descalzo,
El otro de lodo lleno,
Éste, en girones la ropa,
Aquél, de uniforme nuevo;

Todos, las voces ahogando
De sus propios sufrimientos
En la común alegría
Y el universal estruendo,

Y todos, pobres y ricos,
El adusto y el chancero,
El torpe y el avisado,
El Título y el plebeyo,

Fundidos los corazones
En un solo sentimiento;
En el amor á la patria
Que se está mirando en ellos.

Cuando era mayor la bulla
Penetró en el aposento,
Renqueando de una pierna,
Un capitán de lanceros,

De porte tosco y altivo,
Alto y robusto de cuerpo,
De más de cincuenta abriles
Y cara de muy mal genio.

El sol, el aire y los años
Á su rostro oscuro dieron
Las tintas y las arrugas
Que á las hojas el invierno;

Siendo tan corto de frente,
Que si desplegaba el ceño,
Sus cejas profusas iban
Á unirse con el cabello.

Largos, copiosos, caídos,
Rojizos y amarillentos,
Sus bigotes recordaban
De las mazorcas los flecos;

Y por velluda y por fuerte,
Su mano gozaba á un tiempo
Del halago de la seda
Y la pujanza del hierro.

Andaba mal; vivió siempre
Ó tendido ó caballero;
Jamás consiguió ni quiso
Ablandar su voz de trueno;

Bebía y jugaba mucho;
Era en las disputas terco,
Sufrido entre camaradas,
De espíritu aventurero,

Y rabiando de vergüenza
Al sentir impulsos tiernos,
Los ocultaba lanzando
Tales votos y reniegos,

Que á tostarse hubiera ido
Á los profundos infiernos
Si á votos de militares
No se hiciera sordo el cielo.

— Venga por acá, García —
Al verle, díjole atento
Su jefe, dándole sitio
Á su lado, y añadiendo :

— ¿ Por qué no se da de baja ? —
— ¿ De baja yo ? Sólo muerto —
El Capitán respondióle
Entre un rosario de ternos.

— ¡ Que el reuma me tiene cojo !
¿ Y qué le importa á un lancero,
Mientras ande su caballo,
Una pierna más ó menos ?

¡ Yo enfermo y en cama ! Nunca.
Ya en torno de mí ver creo
Al *Físico* con sus drogas,
Á vosotros de enfermeros,

Á mi asistente pujando,
Al *Pater* de cura haciendo,
Y á la maldita patrona
Preparándome el entierro.

Yo quiero morir jinete,
De uniforme, en campo abierto,
Y á estocadas y balazos
Hecho una criba el pellejo. —

— Los que á García mal traen —
Dijo un oficial — son celos. —
— ¿De quién, de quién? ¿Quién es ella? —
Veinte gritaron á un tiempo.

— ¡Qué celos, ni qué demonios! —
Él repuso; — lo que tengo
Es que cumplió mi asistente
Y mi caballo está enfermo.

¿Os reís? ¿Qué mujer vale
La décima parte que ellos?
¿No hago del uno mis brazos?
¿Mis piernas del otro no he hecho?

¿No dejan por mí, á su madre
El uno, y el otro el pienso?
¿Y ambos, al par que animosos,
No son fieles como perros?

¡Mujeres...! ¡De una que quise
Recibí tal escarmiento...!
Treinta años tiene la historia
Y aun llorando la recuerdo. —

— ¡Que nos la cuente! — uno dijo;
Los restantes aplaudieron;
Y él exclamó, con voz triste:
— ¿Lo queréis? Pues va de cuento. —

Y como á la oculta fuerza
De un imán obedeciendo,
Á tales frases, los grupos
Callaron, se deshicieron,

Juntáronse en uno solo
Del que García fué centro,
Y sucedió á la algazara
Estruendosa, tal silencio,

Que sobre el rumor confuso
De los cortados alientos,
Como tiros resonaban
Los estallidos del tuero.

III

« Extrañeza y confusión
Os causará mi palabra,
Cuando el fondo oculto os abra
De mi triste corazón.

Romperé ¡por vida mía!
La corteza que me escuda,
Aunque os asalte la duda
De si soy ó no García.

Mi historia vais á saber;
Así juzgaréis por ella
Mejor, la maldad de aquella
Encantadora mujer.

Vine al mundo con tal suerte,
Que á mi madre bendecida
Al irme dando la vida
La iba yo dando la muerte.

Oficial pobre mi padre,
En bien mío, sólo pudo
Con un asistente rudo
Partir cuidados de madre.

¡Qué abnegación, qué ternura,
Qué afán en aquellos bravos
Convertidos en esclavos
De una inocente criatura!

¡Cuántas veces mi albedrío
De aquellos fieros leones
Hizo los mansos trotones
Del carro de juego mío!

¡Y cuántas les vi deshechos
Por mí en lágrimas, mojando
Las cruces de San Fernando
Que engalanaban sus pechos!

Fuí á estudiar; desde aquel día
Cuando he querido gozar
He tenido que soñar
Que era niño todavía.

Estudios dejando en pcs
Á alférez iba á salir,
Cuando en la guerra á morir
Vinieron juntos los dos.

Y al verme solo en la tierra,
Por la venganza arrastrado,
Senté plaza de soldado
Para ir más pronto á la guerra.

Combatí con ardimiento,
Á lanzadas los vengué,
Y con mi sangre gané
Los galones de sargento.

Entonces la conocí...
¡Y lo que puede el amor!
Todo lo vi del color
De la dicha que sentí.

Breve, esbelta como un hada,
El abundante tesoro
De sus cabellos de oro
Le servía de almohada;

Y el son de su andar suave,
Apenas si lo remeda
El blando roce de seda
Del aleteo de un ave.

En su rostro nacarado
Confundieron sus colores,
En competencia, las flores
Del almendro y el granado,

Y su seno de azahar,
Á un suspiro de mi aliento,
Se agitaba turbulento
Como las olas del mar.

Su boca, que tanta oferta
De amor eterno me hacía,
Al sonreir parecía
Una granada entreabierta

Nido de besos de amo
Con la esencia del clavel,
La dulzura de la miel
Y el canto del ruiseñor.

Velados por las pestañas
Sus grandes ojos azules,
Cual los astros por los tules
De vapor de las montañas,

Lanzaban tales destellos
Al abrirlos amorosa,
Que á ser uno mariposa
Volara á quemarse en ellos.

Y voz, sonrisa, actitud,
Mirada, llanto, alegría,
Todo en ella aparecía
Con esmalte de virtud;

Por modo tan singular,
Como arena, concha, bruma,
Escama, perla y espuma,
Todo es iris en el mar.

Nos amamos con pasión :
Ella á mí, como mujer;
Yo poniendo en aquel ser,
Alma, vida y corazón,

Todo me causaba enojos
En siendo extraño á mi anhelo,
Y hallaba triste hasta el cielo
Á no mirarlo en sus ojos.

¡Oh! ¡cuántas horas de calma
Pasábamos frente á frente
Con los ojos mutuamente
Ábsorbiéndonos al alma!

Parecía tan veraz
Su acento al jurar amor...
¡No arrullaría mejor
Una paloma torcaz!

¡Todas ¡ay! mentidas galas,
Más débiles á la prueba
Que el polvo de luz que lleva
La mariposa en las alas!

Á la guerra me partí,
Presa de angustia mortal,
Y cuando ya de oficial
Á su reclamo volví;

Segura de mi furor,
Había la infame huído
Con el hombre corrompido
Á quien vendiera su amor.

Tan inicuo proceder
Me anonadó de tal suerte,
Que la locura y la muerte
Se disputaron mi ser.

En mi sentido volví
Y con él á la agonía,
Porque arrojar no podía
Á aquella ingrata de mí.

¡Ay! De un golpe ó rama à rama
Se logra un árbol matar,
Mas no hay medio de estirpar
Las raíces de la grama;

Y arraigó en mí la pasión
De tal modo, que aun mi oído
Oye en sueños el latido
De aquel falso corazón.

Muerto hubiese á no hallar calma
Al poner en mi bandera,
Con mi vida toda entera,
Los goces todos del alma.

Á ella viví consagrado
¿Qué mucho que ahora os asombre
Haber visto un débil hombre
En el áspero soldado?

Dejadme, ¡por vida mía!
Dejadme marchar de aquí,
Que avergonzado de mí
Está el capitán García. » —

Así, á gritos concluyó,
Y á su aspereza volviendo,
Con la rabia y el estruendo
Con que vino se partió.

IV

Por asiento el duro lecho,
Y por mesa la rodilla,
Y de un algodón con borras
Empeñado en sacar tinta;

Á su asistente mirando
Está el capitán García,
Cual si quisiera sacarle
Las palabras con la vista.

El asistente, cuadrado,
Las orejas encendidas,
Puestos los ojos en tierra
Y la boca sin saliva,

No acierta á hablar ni á moverse,
Y trasuda de fatiga,
Alentando cual si el peso
Del mundo tuviera encima.

Uno y otro, al embarazo
En que están, preferirían
Asaltar al descubierto
Las trincheras enemigas.

Al fin logra el asistente
Recobrarse, y así dicta :
« Madre : sabrás como tengo
La absoluta concedida;

Pero habrás de hacerte cuenta,
Lo mismo que mi Inesilla,
Que á pesar de haber cumplido
No he cumplido todavía.

Mi Capitán está malo
Y su cariño me tira,
Como el tuyo y el de *ella*
Y el de toda la familia.

Hasta verle bueno y sano
Me quedo en su compañía.
Adiós y no pases penas
Madrecita de mi vida. »

El Capitán, perjurando
Que es el humo de la pipa
Lo que le corta el resuello
Y le oscurece la vista,

En vez de escribir las frases
Que el asistente le dicta,
Escribe en letras muy gordas
Estas palabras sencillas :

« Madre : ya soy licenciado
Y partiré de seguida
Al pueblo para abrazarte
Y unirme con Inesilla.

Mi Capitán, en recuerdo
De haberle salvado un dia,
Me dará con que rescate
La casa y tierra vendidas.

Á Inesilla que prepare
El ajuar á toda prisa;
Tú, por hoy, recibe á cuenta
La mitad del alma mia. »

Y esto escrito, procurando
Con una tos mal fingida
Ocultar al asistente
La emoción que le domina,

Después de cerrar la carta
Con manos extremecidas,
— ¡Al correo, pronto, pronto! —
Desentonado le grita.

Y el mozo sale con ella
Casi llorando de dicha
Al verse libre del trance
Más amargo de su vida.

— Necesitaba estar solo, —
Exclama entonces García.
— Si dura más esta escena
Muero al cabo por asfixia.

¿Quién en ese pobre mozo
Tal cariño supondría?
¿Y cómo hasta hoy no he sabido
Que le tengo en tanta estima?

Si mañana por mi causa
Alguna bala perdida...
¡Su pobre madre... su novia...!
¡No ha de ser, por vida mía!

¡Y es bravo! ¡vaya si es bravo!
¡Con cuánto esmero me cuida...!
¡Justo! Pasado mañana
Le mando con su familia. —

Estas frases y otras muchas
Desordenadas decía,
Llevando á secar sus ojos
Las mangas de la levita;

Cuando viene á interrumpirle,
Tan recia como sumisa,
La voz del chico que vuelve
Retozando de alegría.

El Capitán ya repuesto,
Le llama y le dice: — Mira,
En la carta que te he escrito
He anunciado tu partida.

Tú, cumplido con la patria,
Te debes á tu familia;
Pasado mañana al pueblo;
Yo dotaré á tu Inesilla. —

— ¡Mi Capitán! — sollozando
El asistente replica. —
— Vamos; basta; buenas noches, —
Interrúmpele Gare

Al par pujando y gruñendo
El muchacho se retira;
La noche se hace muy larga,
Y la luz del nuevo día

Á los dos halla despiertos,
Con la voz enronquecida,
Con los ojos como puños
Y la conciencia tranquila.

V

Tan cargado de arrebol,
Vino aquel amanecer
Que pareció el mundo arder
En las llamas de un crisol;
Y alzóse tan vivo el sol
Que quisieron comenzar
Las semillas á brotar,
Los arroyos á reir,
Los enjambres á bullir
Y las aves á cantar.

Gozosa la tierra entera
Recibe tan bello día
Como un beso que le envia
La cercana primavera;

Y hasta el anciano que espera
Su fin, resignado ya,
Aquel dia alegre está,
Olvidado de su cruz,
Bebiendo ansioso en la luz
La vida que se le va.

Todo el pueblo se alboroza;
Al campo sale en tumulto
Á rendir á la luz culto
La gente vieja y la moza:
Hasta el afligido goza;
No queda angustia ni duelo
Sin un rayo de consuelo;
Que cuanto más sufre un alma
Encuentra más dulce calma
En la sonrisa del cielo.

De un convento hecho cuartel,
Voces de júbilo dando,
Sale la tropa imitando
Del vivo enjambre el tropel;
Se arremolina como él,
Espárcese en derredor,
Y cada cual tras su amor
Precipitado se aleja
Al modo que cada abeja
Vuela en busca de una flor.

Andando con mucho afán,
En su asistente apoyado,
A gozar del sol templado
También sale el Capitán.
Y así le aconseja : — Juan,
La dicha te espera allí,
Si honrado como hasta aquí,
En aquellas dos mujeres
Cifras todos tus placeres
Con la fe que ellas en ti.

Si te ves en un apuro
Acuérdate de este viejo
Que sabe que no hay consejo,
Para el pobre, como un duro.
Sé bravo siempre, seguro
De que triunfa sólo el fuerte;
Y no olvides, si la suerte
Te es contraria en la contienda,
Que no hay en el mundo senda
Que no termine en la muerte.

Vuelto á la tierra natal,
Limpia el hierro del arado
Y llévalo tan honrado
Como hoy el hierro marcial.
De uno y otro por igual
Son honrosas las hazañas;

Si hace el uno en sus campañas
Libre á la patria y gloriosa,
Hácela el otro dichosa
Fecundando sus entrañas.

Si te llegas á casar
Resigna el mando en Inés,
Que más vale que le des
Lo que al fin te ha de quitar.
Tengan en tu pecho altar,
Honra, patria y religión.
Con fe pide en la aflicción
Seguro de hallar consuelo,
Que tan sólo no oye el cielo
Al mudo de corazón. —

Esto el Capitán decía
De modo tan imponente
Que temblaba el asistente
Creyendo que le reñía.
De una exclamación impía
Cada frase acompañaba,
Y motivos mil buscaba
Para ocultar, con un gesto
De furor, con un denuesto,
La ternura que le ahogaba.

Cuando esta tenaz idea
Le dejó libre el sentido,

Notó que estaba rendido
Y muy lejos de la aldea.
— ¡Maldita esta pierna sea! —
Dijo sentándose al par;
Y un terrible malestar
Sin duda le acometió,
Pues él, que nunca tembló,
Rompió de pronto á temblar.

Fué que, al llevar la mirada
Por el tranquilo horizonte,
Vió descender por el monte
Una enemiga avanzada.
Sin decir al mozo nada,
Se interpuso entre ella y él,
Sacó lápiz y papel,
Escribió rápidamente
Y le mandó de repente
Con lo escrito al coronel.

Pero Juan, que entonces vió
Al enemigo venir,
Le dijo en vez de partir:
— También quiero morir yo. —
— ¿No me obedeces? — rugió
Como un tigre el Capitán,
Con imponente ademán
Desenvainando el acero.
— Que me mate V. prefiero —
Murmuró, sumiso, Juan.

— Imbécil — gritó Garcia —
La gloria de la campaña,
La suerte quizás de España
Dependen de la orden mía.
Tu insensata villanía
Puede á la patria perder. —
Estas frases convencer
Lograron al asistente
Que le abrazó estrechamente
Y echó llorando á correr.

El Capitán le siguió
Con cariñosa mirada
Hasta que en una hondonada
Del camino le perdió.
— ¡Adiós! ¡adiós! — exclamó.
Te he engañado, pobre amigo;
Sé feliz; llevas contigo
Mi testamento y mi herencia.
¡Ya está libre mi conciencia,
Ya me encuentro bien conmigo! —

Y al enemigo cercano
Se volvió tranquilamente,
Y le esperó frente á frente
Con el acero en la mano.
Unía aquel veterano,
Al arrojo para ir
Como el héroe á combatir,
La fuerza de corazón

Que presta resignación
Al mártir para morir.

Y en tanto que desalado
Corriendo al pueblo iba Juan
Y la muerte el Capitán
Esperaba resignado;
En monte, valle y poblado
Todo era paz y alegría,
Cantaban en armonía
Hombres, pájaros y fuentes
Y derramaba á torrentes
Sus resplandores el día.

VI

Lentamente de los valles
La noche subiendo va,
Y al quedarse todo en sombras
Y silencio y soledad,

— ¡Centinela alerta! — se oye
A lo lejos exclamar,
Y otra voz más á lo lejos
Responder: — ¡Alerta está! —

En la nave de una iglesia
Convertida en hospital,
Donde el eco hace á los ayes
Como truenos retumbar,

Y donde en sombras se pierde
La trémula claridad
De una lámpara, que alumbra
De un Crucifijo la faz;

Rodeado de cien hombres
Que ni aun osan respirar,
Sobre un lecho de campa
Agoniza el Capitán.

Sangrando por diez heridas
Inmóvil y mudo está,
Abrazado á una bandera
Que pidió con vivo afán,

Hasta que al cabo se duerme
Para nunca despertar,
Dibujada en el semblante
Dulce sonrisa de paz,

Una mano en las del jefe,
Otra puesta en las de Juan,
Y con los ojos clavados
En el Cristo del altar.

Entonces, uno le llora,
Otro le abraza tenaz,
Éste reza, aquél medita.
Y todos tristes se van,

Dejando el templo sumido
En silencio sepulcral,
Y tristísima penumbra
Y medrosa soledad.

Y Juan, que vela y delira
Junto al cadáver glacial,
Cada vez que oye un alerta
Á lo lejos resonar,

Creyéndose que le llama
Desde el cielo el Capitán,
Se extremece, abre los ojos
Y murmura: — ¡Alerta está! —

Madrid, enero 1884.

MIS AMORES

POEMA

Á CAVESTANY

I

PARÉCENME los cantos que hoy exhalas
Mariposas que á mí llegan volando
Con átomos de sol sobre las alas;

É igual tu acento, por lo vivo y blando,
Al hilo de la fuente cristalina
Que rueda reluciendo y murmurando.

Y es que siempre en su trova más divina
Rompen gozosos, al hacer el nido,
Alondra, ruiseñor y golondrina.

Encuéntrame tu cántico abatido,
Luchando en balde por dejar el suelo,
Cual vencejo que á tierra se ha venido.

Mas álzome á tu voz, y cruzo el cielo;
Que tengo, en todo igual á esa avecilla,
Si el paso inútil, poderoso el vuelo.

Me crezco ante el poder que á otros humilla,
Y lucho hasta triunfar, cual vencedora
Resiste, endureciéndose, la arcilla

Al fuego que las aguas evapora,
Los mármoles calcina, el hierro funde,
Y á sí mismo, insaciable, se devora.

Cual levántase el humo y se difunde
Por el cielo, primero que la llama
En resplandor vivísimo lo inunde,

Abatido el poeta gime y clama
Antes que rompa en claridad el fuego
Que su alentado corazón inflama.

¡ Ay, que vive sin dicha ni sosiego
Con las pasiones en perpetua lidia!
¡ Que en él se ceban con enojo ciego

Los tigres del rencor y la perfidia,
Las bestias del orgullo y la ignorancia,
Y las sierpes del odio y de la envidia,

Y responde del mal á la arrogancia,
Como el incienso al ascua que le quema,
Levantándose en nubes de fragancia!

II

Deja que alabe su virtud suprema:
Por loco el vulgo necio le reputa;
La fortuna le lanza su anatema,

Y la crítica al uso, prostituta
Por el error ganada y la impudicia,
Le amarga y le envenena con cicuta.

Aquel á quien mal crítico acaricia,
Llagado debe estar; porque el gusano
Sólo encuentra placer en la inmundicia.

Del arte eunuco y miserable enano,
Juzga que puede más cuando alborota
Siendo infame, cruel ó chabacano.

Y ora impío á los débiles azota
Y ejerce de verdugo las funciones
En altar erigiendo la picota,

Ora halaga del vulgo las pasiones
Plagiando obscenidades de Epicuro,
Muecas de Momo, insultos de bufones,

Que entraron á engendrarle, de seguro,
En contubernio bárbaro y sin nombre,
La hiena, el jimio y el reptil impuro.

Ver en él las más veces no te asombre
Un cuerpo indigno de abrigar un alma,
Y un alma indigna de animar á un hombre.

III

Mas, ah, perdona si perdí la calma:
Ya vuelvo en mí, como al ceder el viento,
Á erguirse torna la abatida palma.

Al poner en tu hogar el pensamiento,
O del mío aplacerme en la dulzura,
El corazón regenerado siento.

Y en himnos mis clamores de amargura
Se truecan, y mis roncas carcajadas
En ahogados sollozos de ternura.

Las nubes en mi mente condensadas,
Y los dolores en mi pecho fijos,
Cual hiedras en los muros arraigadas,

¿Qué son ante los puros regocijos
Que me brinda el hogar, donde me espera
La santa madre de mis tiernos hijos?

¡Bien haya la bendita compañera
Que de mi vida, con su fe amorosa,
Perpetúa la alegre primavera;

La musa fiel, la estrella luminosa
Que me guía en mi vuelo á lo infinito,
Más que el sol pura, como el sol hermosa!

¡Bien haya la que llamas en tu escrito
Alegre turba de mis hijos bellos,
Aves y flores de mi hogar bendito!

Lucir miro en la madre los destellos
Que le prestan sus hijos, y el tesoro
De las bellezas de su madre en ellos.

¿Que soy pobre? ¡Qué importa! ¿Acaso ignoro
Que el dorado metal desconocía
La edad dichosa que llamamos de oro?

IV

Si el social espectáculo te hastía,
Ven á mi hogar, verás cómo despierta
Tu espíritu apenado á la alegría.

El ángel de la paz guarda la puerta:
No llames á ella, no, que ya la tiene
La vigilancia del amor abierta.

Ella, al abrir, el paso me detiene,
Y de *ella* en pos, gritando y sonriendo,
La alegre turba de mis hijos viene.

Uno, amigo de escándalo y estruendo
Con una cuerda mi bastón embrida
Y en tan bravo corcel sale corriendo.

Otro emprende á mi cuello la subida
Y me besa con ansia, y palmotea
Después de la victoria conseguida.

Aquél, que ni mi nombre balbucea,
Ni en pie se tiene, de su madre en brazos
Por venirse á los míos forcejea,

Y *ella,* nudo común de tantos lazos,
Entre todos, benéfica, reparte
Dulces sonrisas, ósculos y abrazos.

V

Confabulada en silencioso aparte,
¡Ah, no te rías! me declara guerra
La turba, ardiendo en el furor de Marte,

Y á mis ropas, belígera, se aferra,
Y tal lucha, que al cabo da conmigo
Y con mi grave autoridad en tierra.

¿Cómo, di, de sus brazos me desligo
Si son cadenas para mí de flores?
¿Y cómo, recobrándome, les digo

Que cesen en sus risas y clamores,
Si al oirlos, de júbilo desmayo,
Creyéndome que cantan ruiseñores?

Parece que viveza les dió el rayo;
El brote tierno la salud y el brío;
Color la adelfa, que florece en mayo,

Y que su aliento refrescó el rocío,
Y endulzaron sus labios los panales,
Y encendió sus miradas el estío.

Cuando, rendidos en batallas tales,
Sus párpados de rosa cierra el sueño,
Y los sume en arrobos celestiales,

Y el ángel de la paz va con empeño
Luces y ecos dejando adormecidos
Con sus alas cargadas de beleño,

Sonámbulos de dicha mis sentidos,
Embriagados quizá, por doquier hallan
Orgías de colores y sonidos,

Aromas vivos que entre sí batallan,
Ondas que bullen, pájaros que trinan,
Alas que zumban, ósculos que estallan.

VI

No sólo estos amores me fascina
Otros, dulces también, me dan consuelo
Y mi mente fantástica iluminan.

Amores que entre sí no traban duelo,
Antes, unidos en concordia santa,
Cual mística oración suben al cielo.

Los tengo en un país de gracia tanta,
Que el sol, enamorado de los seres,
Con más rico pincel los abrillanta;

Donde todo convida á los placeres:
Horizontes sin fin, campiñas bellas,
Mares azules, lánguidas mujeres.

¡Allí, donde con más dulces querellas
Se encienden en amor los ruiseñores
Al trémulo irradiar de las estrellas;

Donde son pura miel frutos y flores,
La noche tenue albor, la aurora día,
El día vivo incendio de colores,

Y el culto y el amor idolatría,
La sangre lava, rayo el pensamiento,
Poeta el hombre, la mujer poesía!

¡Ah! que Dios, al tomarte por asiento,
Más dones, patria mía, te ha otorgado
Que estrellas derramó en el firmamento.

VII

Hay en ella un lugar, casi olvidado,
En que amor, como al ave emigradora,
Otro nido me tiene reservado.

La mar besa, allí siempre rugidora,
Los blancos caseríos de una aldea,
Que les parecen, cuando el sol los dora,

Al nauta que al mirarlos se recrea,
Caracoles y conchas nacarinos
Que amontonó en la orilla la marea.

Allí mi nido está: vientos marinos,
Que de las sales el olor intenso
Juntan al resinoso de los pinos,

Mantienen claro el horizonte inmenso,
Y vencen en perfume y en templanza
Al hálito que brota del incienso.

Aquel nido es el iris de bonanza
Que me presta en mis luchas con el mundo
El místico placer de la esperanza,

Y hacia él mirando con amor profundo
Mi corazón, como la tierra, se hace,
Cuanto más lo desgarran, más fecundo.

VIII

¡Oh! deja que me engría y me solace
Trayendo lo pasado á la memoria,
Que á nueva vida así mi alma renace.

Deja que olvide al arte y á la gloria,
Y pinte, y ría, y llore dulcemente
Al narrar episodios de mi historia.

¡Venid, recuerdos míos, á la mente,
Y brotad y corred, sin orden, puros
Cual surge y corre el agua de la fuente.

Evocaré ante ti con mis conjuros,
Para que al verlo plácido sonrías,
Mi antiguo hogar de enjalbegados muros

Patio espacioso, verdes celosías,
Y blancas azoteas, escenario
De mis pueriles juegos y alegrías.

Las flores hacen de él un incensario,
Y anímanle palomas en bandadas,
Que se alzan á la voz del campanario.

Las olas del Atlántico encrespadas,
Llorando aún de Trafalgar la rota,
Se tienden á sus pies desconsoladas,

Y al surgir de la espuma la gaviota,
Y la aldea al cruzar, con su graznido
Las domésticas aves alborota.

IX

Allí, cuando el mar ruge enfurecido,
La barca pone en salvo y la red deja
Tendida al viento el pescador curtido;

Y aguijando de bueyes la pareja,
Surca, en vez de las aguas con la quilla,
El fértil suelo con la corva reja.

En cambio el labrador, hecha la trilla,
Bajar suele á la pesca del marisco
Ó á tirar de la jábega á la orilla,

Y el pastor á cruzar de risco en risco,
El retorcido caracol buscando
Con que el hato congrega en el aprisco.

X

De un fuerte que se va desmoronando
Las ruinosas murallas y bastiones
Dan al lugar aspecto venerando,

Aunque, en vez de banderas y cañones,
Corónase de hiedra el almenaje
Y de nubes de gárrulos aviones.

Rompe al pie del castillo el oleaje,
Llegándole á ceñir, cuando se explaya,
Con una cinta de nevado encaje;

Y una y otra fortísima atalaya,
De trecho en trecho en la ribera erguidas,
Dibujan el contorno de la playa.

Á espaldas del lugar, vegas tendidas,
Abruptas cumbres, apacibles lomas
Se muestran al trabajo agradecidas,

Y el naranjal esparce sus aromas,
Ufánase la vid, la mies ondea,
Arrúllanse en los pinos las palomas,

La cabra en los barrancos ramonea,
Y el arroyo entre mirtos y juncales
Más vivo que el azogue culebrea.

Allí, hasta en infecundos arenales,
Las hiedras y las zarzas lujuriosas
Enrédanse en las pitas y nopales.

Es todo el año abril para las rosas,
Y está el espacio transparente lleno
De enjambres de pintadas mariposas.

Dando vida á paisaje tan ameno,
Y belleza y unción, un templo santo
Alza su torre á la región del trueno.

El templo aquel que con alegre canto
Me saludó al nacer; el que Dios quiera
Que acompañe á mis hijos en su llanto

Cuando, llegado el fin de mi carrera,
Entre los míos, y mirando al cielo,
En la casita de mis padres muera.

XI

¡Mis padres! ¡Ah! ¡Si vieras con qué anhelo
Su amor busco, en la sed que me devora,
Como fuente de paz y de consuelo!

Bebo en ella ternura embriagadora;
Mi pecho acongojado se dilata,
Y más lágrimas vierto que la aurora.

Lágrimas dulces y congoja grata,
Como hijas del placer que, cuando es hondo.
En suspiros y en llanto se desata.

Del corazón en el oculto fondo,
En quien lejos del mundo indiferente
Mis amores dulcísimos escondo,

La imagen de mis padres sonriente
Se ve con más pureza retratada
Que el cielo azul en cristalina fuente.

Á mí vuelve la luz de la mirada,
En mis secretos íntimos penetra,
Y verás la vehemencia apasionada

Con que del cielo mi cariño impetra
El dejar, siempre que su nombre escribo,
Un pedazo del alma en cada letra.

XII

En medio del escándalo en que vivo,
¡Cuántas veces oir juzgo el acento
De mi madre, tan tierno y persuasivo,

Y hasta me llega á parecer que siento
Mi faz, que ajan las penas y los días,
Acariciada por su dulce aliento!

Entonces, á los triunfos y alegrías
De las artes y el mundo, á la opulencia,
Á cuanto sueñan locas fantasías,

Prefiriera el volver á la inocencia
Del tiempo en que ella con afán sembraba
La semilla del bien en mi conciencia,

Y mi razón dormida despertaba
Con leyendas piadosas, y mi sueño
Con besos y cantares arrullaba.

Nadie dijera, al ver mi torvo ceño,
Que aun incólume guardo la terneza
De aquel amor tan cándido y risueño,

Olvidando, al chocar con mi rudeza,
Que cuanto más el fruto es delicado
Necesita más áspera corteza.

XIII

¡Cuántas veces también quedo arrobado
Las virtudes trayendo á la memoria
De mi padre y maestro idolatrado!

Con él por guía, al recorrer la historia,
Vislumbré al Hacedor tras el destino,
Al hombre conocí y amé la gloria.

Él de los pueblos me enseñó el camino,
Y reguló á mi vista en el espacio
De tanto sol y mundo el torbellino.

Hizo á mi mente caminar despacio,
Ya á las riendas del cálculo sujeta,
Ya á las leyes artísticas de Horacio.

Leyendo en mi interior como profeta,
Me mostró el cielo azul, y fuí creyente;
La natura después, y fuí poeta.

Y á fin de que pintara vivamente
Y con belleza lo que el alma humana
Mira en torna de sí, medita ó siente,

Ante mí desplegó la pompa ufana
Y el tesoro de gracias y hermosura
De la robusta lengua castellana.

XIV

Mas ¡cuánto de mi amor á su ternura
Ellos viven por mí, sueñan conmigo,
Reducen su ambición á mi ventura;

Gozan lejos de mí si la consigo;
Transidos de pesar si me abandona,
Me abren sus brazos para darme abrigo;

Si triunfo, su entusiasmo me corona;
Si desmayo, su acento me espolea;
Si delinco, su gracia me perdona.

Adáptanse á mis gustos y á mi idea,
Cual toma el agua pura de seguida
El color del lugar que la rodea.

Aun más que yo se duelen de mi herida
Si me muerde el rencor, y el de mi muerte
Fuera el último instante de su vida.

XV

Más no pido ni quiero de la suerte;
Que con darme tal bien me dió bastante
Para vivir en paz, dichoso y fuerte.

Quien pretende ambicioso y delirante
Las dichas apurar á todo costo,
Paréceme en locura semejante

Al labrador que por hacer su agosto
Tanto y con fuerza tal prensa el racimo,
Que al fin concluye por agriar el mosto.

Más la humildad que la arrogancia estimo.
Estéril es la roca, aunque bravía,
Y muy fecundo, aunque rastrero, el limo.

La montaña que al valle desafía
Porque en luz y en grandeza le aventaja,
Encuentra castigada su osadía

Por el rayo que airado la desgaja,
El huracán que indómito la azota
Y el hielo que perenne la amortaja.

Débil soy; mas sin miedo á la derrota,
Á luchar con los fuertes me aventuro.
Y así como la alígera gaviota

No teme ronco mar ni viento duro,
Y cierta del empuje de su vuelo
Todo lugar parécele seguro,

Afronto cualquier lucha sin recelo,
Cierto de que la fe me da sus alas
Para que pueda remontarme al cielo.

XVI

Más grato que pisar doradas salas
Y verme deslumbrado por el brillo,
Riqueza y hermosura de sus galas,

Me es el hogar de humilde pueblecillo,
Donde el ajuar es pobre, el aire sano,
El pan moreno y el vestir sencillo.

No allí el lenguaje artificioso y vano,
Ni la mortal ponzoña que adereza
Con mieles el astuto cortesano,

Sino el candor y rústica nobleza
De quien todo lo aprende de la pura,
Grandiosa y liberal Naturaleza.

La paz, que es en el mundo la ventura,
Suele habitar callada alguna choza,
De los bosques perdida en la espesura.

Bajo aquel techo de apretada broza,
Que al crujir por los vientos combatido
Parece que se queja y que solloza,

Los días pasa quien allí ha nacido,
Sin sentir otro afán ni otros temores
Que los tiernos del ave por su nido.

Emblema son allí de los amores
Las mariposas que en tranquila calma
Se besan en el cáliz de las flores,

Y llévanse en fructíferos la palma
Que, para ser fecundo, el amor pide
Salud al cuerpo y castidad al alma.

XVII

Nadie allí con zozobra el tiempo mide,
Y pasa tan callado, que parece
Querer que á reposar se le convide.

Como plata bruñida resplandece
En medio del ajuar el limpio acero
Del arado que el ocio no enmohece.

Para avivar la lumbre, en vez de tuero,
En el hogar anchísimo se quema
La mata de tomillo ó de romero;

Siendo de lujo la ambición suprema
El vestir limpia ropa perfumada
Por el denso humo azul de la alhucema.

Á lo que abarca allí con la mirada
Reduce el hombre la extensión del mundo,
Del que no sabe ni apetece nada.

Para él no existe sabio más profundo
Que quien le augura, consultando al cielo,
Si el año será estéril ó fecundo.

Trabaja todo el día con anhelo,
Sin quejarse jamás del peso grave
Del azadón con que remueve el suelo.

Halla sueño en la noche largo y suave,
Y cuando el alba azul toca sus ojos,
Se despierta cantando como el ave.

XVIII

Ante tal majestad caigo de hinojos,
Desprecio la mundana logrería,
Los héroes de la fama danme enojos,

Y ansioso de verdad y de poesía
Busco en la gran Naturaleza asilo,
Como en el seno de la madre mía.

Rompiendo entonces, para mí, el sigilo
Que cierra sus arcanos, abrillanta
Los apagados tonos de mi estilo;

Con sus grandezas mi ánimo levanta,
Con sus dulces amores me enajena,
Y con su pura sencillez me encanta.

XIX

Muéstrame aquí la singular escena
De los nuevos enjambres zumbadores
Que, al salir en tropel de la colmena,

Se apiñan en racimos bullidores
Y parten en tendida caravana
En busca de otro asilo y otras flores.

La oruga que en su cárcel se arrellana,
Allí espera el instante lisonjero
De convertirse en mariposa ufana,

Y disipado el súbito aguacero,
Sus víveres y larvas asolea
La hormiga en derredor del hormiguero.

Allí el pino me llama y lisonjea,
Imitando, al mecerse en el espacio,
El rumor y el vaivén de la marea,

Ofreciendo á las tórtolas palacio,
Y abriendo el duro tronco á la resina,
Que se cuaja en botones de topacio.

Allá encuentro la alegre golondrina,
Que hasta que el nido abandonado toca,
Por desiertos y mares peregrina.

Ó la alondra, que canta como loca,
Bañándose en el agua que el rocío
Deposita en los huecos de la roca.

XX

Aplázcome los días del estío
Recorriendo los altos matorrales
Que se alzan en las márgenes del río

Donde flores me ofrecen los rosales,
Agraces uvas la silvestre parra
Y zarzamoras dulces los zarzales,

En oir cómo canta la cigarra,
Sobre la mies saltando de ola en ola,
Hasta que al fin sus élitros desgarra;

En escuchar la alegre batahola
Del gallo pendenciero, cuya cresta
Parece, en lo encendida, una amapola,

Y en buscar en el soto ó la floresta
Manso arroyuelo y pabellón de flores,
Que alivien los bochornos de la siesta.

XXI

Aguas, hojas y pájaros cantores
Me acuerdan los afanes de la vida,
Con sus varios y múltiples clamores.

Miro la paz del alma apetecida
En la fuente que muda se dilata
Quedándose en el lago adormecida;

La ambición que á los hombres arrebata,
En el estruendo y en el polvo vano
Con que viene á morir la catarata;

Y el batallar del pensamiento humano,
En el constante hervir y en el eterno
Bramar y rebramar del Oceano.

Cuando aparecen en el brote tierno,
Escucho en los rumores de las hojas
La voz del niño y el cantar materno.

En el otoño, ya sin savia y rojas,
Las oigo que murmuran del destino,
Y me lloran tristísimas congojas

Cuando van á merced del torbellino,
Ó el haz inmenso de apretada leña
Las barre, despiadado, del camino.

El duro traquear de la cigüeña
Imita los ruïdos del trabajo
Y el sonoro pisar de la almadreña.

El codicioso afán habla en el grajo;
En el mirlo la burla descarada,
Y en la fiel golondrina el agasajo.

Contrastan del pinzón con la balada,
Del mochuelo el pronóstico que aterra
Y el llanto de la tórtola cuitada.

Es del gallo el cantar grito de guerra;
La alondra entona la oración más pura
Que al cielo se levanta de la tierra,

Y el ruiseñor oculto en la espesura
Llena la triste noche de armonía
Y el corazón humano de ternura.

XXII

Sencillez, majestad, gracia, poesía
Adonde quiera que á mirar acierto;
Y mueven por igual mi fantasía

Las mudas soledades del desierto,
La sublime altitud de las montañas
Y de huracanes y olas el concierto,

Que el gárrulo murmullo de las cañas,
El prado que de fértil hace alarde
Y el calor patriarcal de las cabañas.

Tan hermoso hallo el sol cuando en la tarde,
Cansado de su altura y poderío,
Lento declina y sin fulgores arde,

Como al surgir con indomable brío,
Limpiando de vapores el ambiente
Para verse y quebrarse en el rocío.

Y tanto cual la risa de la fuente,
Las auras ledas, el azul sereno
Y el canto de las aves elocuente,

Amo la tempestad, en cuyo seno
Los vientos chocan, cuájase el granizo,
Fulgura el rayo y se revuelve el trueno.

XXIII

Mas no hay belleza, majestad ni hechizo
Que tanto me fascinen cual las glorias
De la patria que adoro y divinizo.

Llena mi mente está de sus memorias;
Lleno mi corazón de amor por ella,
Cual la tierra y el mar de sus victorias.

Mas ¡ay! que al evocar la edad aquella
En que sus hijos, grandes y viriles,
La hicieron fuerte, respetada y bella;

Al verla hoy presa de congojas miles,
Los grandes sabios charlatanes hechos
Y los caudillos mercaderes viles,

Sin fe las almas, sin valor los pechos,
La honra sin culto, bárbaro el idioma,
Y los altares de Jesús deshechos,

Del Dios imploro que los vicios doma,
Que arroje sobre tanta villanía
Las llamas que arrasaron á Sodoma.

XXIV

¡Quién hubiera logrado ver el día
En que el fiero león de nuestro escudo
Los campos castellanos recorría,

La crin revuelta y el mirar sañudo,
De ira en la boca sanguinosa baba,
Y desgarrando con zarpazo rudo

El corazón de la morisma brava,
Que, huyendo de la muerte con espanto,
Á los desiertos libicos tornaba!

Escarmiento de infieles y quebranto,
Los persiguió en Orán y hasta en las olas
Del golfo alborotado de Lepanto,

Y anheloso de luchas y aureolas,
Hallando á sus hazañas poco grandes
Los lindes de las tierras españolas,

Clavó sus garras en Italia y Flandes,
É hizo de asombro enmudecer la tierra
Al rugir en las cumbres de los Andes.

XXV

Mil veces con amor pensé en la guerra,
Como vivo cauterio al ocio blando
Que de los pechos el valor destierra,

Y otras mil veces me dormí soñando
Que el polvo de la muerte sacudía
En la tumba el Apóstol venerando,

Y en pro y en honra de la patria mía,
Recobrando el bridón y la armadura,
Á combatir magnánimo volvía.

Surgir le vi de la honda sepultura
Y recorrer del templo el laberinto
En el silencio de la noche oscura,

Medrosos retumbando en el recinto
De su paso el rumor, y el resonante
Crujir del hierro que llevaba al cinto.

Después, en fortaleza semejante
Al ariete que el muro desportilla,
Desencajar la puerta rechinante;

Echar, al fin, á su corcel la silla,
Y al grito de « ¡Santiago y cierra España! »
Lanzarse hacia los campos de Castilla.

XXVI

Iba bufando su corcel con saña;
Sobre la suelta crin floja la brida;
Turbia la vista que el furor empaña;

La cola al viento; la cerviz tendida;
El ijar palpitando con anhelo;
La ancha nariz al aire apercibida;

En su carrera, superior al vuelo,
Encendiendo los duros pedernales,
Y con vigor desempedrando el suelo.

Del Santo al grito y á pisadas tales
Alzábanse los muros arruinados
De castillos y viejas catedrales,

Y los antiguos héroes esforzados
La losa sepulcral volcaban fieros,
Aun por la muerte misma no domados.

Seguíanle los bravos caballeros,
Los monjes predicando la cruzada,
Y en apretados grupos los pecheros;

Y, bullendo cual mar alborotada,
Y creciendo en caudal, la muchedumbre
Corría tras del Santo desalada,

Quien, de un monte subiendo á la alta cumbre,
Con la viva aureola de su frente
Encendió á España entera en clara lumbre.

XXVII

En torno de él llegaron de repente
Los del Salado y Navas de Tolosa,
La cruz por guarda al corazón valiente.

El Cid, cuya epopeya portentosa
De los siglos resiste á la balumba,
Y enciende toda sangre generosa,

Y aun cubiertos del polvo de la tumba,
Guzmán, en patrio amor sin semejante,
Y el no igualado capitán de Otumba.

Dando celos al gran Carlos de Gante,
Allí Cisneros, tras la férrea cota
Ocultando la púrpura brillante.

Con los suyos Colón, que en débil flota
De no surcado mar venció la saña
Y halló un mundo al final de su derrota,

Y entre innúmeros héroes por compaña
La reina más grandiosa entre los reyes,
La primera Isabel, madre de España.

Allí el Rey sabio promulgando leyes;
Teresa con sus vivas oraciones
Al Divino Pastor llevando greyes.

Herreras, y Riojas, y Leones,
En fe, piedad y bélico entusiasmo
Encendiendo los patrios corazones.

Quevedo, hiriendo el mal con el sarcasmo
Calderón, inundando en luz la tierra,
Y Cervantes llenándola de pasmo.

De nuevo el grito resonó de guerra,
Retumbando, en mil tonos repetido,
Por las cóncavas hoces de la sierra.

Rompió la muchedumbre en un rugido,
Rechinó estremecida la armadura,
Vomitó la bombarda su estampido,

Y á estruendo tal, la realidad impura
De la España del logro y la miseria
Desvaneció mis sueños de ventura.

XXVIII

Hoy patria, y honra, y Dios todo se feria.
Y ¡ay! donde vierte su ponzoña el agio
Se extiende corrosiva la laceria.

Indiferente al público sufragio,
Siempre sea tu hogar un mundo aparte
Donde vivas seguro del contagio,

Y las horas aligeras comparte
Entre la paz del nido que te has hecho
Y los goces dulcísimos del arte.

Á soberbia ambición no abras el pecho;
No sea que, abrasado por su lava,
Insomne te revuelques en el lecho.

La más grandiosa condición y brava,
Como el fuego que vivo nos deslumbra,
En humo empieza y en ceniza acaba.

Mas si de dulce y pálida penumbra
La suerte amiga, por honesto modo,
Á las regiones de la luz te encumbra,

Sé en todo grande, como puro en todo;
Que sólo los infames ó insensatos
Arrastran su grandeza por el lodo.

No calme generosos arrebatos
En ti la ingratitud, pues de los hombres
El mejor es el que hace más ingratos.

Para herirte el inicuo (no te asombres)
Recogerá del suelo las espinas
Cuando de rosas su camino alfombres;

Y si del bueno esperas, desatinas:
Hoy habla la bondad quedo, muy quedo,
Y la envidia y la infamia con bocinas.

En la sierpe engañosa está el denuedo;
El león de la verdad amordazado,
En estrecho cubil tiembla de miedo.

XXIX

El arte, que fué siempre inmaculado
Como la nieve, y tuvo á vanagloria
Ser, como el ángel del amor, alado,

Hoy adrede se arrastra por la escoria;
Y Apolo, en vez de conducir seguro
El coro de las musas á la gloria,

Sin estro ya y el corazón impuro,
En campo de inmundicias apacienta
La cínica manada de Epicuro.

Quien en sus obras la maldad fomenta,
Y en soez blasfemia contra Dios estalla,
Y la impudencia por blasón ostenta,

Turbas de necios y malvados halla,
Que genio le proclamen, al ruïdo
Del aplauso brutal de la canalla.

¿Juzgas por siempre el público perdido?
Ya el Hércules vendrá que le contunda
Y á su carro triunfal le lleve uncido.

Más potente es la bestia furibunda
De los circos, y al trueno de las hondas
Rinde ánimo y cerviz á la coyunda.

No se logra ser genio echando sondas
En las conciencias lóbregas é impuras
Para hallar y mover heces hediondas.

¿Y qué hallar en el fango y yendo á oscuras?
El genio sólo es genio cuando asciende
Á conversar con Dios en las alturas.

XXX

¡Oh Dios! El rayo vengativo enciende,
Y ciega la memoria que te olvida,
Y abrasa el labio impuro que te ofende,

Ó libra del tormento de la vida
Á quien pone en tu gloria sus afanes,
Y negada la ve y escarnecida.

¿No te obedecen ya los huracanes,
Ni el rayo vibras, ni la mar revuelves,
Ni haces hervir el fuego en los volcanes?

¿Por qué nos abandonas, y no vuelves
Por tu templo, que al golpe se desquicia
De los malvados, que, inactivo, absuelves?

Mas detén, Padre mío, tu justicia;
Que al increparte soy más temerario
Que el mismo que te niega ó m leficia.

¿Á quién fué el mundo nunca tan contrario
Como á Ti, que naciste en un pesebre
Y acabaste en la infamia del Calvario?

Dame aliento, Señor, con que celebre,
Antes que tus justicias y rigores,
Tu dulce gracia y amorosa fiebre.

Mas haz que contra todos los rencores
Hallen en Ti seguro balüarte
Patria y Hogar, Naturaleza y Arte,
Que son, después del Tuyo, mis amores.

Madrid, agosto 1883.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

POEMAS		1
—	¿Pasión ó locura?	1
—	La Desconfianza	18
—	El Hogar	30
—	Meditación ante unas ruinas	53
—	Fray Juan	72
—	La Venganza	91
—	La Velada	115
—	Fernando de Laredo	137
—	El año campestre	160
—	Á orillas del mar	188
—	El capitán García	215
—	Mis amores	249

PARÍS. — IMPRENTA DE GARNIER HERMANOS.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6641
E55
1889
t.2

Velarde, José
Obras poéticas

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 04 15 005 1